
HARLAN COBEN
UNA SERIE ORIGINAL
amazon prime
SHELTER
REFUGIO
MOLINO

HARLAN COBEN

SHELTER

REFUGIO

Traducción de
V. M. García de Isusi

MOLINO

Para Charlotte, Ben, Will y Eve.

CAPÍTULO UNO

Iba camino del instituto, abstraído, compadeciéndome de mí mismo —mi padre había muerto hace poco, mi madre estaba internada y mi chica había desaparecido— cuando vi a la Murciélago por primera vez.

Ya había oído lo que se decía de ella, claro está. Por lo visto, era una anciana que vivía sola en la casa destartalada que hay en la esquina de Hobart Gap con Pine. Ya sabes a cuál me refiero. Esa frente a la que me encontraba ahora mismo. La pintura, amarilla y vieja, estaba toda desconchada —como un perro mayor al que se le cae el pelo—. La pared de cemento, antaño sólida, estaba cuarteada. Por encima del césped sin cortar sobresalían dientes de león que alcanzaban la altura que debe tener un niño si quiere montar en las atracciones para adultos del parque Six Flags.

Se decía que la Murciélago tenía cien años y que solo salía por la noche. Y si tras el final de algún entrenamiento o partido de la Liga Infantil, algún pobre niño no llegaba a casa antes de que oscureciera —bien porque se había arriesgado a ir andando en vez de hacerlo en coche, bien porque estaba lo suficientemente chalado como para atajar por el jardín de la anciana—, siempre se debía a que la Murciélago lo había atrapado. Aunque no estaba claro lo que te

hacía.

Hace muchos años que no desaparecía ningún niño en el pueblo. Los adolescentes como mi novia Ashley, no obstante, lo hacían de un día para otro —por mucho que el día anterior estuvieran dándote la mano y mirándote a los ojos, haciendo que te palpitase el corazón como si se te fuera a salir del pecho—. Pero ¿los niños? No, ellos están a salvo hasta de la Murciélago.

Así que estaba a punto de cambiar de acera —incluso los adolescentes maduros como yo (que acababa de empezar a cursar segundo curso en un nuevo instituto) preferíamos evitar aquella casa fantasmagórica— cuando la puerta principal empezó a abrirse lentamente acompañada de un chirrido. Me quedé helado. Durante unos instantes no sucedió nada más. La puerta estaba completamente abierta, pero allí no había nadie. Permanecí quieto y expectante.

Puede que parpadeara —no estoy seguro— pero de repente... ahí estaba la Murciélago. Podría tener tanto cien años como doscientos. Desconocía la razón por la que la llamaban así pero, desde luego, no se parecía en nada a uno de esos mamíferos. Tenía el pelo gris y largo hasta la cintura, como el de un *hippy*, y le ondeaba al viento, lo que ocultaba parcialmente su rostro; llevaba un vestido blanco y ajado que parecía un traje de novia de esos que salen en las películas de miedo antiguas o en el videoclip de alguna banda de *heavy metal*; y tenía la espalda curvada como un signo de interrogación.

Poco a poco, levantó la mano —tan pálida que se le veían todas las venas y resultaba más azulada que blanca— y me apuntó con el dedo, tembloroso y huesudo. No dije nada. Siguió señalándome hasta que estuvo segura de que la miraba. Entonces, en su cara arrugada se dibujó una sonrisa que me dio escalofríos.

—¿Mickey? —no tenía ni idea de cómo era posible que supiera mi nombre—. Tu padre no está muerto —me di tal susto que retrocedí un paso—. Está vivito y coleando.

Pero allí, de pie, mientras observaba cómo desaparecía en el interior de su guarida decrépita, sabía a ciencia cierta que lo que me había dicho no era verdad... porque había visto cómo moría.

No obstante, todo aquello era muy raro. Me quedé delante de la casa de la Murciélago y esperé a que saliera de nuevo. Nada. Me acerqué a la entrada y, como no había timbre, empecé a aporrear la puerta (que se tambaleó ante la arremetida). La madera era tan basta que me rascó los nudillos como una lija y la pintura se descascarilló como si fuera caspa. Pero de la Murciélago, nada.

Y ahora, ¿qué? ¿Tirar la puerta abajo a patadas? Y luego, ¿qué? ¿Buscar a una anciana con un vestido blanco truculento y exigirle que me explicara por qué había dicho aquella sandez? Quizá hubiera subido al piso de arriba. Quizá se estuviera preparando para un nuevo día en «el mundo de los chiflados» y estuviera a punto de meterse en la ducha... ¡Puaj!

Era mejor que me fuera; no quería llegar tarde al instituto, que el señor Hill, el encargado de anotar las llegadas, era muy tiquismiquis con la puntualidad. Además, tenía la esperanza de que Ashley viniera hoy. Había desaparecido sin más ni más... y quizá apareciera de la misma forma.

Había conocido a Ashley tres semanas antes en las clases de orientación para los alumnos nuevos (como ella y yo, por ejemplo) y para los de primer año; aunque estos últimos ya se conocían porque habían ido al colegio juntos toda la vida (era como si nadie abandonara jamás este pueblo).

La orientación debería consistir en una visita guiada a las aulas y a las instalaciones y, quizá, en que te presentaran a algunos compañeros de curso. Pero no, eso no era suficiente; teníamos que realizar unos ejercicios participativos estúpidos, deshumanizadores e inútiles con la intención de fomentar el espíritu de grupo.

El primero de ellos consistía en la típica prueba de confianza en la que te dejas caer de espaldas y tus compañeros te recogen. La señora Owens, una profesora de gimnasia con una sonrisa que parecía que se la hubiera pintado un payaso borracho, intentó ponernos las pilas desde el principio:

—¡Buenos días! —su entusiasmo fue recibido solamente con algunos rezongueos, así que hizo eso que tanto odio que hagan los adultos—: ¡Venga, sé que podéis hacerlo mejor! ¡Otra vez! ¡Buenos días!

Esta vez, los estudiantes respondieron «Buenos días» más alto, pero no porque los hubiera motivado, sino porque querían que se callase.

Nos dividió en grupos de seis. El mío estaba compuesto por tres estudiantes de primer año y otros tres de segundo que se acababan de mudar al pueblo.

—¡Uno de vosotros se subirá al pedestal y le vendaremos los ojos! —la señora Owens lo decía todo entre exclamaciones—. ¡Luego, cruzará los brazos y haréis como que el pedestal está en llamas! ¡Oh, no! —y se puso las manos en las mejillas como el niño de *Solo en casa*—. ¡Hace tanto calor que te vas a tener que dejar caer!

Un chico levantó la mano.

—¿Por qué va a permanecer con los brazos cruzados si el pedestal está en llamas? —murmullos de asentimiento.

La sonrisa pintada de la señora Owens no varió lo más mínimo, pero me pareció que le temblaba levemente el ojo derecho.

—¡Tenéis los brazos atados!

—No, no los tenemos.

—¡Pues haced como si los tuvierais!

—Pero, entonces... ¿para qué necesitamos la venda? ¿No podemos hacer como que no vemos?

—O cerrad los ojos.

La profesora luchaba por recuperar el control.

—En el pedestal hace tanto calor debido al fuego que os vais a tirar de espaldas.

—¿De espaldas?

—¿No deberíamos saltar, señora Owens?

—Ya te digo. ¿Por qué nos íbamos a tirar de espaldas? A ver, si hace tanto calor...

La profesora ya se había cansado.

—¡Porque lo digo yo! ¡Os vais a dejar caer de espaldas y punto! ¡El resto del grupo os recogerá! ¡Después, por turnos, os iréis tirando del pedestal hasta que lo hayáis hecho todos!

Y así lo hicimos, aunque algunos éramos reacios. El grupo se estremeció cuando me tocó a mí —mido 1,95 y peso 90 kilos—. Además, en mi grupo había una chica, una de primer año que iba toda de negro, que estaba gorda. Sé que debería usar alguna otra palabra, algo políticamente correcto, pero no sé cuál usar sin resultar condescendiente: ¿«Grande»? ¿«Regordeta»? ¿«Pesada»? Además, la diría sin convencimiento; como cuando dices «pequeño», «huesudo» o «flaco». La chica dudó antes de subir al pedestal. Se oyó una risa en el grupo. Y otra. No sé en qué iba a ayudarle este ejercicio, a menos que el hecho de demostrarle que la crueldad infantil no termina en el instituto se considerase beneficioso.

Como la chica no se tiró a las primeras de cambio, uno de los de primer curso soltó en coña por lo bajo:

—Venga, Ema, que te cogemos.

Como para fiarte. Se quitó la venda y nos miró. Le devolví la mirada y asentí. Finalmente, se dejó caer. Y la cogimos —algunos emitieron quejidos desproporcionados—; pero no me pareció que a raíz de aquello confiara más en sí misma.

A continuación, jugamos a una especie de *paintball* en el que dos personas salieron heridas; y, después, llevamos a cabo un ejercicio que se llamaba —y te aseguro que me gustaría que fuera broma— «La mantequilla de cacahuete envenenada». La prueba consistía en cruzar una zona de diez metros de largo supuestamente cubierta de mantequilla de cacahuete *envenenada* pero con la contrapartida de que, tal y como explicó la señora Owens: «¡Solo hay dos pares de zapatos antivenenosos!». En resumen, que tenías que transportar a borriquitos a otros compañeros.

Un poco antes habían aparecido un periodista y un fotógrafo del *Star Ledger* y el segundo estaba haciéndonos fotos mientras el primero le hacía preguntas a una resplandeciente señora Owens. Las respuestas de la mujer estaban llenas de palabras como «unidad», «bienvenida» y «confianza». No tengo ni idea de qué tipo de noticia puede salir de algo así, pero quizá estuvieran desesperados por plasmar algo con «interés humano».

Las chicas más delgadas se reían por lo bajo mientras las llevaban de un lado al otro. Ema y yo permanecíamos tras la línea de *mantequilla de cacahuete envenenada*. Noté que la máscara negra se le estaba corriendo por culpa de lo que podrían haber sido lágrimas invisibles. Me preguntaba si el fotógrafo sería capaz de captar eso. Y también noté que, a medida que se acercaba el turno de que la transportaran a través de la *mantequilla de cacahuete envenenada*, la chica temblaba más y más.

Ponte en el caso: es tu primer día en el instituto, eres una chica

que pesa unos 90 kilos, te obligan a ponerte pantalones cortos para hacer gimnasia y, a continuación, a realizar una estúpida tarea de grupo que consiste en que tus compañeros te lleven de un lado para el otro como si fueras un barril de cerveza. Lo único que quieres es hacerte una bola... y morir. ¿A quién le parece una buena idea?

La señora Owens se acercó a nuestro equipo.

—¿¡Lista, Emma!?

¿«Ema» (con una «m») o «Emma»? Ahora no sabía cómo se llamaba.

Ema/Emma no dijo nada.

—¡Vamos, chiquilla! ¡Tienes que cruzar la mantequilla de cacahuete envenenada! ¡Tú puedes! —insistió la profesora.

—Señora Owens... —la interrumpí.

Me miró. Su sonrisa no había variado lo más mínimo, pero achinó los ojos.

—Se llamaba usted...

—Mickey Bolitar. Soy uno de los de segundo que se han mudado... y, si no tiene inconveniente, no voy a hacer este ejercicio.

Nuevamente el leve temblor del ojo derecho.

—¿Disculpe?

—Es que no creo que mis compañeros vayan a poder conmigo.

Los demás me miraban como si me estuviese creciendo un tercer brazo en mitad de la frente.

—Señor Bolitar, es usted nuevo —las exclamaciones habían desaparecido— y creo que debería participar.

—¿Es obligatorio?

—¿Disculpe?

—¿Es obligatorio participar en este ejercicio?

—Bueno, obligatorio no es...

—Entonces, no voy a hacerlo —y miré a Ema/Emma—. ¿Me haces

compañía? —y nos alejamos.

A mis espaldas, el mundo se había quedado mudo. La profesora hizo sonar su silbato y nos dijo que nos fuéramos a comer, que el ejercicio había terminado.

Cuando nos habíamos alejado unos cuantos metros más, Ema/Emma me soltó:

—Vaya...

—¿Perdona?

—Le has salvado el pellejo a la gorda —dijo mientras me miraba fijamente a los ojos—. Debes de estar orgulloso —sacudió la cabeza y se alejó de mí.

Miré hacia atrás. La señora Owens nos observaba. No había perdido la sonrisa, pero el brillo de su mirada denotaba que me había granjeado un enemigo en mi primer día de clase.

El sol pegaba de lo lindo. Dejé que lo hiciera. Cerré los ojos un instante. Pensé en mi madre y en que pronto saldría de la clínica. Pensé en mi padre, muerto y enterrado. Me sentía muy solo.

La cafetería estaba cerrada (aún faltaban semanas para que empezara el instituto), así que habíamos tenido que traer la comida. Yo me había comprado un bocadillo submarino de pollo picante y muy hecho en el Wilkes Deli y me senté en una colina con hierba desde la que se veía el campo de fútbol americano para comérmelo. Estaba a punto de darle el primer mordisco cuando la vi.

No era mi tipo —aunque, a decir verdad, tampoco tenía un tipo predefinido—. Me he tirado toda la vida viajando por el mundo. Mis padres habían trabajado para una organización benéfica en países como Laos, Perú y Sierra Leona. No tengo hermanos. Cuando era niño me lo pasaba en grande y resultaba emocionante; pero a medida que fui creciendo, se hizo pesado y complicado. Yo quería quedarme en un mismo lugar. Quería hacer amigos y jugar en el

equipo de baloncesto y, claro está... quería conocer chicas y hacer cosas de adolescentes. Pero todo eso es muy difícil si estás cruzando Nepal a pata, con una mochila a la espalda.

La chica era muy guapa, sí, pero parecía de esas repipis, remilgadas y pijas. Tenía pinta de creída, pero tampoco sé decir qué me llevaba a pensar así. Tenía el pelo rubísimo, como el de las muñecas de porcelana. Llevaba una falda moderna (pero no de esas tan cortas) y lo que parecían unos calcetines cortos. Daba la impresión de que acabase de salir de un catálogo de Brooks Brothers de mi abuelo.

Mientras le daba un mordisco al bocadillo me di cuenta de que ella no tenía comida. Puede que estuviera haciendo una de esas dietas extrañas pero —no sé por qué— no me lo pareció. Y tampoco sé por qué decidí acercarme, porque no me apetecía ni hablar ni conocer a nadie más. Aún estaba un poco apabullado por haber conocido a tanta gente y no quería incluir a nadie más. Puede que se debiera a que era muy guapa, a que soy tan superficial como el que más o a que los solitarios se atraen entre sí. Quizá lo que me atrajo de ella fuera ese aspecto que tenía de querer estar sola.

Me aproximé vacilante. Cuando estuve lo suficientemente cerca la saludé con la mano a la altura de la cintura y dije:

—Hola —siempre me presento con frases tan brillantes como esta.

—Hola —respondió tras levantar la cabeza y mirarme con aquellos ojos, verdes como esmeraldas.

Sí, era muy guapa.

Estaba allí parado, de pie, y me sentía incómodo. Me puse rojo. De repente, sentí como si mis manos fueran desproporcionadamente grandes.

—Me llamo Mickey —fue lo segundo que le dije. No me digas que no me lo monto bien, ¿eh? Cada palabra que digo lleva intención.

—Yo soy Ashley Kent.

—Mola.

—... Sí.

Seguramente, en algún lugar de este mundo, ya sea en China o en la India o en una parte remota de África, hay un tío más idiota que yo. Aunque tampoco estoy tan seguro.

Señalé su regazo, vacío.

—¿No has traído nada de comer?

—No, se me ha olvidado.

—¿Quieres la mitad de mi bocadillo? Es enorme.

—Oh, no, gracias.

Pero insistí y me pidió que me sentara con ella. Ashley era otro de los alumnos que se habían mudado y estaban en segundo. Su padre, según me contó, era un cirujano renombrado. Su madre era abogada.

Si la vida fuera una peli, es ahora cuando empezaría a sonar la música; una de esas canciones ñoñas durante la que se alternarían los planos en los que ella y yo compartimos la comida, hablamos, nos reímos, coqueteamos, nos damos la mano... Y la escena acabaría con un beso casto.

Eso fue hace tres semanas.

Entré en clase del señor Hill justo cuando sonaba el timbre. Pasó lista, volvió a sonar el timbre y empezó la primera hora de clase. La clase del profesor que pasaba lista al grupo de Ashley estaba al otro lado del pasillo. Me quedé esperando, pero Ashley tampoco había venido hoy.

Antes he dicho que Ashley era mi novia... pero quizá haya exagerado. Íbamos más bien despacio —creo—. Nos habíamos besado un par de veces, nada más. No me gustaba nadie más del instituto. Pero ella me gustaba mucho. No es que estuviera

enamorado —era pronto para decirlo—. Además, los sentimientos como este suelen disminuir; las cosas, como son. Nos gusta pensar que crecen cuanto más conocemos a nuestra pareja; pero la mayoría de las veces es al revés. Los tíos vemos a esa chica tremenda y se nos mete en el cuerpo una sensación que hace que nos cueste respirar y que nos pongamos tan nerviosos y ansiosos que siempre la cagamos. Pero en cuanto la conseguimos, el sentimiento empieza a disminuir casi inmediatamente. En este caso, lo cierto es que lo que sentía por Ashley había ido en aumento. Y eso me daba un poco de miedo.

Entonces, un día llegué a clase y no había venido. La llamé al móvil, pero no contestó. Al día siguiente tampoco vino. Ni al siguiente. No sabía qué hacer. No sabía dónde vivía. Busqué el apellido Kent en Internet, pero no debían de haberse inscrito en el listín. De hecho, en Internet no salía nada sobre ella.

Ashley había desaparecido sin más ni más.

CAPÍTULO DOS

Durante la tercera hora de clase se me ocurrió una idea. Ashley y yo solamente coincidíamos en Historia avanzada, asignatura que impartía la señora Friedman. Hasta el momento, la señora Friedman era mi profesora preferida porque era teatral y entusiasta. Hoy nos hablaba de lo redondas que eran algunas figuras históricas y nos pedía que nos convirtiéramos en «hombres y mujeres del Renacimiento».

Aún no había hablado en privado con ella. Bueno, la verdad es que no había hablado con ninguno de mis profesores fuera de clase. No me estaba relacionando mucho. Pero así era yo. Y sé que me miraban como se mira a los nuevos. Un día, un grupo de chicas no paraba de observarme y reírse tontamente. Una de ellas se acercó y me dijo:

—Oye... esto... ¿me das tu número de móvil? —me pilló por sorpresa y se lo di.

A los cinco minutos volví a oír las risitas y mi teléfono vibró. El mensaje decía: «Mi amiga dice que eres muy mono». No respondí.

Después de clase me acerqué a la señora Friedman.

—Ah, señor Bolitar —me ofreció una sonrisa que le iluminó la cara —. Me alegro de tenerlo en mi asignatura.

—Eh... —no estaba seguro de qué responder—, gracias.

—A su padre no le di clase, pero su tío era uno de mis alumnos preferidos. Se parece usted a él.

Mi tío. El «gran» Myron Bolitar. A mí no me caía bien y estaba cansado de que me dijeran lo molón que era. Mi padre y mi tío se llevaron muy bien mientras eran chavales pero, luego, tuvieron una gran discusión. En los últimos quince años —prácticamente desde que fui concebido hasta el día en que murió mi padre— no se habían hablado. Sé que debería perdonar a mi tío, pero no me da la gana.

—¿En qué puedo ayudarle? —hay veces en las que los profesores que te tratan de usted suenan condescendientes o hacen que la situación resulte demasiado formal; no obstante, la señora Friedman le daba el tono correcto.

—Como seguramente sabrá —dije despacio—, Ashley Kent lleva unos días sin venir.

—Así es —era una mujer bajita y le suponía un esfuerzo mirarme a los ojos—. Están ustedes muy unidos, ¿verdad?

—No, solo somos amigos.

—Venga, señor Bolitar, puede que sea vieja, pero he visto cómo la mira. Hasta la señorita Caldwell está enfadada porque no le presta usted atención.

Me puse rojo. Rachel Caldwell era, probablemente, la tía más buena del instituto.

—Bueno, da igual —dije arrastrando las palabras—. La cuestión es que estaba pensando en que quizá podría ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿Cómo?

—Pues había pensado que podría darme usted sus deberes y... ya sabe... que podría llevárselos.

La señora Friedman había estado limpiando la pizarra mientras yo hablaba. La mayoría de los profesores usaban una pizarra digital,

pero a ella le gustaba bromear con que era de la vieja escuela, literalmente.

—¿Se lo ha pedido ella? —dijo mientras me miraba a los ojos.

—Pues... no.

—Así que es iniciativa suya.

Menuda idea tan idiota que había tenido. Aunque me diera los deberes, ¿adónde iba a llevarlos? Ni siquiera sabía dónde vivía.

—Da igual. Pero gracias —y me di la vuelta para marcharme.

—Señor Bolitar —dijo mientras dejaba el borrador y yo me giraba para mirarla—, ¿sabe usted cuál es la razón de que Ashley Kent no haya venido a clase?

Mi corazón empezó a latir con golpes sordos.

—No, señora.

—Pero está preocupado.

—Sí, señora —no tenía sentido mentirle.

—¿No le ha llamado?

—No.

—Qué raro —y frunció el ceño—. Lo único que sé al respecto es que me han pasado una nota que dice que no espere que vuelva a clase.

—No le entiendo.

—No sé nada más. Imagino que se habrá mudado, pero... —la frase se fue apagando.

—Pero ¿qué?

—Da igual, señor Bolitar —y se puso a borrar la pizarra nuevamente—. Pero... pero tenga cuidado.

Era la hora de comer y estaba haciendo cola en la cafetería. Siempre había pensado que la cafetería de un instituto sería como en las

películas y, efectivamente, esta estaba llena de los grupitos típicos. A los deportistas los llamaban «Hermanos Lax» (Hermanos de Lacrosse); todos ellos tenían el pelo largo, grandes músculos y empezaban cada frase con una carcajada entrecortada. Estaba la mesa de los «Animes» —chavales de raza blanca que se creen asiáticos—; a estos les encantan los cómics *manga* y los videojuegos de ese estilo. Las «Guapas», más que guapas eran chicas flacuchas con ropa cara y tacones excesivamente altos. También estaban los aficionados a la consola, los modernos, los patinadores, los porreros, los informáticos y los del grupo de teatro. No obstante, aquí no parecía que hubiera mucha lucha de clases. Estos chavales llevaban tanto tiempo juntos que ni siquiera le daban importancia. Los «marginados» que se sentaban solos llevaban tantos años haciéndolo que ya no era cuestión de crueldad, sino de costumbre. Aunque no tenía claro si eso era mejor o peor.

Un chico que, sin duda, encajaba en el grupo de los informáticos se acercó a mí con la bandeja en la mano. Llevaba el dobladillo del pantalón tan alto que parecía que se hubiera arremangado. Sus deportivas eran completamente blancas y no tenían marca. Se subió con el dedo aquellas gafas a lo Harry Potter que llevaba y me señaló con la bandeja.

—Eh, ¿quieres mi cuchara? Apenas la he usado.

—*¿Apenas?*

—Apenas —y me acercó la bandeja para que lo comprobara. La cuchara estaba metida en el bol de macedonia en almíbar.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—¿Acaso se han quedado sin cucharas?

—No, tienen un montón.

—Pues, entonces, no. Gracias —menudo personaje.

—Tú mismo —dijo tras encogerse de hombros.

Cuando acabé de comprar la comida, el Cuchara —que es como lo llamaría a partir de ahora— me estaba esperando.

—¿Dónde te vas a sentar?

—Pues no lo sé —respondí. Había comido solo desde que desapareció Ashley.

El Cuchara empezó a seguirme.

—Eres grandote e introvertido. Como Shrek —dijo—. ¿Sabes?, yo podría ser Asno.

¿Qué respondes a eso? Vaya tela. Si salía a la terraza me seguiría, así que busqué un lugar seguro en la propia cafetería.

—O Robin. Como el de Batman, ¿entiendes? O Sancho Panza. ¿Has leído *El Quijote*? Yo tampoco, pero he visto el musical *El hombre de La Mancha*. Me flipan los musicales. Como a mi padre. A mi madre no le gustan tanto. Ella prefiere las peleas con pocas reglas, como en las AMM. Las artes marciales mixtas, vamos. Mi padre y yo vamos a ver un musical una vez al mes. ¿Te gustan los musicales?

—Claro —dije mientras buscaba dónde refugiarme.

—Mi padre mola. Por lo de los musicales y todo eso. Hemos visto *Mamma Mia* tres veces. ¡Es la leche! La peli no me gusta tanto. Es que Pierce Brosnan canta como si le hubieran metido un flechazo en la garganta. Mi padre tiene descuento porque trabaja en el instituto. Es el bedel. Pero no le pidas que te abra el vestuario de las chicas, ¿vale? Es que yo se lo pedí una vez y se negó en redondo. Mi padre es muy estricto, ¿sabes?

—Claro, claro.

En la zona de los marginados había una mesa casi vacía, excepto por Ema/Emma (aún no sabía cómo se llamaba realmente), la ingrata damisela en apuros.

—¿Qué me dices de lo de ser tu Asno?

—Ya te diré algo.

Apreté el paso y puse mi bandeja junto a la de la chica. Llevaba el mismo maquillaje negro y llamativo del otro día, ropas negras, botas negras, y tenía el pelo negro y brillante y la piel pálida. Era gótica o emo o como sea que se denomine esta gente hoy en día. Tenía los antebrazos llenos de tatuajes. Uno de ellos se escondía por debajo de la manga y volvía a asomarle por el cuello. Me miró con una cara tan hosca que parecía que quisiera pegarme.

—Oh, vaya, la buena acción.

—¿La buena acción? ¿Qué quieres decir?

—Piensa un poco.

Y lo hice. Pero no sabía a qué se refería.

—Ya lo entiendo, crees que me siento contigo porque me da pena que estés sola, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—Vaya, y yo que pensaba que eras uno de esos deportistas idiotas.

—Intento ser un hombre del Renacimiento.

—Vaya, tú también estás con la señora Friedman, ¿eh? —y miró a derecha e izquierda—. ¿Dónde está tu novia la pija?

—Ni idea.

—Así que has pasado de sentarte con la guapita remilgada a hacerlo conmigo —y sacudió la cabeza—. Tío, menudo paso atrás.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —quería salir de dudas.

—¿Y qué más te da?

—Es que un chico te llamó «Ema», pero la señora Owens te llamaba «Emma».

Cogió el tenedor y empezó a jugar con la comida. Me fijé en que llevaba pendientes en las cejas. Joder, qué dolor.

—Llamarme, me llamo «Emma», pero todo el mundo me llama «Ema».

—¿Y eso? ¿Cómo prefieres que te llamen?

—Ema —respondió a regañadientes.

—Vale, pues Ema.

—¿A qué te dedicas cuando no estás rescatando a la gorda? —seguía jugando con la comida.

—Creo que te estás pasando.

—¿En serio?

—Deberías cortarte un pelo.

—Puede que tengas razón —y se encogió de hombros—. Así que eres nuevo.

—Sí.

—¿Y de dónde eres?

—He viajado mucho. ¿Y tú?

—Llevo toda la vida en este pueblo —e hizo una mueca.

—No parece tan malo.

—Lo dices como si considerases que ya has encajado.

—No pretendo encajar.

Le gustó mi respuesta. Miré mi bandeja, cogí la cuchara y me acordé de... bueno, del Cuchara. Sacudí la cabeza y sonreí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Me resultaba extraño pensar que, cuando mi padre era joven, se sentaba a comer en esta misma cafetería. Era joven y tenía toda la vida por delante. Miré en derredor y me pregunté dónde se sentaría, con quién hablaría y si se reiría tanto como cuando yo lo conocí.

Aquellos pensamientos se convirtieron en una mano gigante que me presionaba el pecho. Parpadeé y dejé la cuchara en la bandeja.

—¿Estás bien?

—Sí.

Pensé en la Murciélago y en lo que me había dicho. Menuda vieja loca... No me extrañaba que la llamaran así. Desde luego, uno no se gana una reputación así sin más ni más. Se la gana por cosas como decirle a un chico que ha visto morir a su padre (al que tanto echa de menos) en un accidente de tráfico, que sigue «vivito y coleando».

Me vi transportado al día, hace ocho meses, en que llegamos a Los Ángeles (mi padre, mi madre y yo). Mis padres querían que viviera en un lugar en el que pudiera ir a un instituto con un buen equipo de baloncesto y, quizá, ir a la universidad. Bonitos planes, ¿eh?

Pero mi padre había muerto y mi madre estaba destrozada.

—Ema —me miró con recelo—, ¿qué sabes de la Murciélago?

Frunció el cejo y volvió a relajarlo. Al hacerlo, la máscara que llevaba en los ojos se cerró y se abrió como un abanico.

—Ahora lo entiendo.

—¿Cómo dices?

—Ahora entiendo por qué te has sentado conmigo. Has debido de pensar que la gorda loca lo tenía que saber todo sobre la vieja loca, ¿no?

—¿Qué? ¡No!

Se levantó y cogió la bandeja.

—Déjame en paz, ¿vale?

—Oye, espera, te equivocas...

—No, no me equivoco. Y tranquilo, ya has hecho la buena acción del día.

—¿Quieres dejar de decir eso? ¡Ema!

Se alejó a paso rápido. Iba a seguirla, pero me detuve. Dos musculitos ataviados con la chaqueta del equipo de fútbol americano del colegio se rieron por lo bajo, se acercaron a mí y uno se puso a

mi derecha; y el otro, a mi izquierda. El de la derecha se llamaba Buck (o, al menos, es el nombre que llevaba estampado en el pecho) y me dio una fuerte palmada en el hombro.

—Parece que ha pasado de ti, ¿eh?

—Sí, la gorda ha pasado de él —soltó el otro musculitos (cuyo estampado rezaba «Troy») entre risas.

—Gorda y fea —de nuevo Buck.

—Y aun así ha pasado de ti —Troy.

Vaya par...

Entrechocaron la palma de la mano y volvieron a levantarla para que yo también se la chocara.

—Choca, campeón —me dijo Buck.

Torcí el gesto.

—Chicos, ¿no os toca ya la inyección de esteroides en el culete?

Se quedaron con la boca abierta y me abrí paso entre ellos.

—Esto no va a quedar así. Eres hombre muerto —dijo Buck.

—Eso, hombre muerto —Troy.

—Y muy muerto.

—Muerto.

Tío, esperaba que no me quedara de mote «el Muerto» o algo así.

Cuando salí detrás de Ema, vi que la señora Owens (a la que le tocaba vigilar la cafetería) venía directa hacia mí con aquel brillo en los ojos. No me perdonaba que le hubiera chafado las pruebas de hermanamiento. Se plantó delante de mí y me silbó en el oído. Aún llevaba pintada la sonrisa.

—En la cafetería no se corre. A menos que quiera pasarse una semana castigado. ¿Le ha quedado claro?

Miré en torno. Buck me apuntó con la mano convertida en una pistola y disparó. Ema dejó la bandeja y salió por la puerta. La señora Owens sonrió y me retó a que saliera corriendo detrás de

ella. Pero no lo hice.

Sí que me costaba poco hacer *amigos*.

CAPÍTULO TRES

Nunca conseguía abrir mi taquilla a la primera. La combinación no funcionaba bien, no me preguntes por qué. Acababa de introducir los números: 14, atrás hasta el 7, ahora al 28... pero nada, que no se abría. Iba a probarlo de nuevo cuando oí una voz familiar.

—Colecciono muñecos cabezones —era el Cuchara.

—Bueno es saberlo.

El Cuchara me hizo un gesto para que me apartase y sacó un aro muy grande lleno de llaves y no paró hasta que encontró la que buscaba. La introdujo en la cerradura de mi taquilla y, *voilà*, abierta.

—¿Cuál es la combinación?

—Pues... no sé si debería decírtela.

—Hooola —dijo mientras levantaba las llaves a la altura de mis ojos y hacía que tintineasen—. ¿Acaso piensas que la necesito para abrirla?

«Pues también es verdad», pensé. Le dije los números y se puso a enredar con el candado. Al rato me lo tendió.

—No debería volver a darte problemas —y empezó a marcharse.

—Cuchara, espera.

—¿Cómo me has llamado? —dijo tras darse la vuelta.

—Perdona, es que no sé cómo te llamas.

—Cuchara... —dijo mirando al infinito y sonriendo, como si fuera la primera vez que pronunciaba aquella palabra—. Me gusta. Cuchara. Sí. Oye, llámame siempre Cuchara, ¿vale?

—Vale —y me miró, expectante—. Vale... Cuchara —y sonrió abiertamente. Quería hacerle una pregunta, pero no sabía por dónde empezar—. Esto... tienes muchas llaves.

—Pero no me llames «Llaves», ¿vale? Prefiero «Cuchara».

—Claro, no te preocupes. Hemos quedado que «Cuchara». Antes me has dicho que tu padre es el bedel, ¿no?

—Sí. Por cierto, ¿sabes la Bruja Blanca de los libros de Narnia? Me parece que está cañón.

—Y a mí —intenté retomar el tema anterior—. Entonces, ¿tu padre puede entrar en cualquier lugar cerrado del instituto?

—Pues claro —sonrió—; pero no hay por qué pedírselo a él. Yo tengo una copia de las llaves —y volvió a agitarlas frente a mí por si no tenía claro qué significa la palabra «llave»—. Pero no podemos entrar en el vestuario de las chicas. Se lo pedí una vez y...

—Vale, vale, al vestuario de las chicas no. Pero ¿puedes entrar en otros lugares?

El Cuchara se subió las gafas con el dedo.

—¿Y eso? ¿Qué tienes en mente?

—Quiero entrar en la secretaría y ojear el expediente de un alumno.

—¿El de quién?

—El de Ashley Kent.

El instituto acaba a las tres de la tarde, pero el Cuchara me había dicho que habría moros en la costa hasta las siete, así que me quedaban cuatro horas por delante. Era muy pronto para ir a visitar

a mi madre —solamente podía hacerlo por la tarde-noche porque por el día seguía un programa de rehabilitación—, así que decidí ir a casa de la Murciélago.

Me llegó un mensaje de voz mientras salía del instituto. Seguro que era de algún adulto. Los chavales mandamos mensajes de texto. Los adultos dejan mensajes de voz; que son un engorro, porque tienes que llamar, escuchar a la operadora y el mensaje y, después, borrarlo. Efectivamente, el mensaje era de mi tío Myron: «He reservado los vuelos a Los Ángeles para primera hora del sábado», con voz apagada. «La vuelta la tenemos al día siguiente».

Los Ángeles. Íbamos a ver la tumba de mi padre. Mi tío no había llegado a ver el lugar de descanso de su hermano. Mis abuelos, que se encontrarían allí con nosotros, tampoco habían visto dónde descansaba su hijo menor.

El mensaje seguía: «Como es natural, he comprado un billete para tu madre. No podemos dejarla sola. Sé que mañana querréis estar solos, pero creo que quizá debería estar por allí. Por si acaso».

Fruncí el cejo. Ni de coña.

«Bueno, espero que estés bien. Llegaré por la noche; por si quieres pedir una pizza o algo».

No me apetecía hablar con él, así que le mandé un mensaje: «No voy a estar para cenar. Creo que mamá estará más cómoda si no vienes».

No le iba a sentar bien, pero me daba igual. No era mi tutor. Eso era parte del trato que teníamos. Cuando se enteró de que mi padre había muerto y de que mi madre estaba teniendo *problemas*, nos amenazó con ir a juicio para conseguir mi custodia. Le dije que si lo hacía me escaparía —aún tengo muchos contactos al otro lado del charco— o pediría la emancipación.

Puede que mi madre no lo estuviera haciendo bien, pero era mi

madre. No fue un combate limpio pero, al final, mi tío y yo llegamos —si no a un acuerdo— a un alto el fuego. Accedí a vivir en su casa de Kasselton, en Nueva Jersey; la casa en la que crecieron mi padre y él. Sí, me resultaba extraño, pero bueno. Duermo en la habitación del sótano (que había sido el dormitorio de mi tío) y hago todo lo posible por evitar subir a la habitación del primer piso donde mi padre pasó su infancia. Todavía me da repelús.

A cambio de que yo aceptase vivir en su casa, mi tío accedió a que mi madre siguiera siendo mi única tutora y, en pocas palabras, a dejarme en paz. Esa era la parte que le estaba costando digerir.

Observé la casa de la Murciélago y me dio un escalofrío. Se había levantado viento y este doblaba los árboles desnudos que la mujer tenía en el jardín. Conocía supersticiones de todos los rincones del planeta y la mayoría me parecían verdaderas tonterías, pero mis padres siempre me habían dicho que abriera la mente. No creía en casas embrujadas. No creía en fantasmas ni en espíritus ni en monstruos que salen del armario por la noche. Pero, tío, si lo hiciera, aquí es donde se reunirían todos.

La casa estaba tan destartalada que incluso parecía que se inclinara hacia un lado, como si fuera a desmoronarse con un buen empujón. Había tablones sueltos en el porche. Algunas ventanas estaban rotas y las habían cegado con tablas; otras estaban empañadas como si la propia casa se estuviera duchando con agua caliente —aunque, a juzgar por la suciedad, seguro que no era por eso—. Si no hubiera visto a la mujer con mis propios ojos, habría jurado que la casa llevaba años abandonada.

Me acerqué y llamé a la puerta. Nada. Acerqué la oreja a la madera —pero no demasiado, porque no quería clavarme una astilla — y escuché. Nada. No se oía nada de nada. Volví a llamar. No respondía nadie.

Y ahora, ¿qué? ¿Para qué había venido? Vete a saber. Decidí probar por la puerta de atrás. Di la vuelta por la izquierda porque, si la casa se derrumbaba de repente, no quería que se me cayera encima. De camino, miré hacia arriba y vi que en el tejado había un mirador abalconado. Imaginé a la Murciélago allí arriba, sentada en una mecedora, con su vestido blanco, mirándome... y aceleré la marcha al tiempo que me preguntaba qué me encontraría en el patio trasero.

Nada.

La casa lindaba directamente con los árboles. Qué extraño. Era como si hubiera sido construida parte en terreno despejado, parte en el bosque; como si saliese de entre los árboles. Desde la parte de delante solo se veía que había muchos árboles en la trasera... pero no es que hubiera muchos, es que había muchísimos. Y era como si sus raíces se fundieran con los cimientos. La fachada trasera de la casa estaba cubierta de enredaderas gruesas y sucias. No sabía si la casa se habría construido originalmente en el bosque y más tarde se habría abierto un claro delante... o si era al revés: que el bosque había ido acercándose sigilosamente hasta la casa de la Murciélago y había empezado a tragársela.

—¿Qué haces?

Ahogué un alarido y pegué un salto tan grande como para hacer un mate. Había alguien detrás de mí. Me giré rápidamente y retrocedí dos pasos. Choqué con un árbol. Era Ema.

—Te he asustado, ¿eh? —se rio y levantó los brazos como si fueran alas—. ¿Pensabas que era la Murciélago, que venía a raptarte?

—Muy graciosa —susurré.

—Mira el chico duro.

—¿Qué haces aquí?

Se encogió de hombros.

—¿Me estabas siguiendo?

—Joder, Mickey, sí que eres creído —suspiró y puso los brazos en jarras. No tenía claro qué responder, así que continuó ella—. Es que... como has hablado de la Murciélago... y me ayudaste... y todo eso... pues tenía curiosidad.

—Así que me has seguido.

No respondió. Miró a su alrededor como si acabase de darse cuenta de que estábamos entre el bosque y la fachada trasera de la casa de la Murciélago.

—¿Para qué has venido? Como no has podido ligar con la gorda, ¿vas a probar suerte con la vieja? —me quedé mirándola—. He oído lo que te han dicho; Buck y Troy. Llevan tantos años metiéndose conmigo que ya no recuerdo la primera vez que lo hicieron —giró la cabeza, se mordió el labio inferior y volvió a mirarme—. He oído que te amenazaban por defenderme —me encogí de hombros—. Venga, dime, ¿qué haces aquí?

No sabía cómo explicarlo, así que no me anduve por las ramas.

—Quería ver a la Murciélago.

—Venga ya —y sonrió.

—En serio.

—No me lo creo. Sabes que no existe, ¿verdad? La Murciélago es una leyenda que utilizan los chicos mayores para asustar a los pequeños. No conozco a nadie que la haya visto.

—Yo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Me ha dicho que mi padre sigue vivo —Ema parecía confusa—. Murió en un accidente de coche a principios de año.

—Oh —se quedó perpleja—. No sé qué decir.

—Y quiero hablar con ella.

—Entendido. He visto que llamabas a la puerta. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Entrar por la puerta de atrás.

—Parece lógico —miró hacia el bosque y achinó los ojos—. Fíjate —señaló los árboles y dio unos pasos en aquella dirección. Yo solo veía troncos—. Allí hay una senda. Quizá lleve a otra casa —y siguió caminando.

La seguí. Unos pasos después vi a qué se refería. A unos cuarenta metros de la casa había algo que bien podría ser un garaje. Estaba pintado de verde y de marrón, como de camuflaje, y había un camino de tierra que llegaba hasta la construcción. Nada de esto se veía desde la parte delantera de la casa. Bueno, ni desde la trasera.

Ema se agachó y tocó el suelo.

—Las rodadas de un coche —dijo como si estuviera siguiendo a alguien como en esas pelis antiguas—. Así es como entra y sale la Murciélago sin que nadie la vea.

—... No querrás decir que conduce.

—¿Qué pensabas, que volaba?

Me dio un escalofrío. El garaje estaba en mejor estado que la casa, pero no mucho. Intenté abrir la puerta, pero también estaba cerrada. No había ventanas, así que no se veía si había algún coche dentro.

No sabía qué conclusiones sacar. Probablemente ninguna de las que extrajera me llevaría a ningún lado. En esta casa vivía una mujer excéntrica a la que le gustaba entrar y salir por un camino privado. ¿Y? Yo no tenía ninguna razón para estar allí. Excepto, claro está, que la mujer sabía mi nombre. Y que había soltado la sandez esa de que mi padre seguía vivo.

¿Quién dice esas cosas? «Tu padre sigue vivo». ¿Quién hace eso?

Ya era suficiente. Me di la vuelta y volví a la puerta trasera. Llamé. Nada. Llamé más fuerte. La ventana de la puerta estaba sucia. Ahuequé las manos alrededor de los ojos y miré el interior. Al apoyar las manos en el cristal noté que la puerta cedía levemente. Miré el pomo. El paso del tiempo había deteriorado el quicio. Busqué la cartera en el bolsillo. Ema estaba a mi lado. Saqué una tarjeta de crédito (escondí el nombre para que no lo viera).

—¡Vaya! ¿Sabes cómo entrar?

—No, pero esto es lo que hacen en la tele, ¿no? Solo hay que deslizar la tarjeta... o algo así.

—¿Y crees que funcionará? —dijo al tiempo que fruncía el cejo.

—Imagino que no, pero fíjate en lo vieja que es la cerradura. Parece que vaya a romperse con solo toserle encima.

—Vale, pero piensa un poco primero.

—¿Eh?

—Imagina que la puerta se abre. Y entonces, ¿qué?

No iba a plantearme eso todavía. Metí la tarjeta en la hendidura del quicio y la deslicé hacia abajo. Me topé con algo duro. La deslicé con un poco más de fuerza... pero nada. Estaba a punto de darme por vencido, cuando la puerta se abrió lentamente con un chirrido que resonó en todo el bosque.

—Vaya... —dijo Ema.

Abrí la puerta del todo. El chirrido se hizo aún mayor y los pájaros salieron volando. Ema me puso la mano en el antebrazo. Llevaba las uñas pintadas de negro y anillos de plata en todos los dedos (uno de ellos con una calavera sobre un par de tibias cruzadas).

—Esto es allanamiento de morada.

—¿Vas a llamar a la policía? —le pregunté.

—¡Qué dices! —y se le iluminaron los ojos. Parecía más joven, más dulce; como si fuera una niña pequeña. Esbozó media sonrisa y

eso me llevó a enarcar una ceja. Imagino que no le gustó que lo hiciera, porque ahí estaba de nuevo la máscara hosca—. Da igual —dijo haciendo ver que estaba de vuelta de todo—. Esto mola.

No, realmente no molaba. Sabía que esto no era muy inteligente, pero la necesidad de hacer algo, lo que fuera, era mucho más fuerte que las preocupaciones personales. Además, ¿qué me iba a pasar? Una anciana me había dicho una majadería por la mañana y yo había venido a hablar con ella; como no había respondido nadie, había decidido entrar para asegurarme de que se encontraba bien. Eso sería lo que contaría. ¿Qué iban a hacerme, meterme en la cárcel?

—Si quieres, puedes irte a casa —le dije.

—Tú flipas.

—Lo cierto es que me vendría bien un vigilante.

—Yo quiero entrar.

Negué con la cabeza.

—Vale, pues vigilaré —y sacó el móvil—. Dame tu número —se lo di—. Vale, me voy a quedar aquí. Si la veo aparecer volando, te mando un mensaje. Por cierto, ¿qué piensas hacer si está dentro, esperando entre las sombras, lista para saltarte al cuello?

No me molesté en contestar; aunque la verdad es que en eso tampoco había pensado. Y si la Murciélago me estaba esperando, ¿qué? Bueno, qué iba a hacer, ¿saltarme al cuello? Mido 1,95 y ella es una anciana bajita. «Tranquilo», pensé.

Entré en la cocina. No cerré la puerta porque quería una vía de escape rápida en caso de que... Bueno, da igual. La estancia parecía de otra época. Recuerdo haber visto con mi padre una reposición de una serie en blanco y negro llamada *The Honeymooners*. A mí no me pareció muy graciosa, la verdad; entre otras razones, porque parecía que el humor se basaba demasiado en las amenazas físicas

de Ralph a su esposa Alice. Bueno, la cosa es que la Murciélago tenía una nevera —si es que eso es lo que era— como la de Ralph y Alice. El suelo, de linóleo, era de color amarillo sucio, como los dientes de un fumador. Había un reloj de cuco parado con el cuco fuera de su casita de madera marrón. Parecía que el pajarito estuviera congelado.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Nada.

Debería largarme. En serio. ¿Qué estaba buscando?

«Tu padre no está muerto. Está vivito y coleando».

Pero yo estaba seguro. Iba en el coche con mi padre. Vi cómo moría. Además, no le puedes decir algo así al hijo del difunto y esperar que no te pida explicaciones.

Avancé de puntillas sobre las baldosas, desportilladas. La mesa estaba cubierta con un mantel de cuadros como los de las pizzerías. Sobre la mesa había un salero y un pimentero con el contenido endurecido. Salí de la cocina y me encontré ante una escalera de caracol que subía al primer piso donde... sin duda... estaba el dormitorio de la mujer.

—¡Hola!

Nada.

En cuanto puse el pie en el primer escalón me volvieron las imágenes de la Murciélago vistiéndose o duchándose... y decidí quedarme en la planta baja. ¡Puaj! No iba a subir. Al menos, de momento.

Entré en la sala de estar. Estaba a oscuras. El marrón era el color predominante de la habitación. Entre la suciedad y las tablas que tapaban las ventanas, entraba muy poca luz. En la habitación había un reloj de pie bien grande, que también estaba parado. También vi un armarito con un estéreo. Hi-Fi, creo que le llamaban a eso. En lo

alto había un tocadiscos y, a un lado, unos cuantos vinilos apilados. *Pet Sounds*, de los Beach Boys, los Beatles cruzando Abbey Road y *My Generation*, de los Who. Intenté imaginar a la Murciélago poniendo estos clásicos del rock a todo volumen. Joder, qué imagen.

Me detuve para ver si oía algo. Nada. Al otro lado de la habitación había una chimenea gigantesca. La repisa estaba vacía excepto por una fotografía. Avancé para verla, pero vi algo que hizo que me detuviera en seco: en el tocadiscos había un disco. Era un disco que conocía muy bien. El último álbum que había estado escuchando la Murciélago se titulaba *Aspect of Juno* y era de los HorsePower. Mis padres lo escuchaban a menudo. Hace años, cuando mis padres se conocieron, mamá era amiga de Gabriel Wire y Lex Ryder, los fundadores de la banda. A veces, cuando papá se iba de viaje, mamá ponía el disco y se echaba a llorar.

Tragué saliva. ¿Sería una coincidencia? Por supuesto. HorsePower era un grupo bastante famoso. Mucha gente compraba sus discos. Incluso la Murciélago les había comprado uno, ¿y? Solo era una casualidad. Sí... pero menuda casualidad. Aunque aún desconocía todo lo que implicaba.

«Sigue», pensé y avancé hasta la fotografía de la repisa. El hogar estaba lleno de hollín y ceniza y hojas de periódico amarillecidas. Cogí el marco con miedo de que se me rompiera en pedazos en las manos. Pero no fue así. El cristal tenía muchísimo polvo y soplé para limpiarlo. Mala idea. El polvo se me metió en los ojos y en la nariz. Estornudé y empecé a llorar. Cuando se me pasó, parpadeé, abrí los ojos y observé la fotografía: *hippies*.

En la foto había cinco personas, tres mujeres y dos hombres, dispuestas de forma alternada —chico, chica, chico, chica; ya me entiendes—. Todos ellos llevaban el pelo largo, pantalones de talle bajo y collares y pulseras de cuentas. Las mujeres llevaban flores en

el pelo; y los hombres, barba descuidada. Era una fotografía vieja —yo diría que de la década de los sesenta— y es probable que fueran compañeros de universidad o que tuvieran esa edad. La imagen me recordó un documental sobre Woodstock que había visto.

Los colores de la foto estaban apagados, pero era evidente que en su momento habían sido brillantes. Los fotografiados estaban delante de un edificio de ladrillo y sonreían abiertamente. Todos ellos llevaban la misma camiseta de colores desteñidos con un emblema en el pecho. Al principio me pareció una especie de símbolo de la paz, pero no lo era. Lo miré más detenidamente, pero no sabría decir qué era. Parecía... no sé... una mariposa aplastada. Había leído algo sobre el test de Rorschach, ese en el que cada persona ve cosas diferentes en unas mismas manchas con formas vagas. Pues se parecía a eso —solo que las manchas del test son de color negro y las de la camiseta eran multicolor—. La analicé de nuevo. Sí, no había duda de que era una mariposa. Y en la parte de abajo de las alas había dos círculos... como dos ojos; los ojos de un animal, quizá. Y resplandecían.

Joder, qué canguelo.

No podía dejar de mirar a la chica del centro. Estaba un poco adelantada respecto a los demás, como si fuera la líder. Tenía el cabello rubio y por la cintura, y una cinta de color morado en la cabeza. Su camiseta era... ya sabes, especialmente ceñida... y la chica tenía muchas curvas. Justo cuando empezaba a pensar en lo buena que estaba aquella *hippy*... me di cuenta: ¡pero si era la Murciélago!

¡Puaj!

Me vibró el móvil y pegué un salto. Lo saqué y leí el mensaje. Era de Ema: «¡Un coche! ¡Sal!».

Dejé la fotografía en la repisa y volví a la cocina. Iba agachado,

casi reptando —como los comandos— por el suelo de linóleo. Me asomé muy despacio a la ventana y miré lo que sucedía en el patio. En el bosque había una nube de polvo. En cuanto se asentó, vi el coche.

Era negro y tenía los cristales tintados; era una limusina o algo así. Se detuvo justo delante del garaje de la Murciélago. Me mantuve a la espera porque no sabía muy bien qué hacer. Entonces, empezó a abrirse la puerta del copiloto.

Durante unos instantes no sucedió nada. Miré a uno y otro lado en busca de Ema. Estaba escondida detrás de un árbol. Señaló hacia mi derecha. ¿Eh? Me encogí de hombros como diciendo «¿Qué pasa?». No paraba de señalar en aquella dirección, así que miré.

¡La puerta de la cocina estaba abierta! ¡Claro, no la había cerrado! Me agaché y alargué la pierna para hacerlo. Le pegué una patada suave, pero no se quedaba cerrada. Se volvió a abrir lentamente y a chirriar. Lo intenté de nuevo, pero la cerradura estaba rota. Iba a ser imposible cerrarla. Le pegué un codazo para que, al menos, quedara entornada.

Me arriesgué a mirar nuevamente por la ventana. Ema me vio y empezó a escribir otro mensaje. Otra vez la vibración: «¿Qué parte de "¡Un coche! ¡Sal!" no has entendido? ¡Venga, memo, reacciona y sal de ahí!».

Pero no me moví. Para empezar, no tenía claro en qué dirección tirar. No podía salir por detrás sin más, porque los del coche me verían. Tampoco podía salir corriendo hacia la parte delantera porque corría el riesgo de que me oyesen. Así que decidí quedarme quieto. Sin dejar de mirar al coche. Y esperar.

La puerta del copiloto se abrió un poco más. Yo seguía agachado; desde fuera solo se me podían ver los ojos, la frente y el pelo. De dentro apareció una pierna y luego otra. Zapatos negros. De

hombre. Al instante, salió del coche. Efectivamente, era un hombre. Tenía la cabeza rapada, llevaba un traje negro y gafas de sol de aviador. Parecía que viniera de un funeral o que perteneciera al servicio secreto. ¿Quién coño sería?

El tipo estaba tan tieso que parecía que le hubieran metido un palo por el culo. Escaneaba los alrededores girando la cabeza como si fuera un robot. Detuvo la mirada en el árbol tras el que Ema hacía lo imposible por esconderse y dio un paso hacia ella. La chica cerró los ojos con fuerza como si así fuera a desaparecer. Otro paso. No cabía duda, la había visto.

Tenía que pensar en qué hacer, pero no tenía mucho tiempo. Debía distraer al calvo. Le pegaría una patada a la puerta para llamar su atención. Pero, justo cuando iba a hacerlo, Ema abrió los ojos y salió de detrás del árbol... vestida de gótica. El hombre de las gafas de aviador se quedó quieto.

—Hola. ¿Quieres comprar galletas de las chicas scout?

Se quedó mirándola un momento y dijo con voz monocorde:

—Esta es una propiedad privada.

—Sí, lo sé. Estoy vendiendo galletas por el vecindario e iba a llamar a la puerta cuando he oído el coche. He pensado que si venía aquí tendría más posibilidades de vender —y esbozó algo parecido a una sonrisa. El hombre, en cambio, parecía enfadado—. Nuestra galleta más conocida sigue siendo la recubierta de menta, pero últimamente hemos introducido un sabor nuevo: dulce de leche. A mí me resultan demasiado dulces, pero bueno. Si no quieres engordar... y ya sé que no parece que sea mi caso... tenemos las de pepitas de chocolate bajas en calorías —el hombre seguía observándola—. También tenemos las Samoa, las dobles con mantequilla de cacahuete, las mantecadas y las recubiertas de chocolate que están rellenas de mantequilla de cacahuete. No quiero

presionarle, pero todos sus vecinos me han hecho encargos. ¿Conoce a los Asselta, los de al lado? Pues han comprado treinta cajas. Con un poco de suerte, quedaré la primera de mi tropa y ganaré un cheque-regalo de cien dólares para gastármelo en una casa de muñecas de American Girl...

—Márchate.

—Disculpe, ¿ha dicho usted que...?

—Que te marches —el tono del hombre era seco—. Vete.

—Vale, vale —Ema levantó las manos como si se rindiera y desapareció de escena rápidamente. Apoyé la espalda en la pared, aliviado... e impresionado por lo que acababa de presenciar. Eso sí que es imaginación. Ema estaba a salvo. Ahora me tocaba a mí. Volví a mirar por la ventana. El tipo de la cabeza rapada estaba junto a la puerta del garaje. La abrió y quienquiera que condujera metió el coche dentro. El calvo siguió moviendo la cabeza de uno a otro lado, como una cámara de vigilancia. De pronto, miró directamente adonde yo estaba.

Me agaché a todo correr. ¿Me habría visto? Yo diría que sí por la dirección de la mirada, pero con aquellas gafas que llevaba era imposible estar seguro. Fui a gatas hasta la habitación de al lado y me quedé en el suelo, donde pudiera ver la puerta trasera. Saqué el móvil y le mandé un mensaje a Ema: «¿Estás bien?».

A los dos segundos: «Sí. ¡Sal!».

Tenía razón. Siempre agachado, pasé por delante de la escalera de caracol. Pensé en lo que podía haber allí arriba y me dio repelús.

¿Quién sería el tipo escalofriante de la cabeza rapada y el traje negro? Lo más probable es que tuviera una explicación sencilla: sería un pariente de la Murciélago. Así, vestido de negro... quizá fuera el sobrino o algo así... el «Sobriciélago».

Casi había llegado a la puerta frontal y no había entrado nadie.

Perfecto. Me puse de pie y volví a mirar la fotografía de los años sesenta y a fijarme en la extraña mariposa que lucían aquellos chicos a modo de emblema en las camisetas. Intenté memorizar todas las caras para ver si más adelante podía sacar algo en claro. Me acerqué a la puerta y cogí el pomo.

En ese momento se encendió una luz detrás de mí. Me quedé helado. Era una luz tenue, pero la oscuridad era tan grande que llamaba mucho la atención. Giré la cabeza poco a poco.

La luz provenía de la rendija de la puerta del sótano. Allí abajo había alguien. Y acababa de encender la luz.

Mi cabeza empezó a funcionar a toda velocidad. El pensamiento que más se repetía era: «¡Corre!». He visto esas películas de miedo en las que un cabeza de chorlito entra solo y a escondidas en una casa que parece abandonada, como yo, y termina con un hacha entre los ojos. En el cine, a salvo de todo mal, me había mofado de su estulticia... pero fíjate dónde estaba yo ahora: en la guarida de la Murciélago... ¡y había alguien en el sótano!

¿Por qué había entrado? La respuesta era sencilla: la anciana me había llamado por mi nombre y me había dicho que mi padre estaba vivo. Y aunque sabía que era mentira, estaba dispuesto a arriesgar lo que fuera —incluido el pellejo— por descubrir si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de que lo que había dicho fuera cierto.

Echaba mucho de menos a mi padre.

La puerta del sótano brillaba. Sabía que era mi imaginación o una ilusión óptica debida a que la luz del sótano era, prácticamente, la única luz que había en aquella casa a oscuras... pero eso no hizo que me relajara. Me quedé quieto y me mantuve a la escucha. Alguien se movía allí abajo. Me acerqué a la puerta. Se oían voces. Dos personas. Dos hombres.

Mi teléfono vibró de nuevo. Era Ema: «¡Sal de ahí!».

Parte de mí quería quedarse, abrir la puerta del sótano a ver lo que pasaba. Pero, otra —probablemente esa que tenía millones de años, la animal, la parte primigenia que aún escuchaba al instinto de supervivencia— me decía que me fuera de allí. Esa parte primigenia y animal miraba la puerta y presentía el peligro que se escondía detrás de ella. Verdadero peligro.

Volví a la puerta frontal, giré el pomo, abrí la puerta y salí corriendo.

CAPÍTULO CUATRO

Me encontré con Ema tres manzanas más abajo.

—¡Ha sido la hostia! —dijo con una sonrisa en los labios. Era la primera vez que la veía sonreír.

—Sí... puede.

—¿Cuál es la próxima casa en la que vamos a entrar?

—Has estado genial —y sonreí.

—¿Perdona?

Empecé a reír.

—¿Perdona?

—Tú, con eso de las galletas.

Ella también se rio. Tenía una risa melodiosa.

—¿Qué pasa, es que no doy el pego como chica scout?

La miré de arriba abajo. Iba vestida de negro, con las uñas negras y tachuelas en la ceja.

—Sí, claro. Bonito uniforme.

—Quizá sea de las chicas scout *góticas* —sacó el teléfono y me lo mostró—. He cogido la matrícula del coche. No sé si servirá de algo, pero por intentarlo.

—¿Me la envías? —se me había ocurrido una idea.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —dijo mientras escribía un mensaje

y le daba a «Enviar».

Me encogí de hombros. ¿Y qué podía hacer? Desde luego, no podía llamar a la policía. ¿Qué iba a decir? ¿Que un hombre de negro había entrado en un garaje? Igual hasta vivía allí. Además, ¿cómo iba a justificar haber entrado en la casa?

Le conté lo de la fotografía, lo del emblema de la mariposa y lo de la luz en el sótano.

—Vaya... —dijo.

—Eso lo dices mucho, ¿no?

—¿El qué?

—Lo de «vaya».

—Qué va, pero resulta muy apropiado en todas las situaciones que vivo contigo.

Consulté el reloj del móvil. Ya era hora de ir con el Cuchara para que me abriera la secretaría. Sería un milagro que llegara al final del día sin que me metieran en la cárcel.

—Tengo que irme.

—Gracias por la aventura.

—Gracias a ti por vigilar.

—Mickey...

Me di la vuelta y la miré.

—¿Qué vas a hacer con lo de la Murciélago?

—No sé. ¿Qué crees que debería hacer?

—Te ha dicho que tu padre está vivo.

—¿Y?

—No podemos dejar pasar el tema.

—*¿Podemos?*

Parpadeó y miró hacia otro lado. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Es que... me parece un comentario tan cruel. Deberíamos tirar

huevos contra la casa. Aunque, entonces, olería mejor —y se limpió la cara con uno de los antebrazos tatuados—. Tengo que irme —y empezó a alejarse.

—Oye, espera. ¿Dónde vives? ¿Quieres que te acompañe a casa?

—¿Lo dices en serio? —había fruncido el cejo—. Sí, seguro.

Aceleró el paso y dobló la esquina. Pensé en salir detrás de ella, pero me saldría con que las gordas no necesitan que las protejan y no tenía tiempo para eso; había quedado.

Fui corriendo hasta el instituto. El Cuchara me estaba esperando, solo, en el aparcamiento, sentado en el capó de un coche. Dejé de pensar en la Murciélago y en lo que acababa de pasar en su casa. Pero aún me duraba el subidón de adrenalina; a ver adónde me llevaba.

—Hola, tío.

—¿Sabes qué? —y bajó del capó—. A Beyoncé, ponerse rímel es lo que más le gusta de maquillarse. Pero es alérgica al perfume —y se quedó a la espera de una respuesta.

—Pues... muy interesante.

—Sí, ya lo sé.

Creo que debería haberle puesto de mote «A mi bola» en vez de «Cuchara».

Le seguí hasta la puerta lateral del insti. Pasó por el lector magnético una tarjeta que llevaba en la mano, se oyó un «clic», se abrió la puerta y entramos.

No hay lugar más vacío, más carente de alma, que un colegio por la noche. Estos edificios se construyen para albergar vida, para que se adecúen al movimiento constante, para que los estudiantes vayan de un lado a otro —algunos confiados; otros, asustados— intentando determinar cuál es su objetivo en la vida. Quítales todo eso y se convierten en cadáveres desangrados.

Nuestros pasos resonaban tan fuertemente por los largos pasillos que parecía que estuviesen amplificados. Nos encaminamos a la secretaría sin hablar. El Cuchara sacó las llaves nada más detenernos ante la puerta acristalada.

—Como se entere mi padre —susurró—, adiós al reestreno de *Ellos y ellas* —y me miró.

Debería haberle dicho que nos fuésemos... pero no lo hice. Puede que se debiera a que estaba desesperado o, quizá, a que no me gusta *Ellos y ellas*. Giró la llave, abrió la puerta y entramos en la oficina. El mostrador era suficientemente alto como para apoyarte en él. Allí trabajaban tres secretarias. Evidentemente, pasar al otro lado del mostrador estaba completamente prohibido... y confieso que me estremecí cuando lo hicimos.

El Cuchara encendió una linterna con forma de estilográfica.

—Aquí está más oscuro, pero no podemos encender la luz, ¿vale?

Asentí.

Nos detuvimos ante una puerta en la que ponía «Guía». Siempre me había parecido que ese término era muy vago. La definición que da el diccionario de la palabra es: «consejo o información destinada a resolver un problema». En resumen, que pretendían ayudarte. Pero para los estudiantes, esa palabra (esta oficina) da mucho miedo, porque nos hace pensar en las perspectivas universitarias, en hacerse mayor, en la necesidad de trabajar para vivir... vamos, en el futuro. A mí me parece un término que más bien significa «volar por tu cuenta».

El Cuchara buscó otra llave y abrió la puerta. En el instituto había doce guías o consejeros. Cada uno de ellos tenía un pequeño despacho dentro de esta otra oficina. La mayoría de las puertas estaban abiertas. Entramos en el primer despacho, el de la señora Korty (una consejera joven). Al igual que la mayoría de la gente,

había dejado el ordenador en reposo en vez de apagarlo.

El Cuchara me tendió la linternita y me indicó, con un leve movimiento de cabeza, que siguiera yo. Me senté en la silla y le di a la barra espaciadora. Instantáneamente, me apareció una pantalla que me pedía el nombre de usuario y una contraseña.

¡Qué mierda! Pulsé la tecla «Enter» varias veces. Nada. Suspiré y miré al Cuchara.

—¿Se te ocurre algo?

—El nombre de usuario es fácil, porque es la dirección de correo electrónico. Se llama Janice Korty, así que será «JKorty», arroba, el nombre del insti y «.edu».

—¿Y la contraseña?

—Eso ya es harina de otro costal —dijo tras subirse las gafas con el dedo.

Pensé un rato.

—¿Y los archivos en papel?

—Los tienen en otro edificio. Además, si Ashley es nueva, es probable que aún no tenga ficha.

Me recosté en la silla. Me sentía derrotado. Empecé a pensar en Ashley y se me relajaron los hombros. Recordé la manera en la que jugueteaba nerviosamente con un hilo del jersey. Pensé en cómo olía —a flores silvestres— y en que cuando la besé por primera vez me pareció que sabía a riquísimas moras. Sé que esto suena muy cursi, pero es que nunca me cansaría de besarla. Vomitivo, ¿no? Pensé en la manera en la que me miraba a veces, como si fuera la única persona del universo... y, acto seguido, pensé que la chica que me miraba de esa manera se había ido sin despedirse. No tenía sentido.

Tenía que esforzarme. La señora Korty era joven —de hecho, era la consejera más joven del instituto—. Pensar en eso me dio una idea.

—¿Quiénes son los consejeros más mayores?

—¿Los más mayores? ¿Te refieres en cuanto a edad?

—Claro.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tú, dímelo.

—El señor Betz —respondió sin dudar—. Es tan mayor que da clase de Shakespeare porque lo conoció en persona.

Lo había visto por los pasillos. Se ayudaba de un bastón para caminar y llevaba pajarita. Sí, era justo lo que estaba buscando.

—¿Cuál es su despacho?

—¿Por?

—Tú, llévame.

Una vez en el pasillo, me señaló el despacho que quedaba más lejos. Mientras avanzábamos, echaba una ojeada en los demás despachos para ver si algún consejero había dejado notas adhesivas en la pantalla del ordenador. Nada. El señor Betz tenía unos sujetalibros que representaban un globo terráqueo antiguo y un plumero a juego con su nombre grabado. También tenía una grapadora de la marca Swingline y varios premios.

Me senté y encendí el ordenador. Otra vez aquella pantalla:

NOMBRE DE USUARIO:

CONTRASEÑA:

—¿Y qué esperabas? —me preguntó el Cuchara antes de encogerse de hombros.

Pues justo esto. Abrí el cajón de la derecha: bolígrafos, lápices, sujetapapeles, una caja de cerillas y una pipa. Nada. Abrí el de en medio, rebusqué y sonreí.

—¡Bingo!

—¿Qué pasa?

Aunque no es bueno generalizar, los que no son hachas de la informática tienden a anotar cosas como los nombres de usuario y las contraseñas. Y allí estaba, anotado en una ficha de 7 x 12 centímetros: «TeatroGlobo1599». Si aquello no era una contraseña...

—El teatro El Globo fue construido en 1599. Fue destruido por el fuego el 29 de junio de 1613, reconstruido al año siguiente y cerrado en 1642. En 1997 se inauguró una reconstrucción moderna —soltó el Cuchara.

Tremendo. El nombre del señor Betz era Richard. Tecleé RBetz seguido de la arroba y de todo lo demás como nombre de usuario y «TeatroGlobo1599» como contraseña. Pulsé «Enter» y esperé. En la pantalla apareció un pequeño reloj de arena que daba vueltas sobre sí mismo. Y al rato: «¡Bienvenido, Richard!».

El Cuchara sonrió, levantó la palma de la mano y se la choqué. Pinché en el enlace que llevaba a los archivos de los estudiantes y tecleé «Kent, Ashley». Cuando apareció su foto (la que nos habíamos sacado el primer día de clase para el carné del instituto) sentí como si algo me atenazase el corazón.

—Tío, no me extraña que quieras dar con ella.

Si estuvieras haciendo un diccionario gráfico y necesitases una imagen para «recato», sin duda usarías su fotografía. Estaba guapa —bueno, guapísima— pero lo que transmitía realmente era tranquilidad y timidez y, hasta cierto punto, que no le gustaba posar. Había algo en ella que atraía mi atención poderosamente.

El informe era muy corto. Sus padres se llamaban Patrick y Katherine Kent, y aparecían su número de teléfono fijo y una dirección de Carmenta Terrace. Cogí un pedazo de papel y un bolígrafo del plumero.

—Huellas dactilares —dijo el Cuchara al tiempo que señalaba el bolígrafo—. Aunque ya las has dejado por todo el teclado.

—¿Crees que van a buscar huellas? —y esgrimí una mueca.

—Quizá.

—En ese caso, elijo vivir al límite.

Anoté la dirección y el teléfono, y leí el resto del archivo. «Pendientes del expediente académico», ponía. Imaginé que aquello se debía a que no habían recibido nada de su antiguo colegio. Se listaban las asignaturas en las que estaba matriculada, pero eso ya lo sabía. El resto estaba en blanco.

Me vi tentado de buscar mi propio archivo —por curiosidad, imagino—, pero el Cuchara me miró con cara de prisa. Dejé el bolígrafo en su sitio, hice como que borraba las huellas y seguí al Cuchara.

Una vez fuera, consulté el móvil. Otro mensaje de voz de mi tío. Pasé de él. Ya era de noche. Miré las estrellas que se dibujaban en aquel cielo despejado y del color de la tinta negra.

—¿Sabes dónde está Carmenta Terrace?

—Claro —respondió—. Me pilla de camino a casa. ¿Quieres que te lleve?

Asentí y allá que fuimos.

El Cuchara iba a mi derecha. Le sacaba una cabeza. Se miraba los pies mientras caminaba.

—Y por la mañana haré gofres para desayunar.

—Esa me la sé —sonreí.

—¿En serio?

—Se lo dice Asno a Shrek.

—Juegas a baloncesto.

No sabía si era una afirmación o una pregunta. Asentí. Cuando mides 1,95 estás acostumbrado a que te lo pregunten.

—Te llamas Mickey Bolitar.

—Sí.

—El nombre «Myron Bolitar» está por todo el gimnasio. Ostenta casi todas las mejores marcas baloncestísticas del colegio: más puntos, más rebotes, más victorias...

Me lo sabía de memoria.

—¿Es tu padre?

—Mi tío.

—Ah. El año pasado, el equipo hizo un parcial de 18-5. Pero perdió en la final estatal. Los seis mejores jugadores siguen este año en el equipo. Van a último curso.

Eso también lo sabía. Esa era la razón de que yo, un humilde alumno de segundo, estuviera manteniéndome al margen de momento. Aún no había jugado en el pueblo, prefería ir a Newark a echar partidillos más competitivos en la calle.

Pasamos al lado de un campo de entrenamiento de fútbol americano. Los niños no debían de tener más de diez años y, aun así, los entrenadores les gritaban como si estuvieran en la liga universitaria. En este pueblo se hacía mucho hincapié en el deporte. La primera semana de clase pregunté cuántos deportistas profesionales habían salido de aquel instituto. Uno: mi tío. Y, en realidad, nunca llegó a jugar como profesional. Fue elegido en la primera ronda del *draft*, sí, pero se destrozó la rodilla en la pretemporada. Nunca llegó a vestirse para los Celtics. A veces pienso en ello, en lo que debió de ser para él... y me pregunto si aquello explicaría la tensión que había entre mi padre y él. Pero, igualmente, la culpa de lo que pasó entre ellos había sido suya. Así que no había razón para perdonarle.

—Es por aquí.

El poste de piedra que había delante de aquella agrupación de

casas, que parecía nueva, rezaba: «Urbanización Prema». Se veía que era una zona de pasta. Las calles estaban bien iluminadas. El césped no podía estar más verde por mucho que lo pintasen con pintura industrial. Los jardines estaban demasiado bien cuidados, como cuando vas a ver una obra que los actores han ensayado una y otra vez. Las casas, grandes, estaban hechas de piedra y de ladrillo para representar que eran antiguas, aunque no lo conseguían.

Cuando llegamos a lo alto de Carmenta Terrace, miré hacia la casa de los Kent y el corazón me dio un vuelco. Ante la puerta principal había cuatro coches de policía con las luces encendidas. Y lo peor de todo es que había una ambulancia en la calle. Empecé a correr hacia allí a toda velocidad. Aunque le sacara una cabeza, el Cuchara me mantenía la zancada. Había policías en el jardín y uno de ellos tomaba notas mientras hablaba con un hombre que parecía un vecino. La puerta principal estaba abierta; a través de ella se veían el vestíbulo, una gran araña y un policía de guardia.

Cuando llegamos a la acera, el Cuchara se detuvo, pero yo no. Yo seguí corriendo hasta la puerta. El policía que la custodiaba se dio la vuelta sobresaltado y gritó: «¡Alto!».

—¿Qué ha sucedido? —pregunté mientras el Cuchara llegaba a mi altura.

El hombre puso cara de desaprobación evidente. No solo torció el gesto, se le contrajo toda la cara. Era cejijunto y tenía una frente como la del hombre de Cromañón. La ceja también se contrajo. Fulminó al Cuchara con la mirada y volvió a mirarme a mí.

—¿Quién eres?

—Soy amigo de Ashley.

Cruzó los brazos por delante del pecho, en el que se podría haber jugado al *paddle*.

—¿Te he pedido que me hagas un listado de tus amigos? —y suspiró largamente—. ¿O te he preguntado quién eres?

Joder...

—Me llamo Mickey Bolitar.

—Ah —y levantó la ceja—, así que eres el chaval de Myron —pronunció su nombre como si escupiera el veneno que acababa de extraer de una mordedura de serpiente.

—No, su sobrino. ¿Podría decirme si...?

—¿Acaso tengo pinta de bibliotecario? —me espetó.

—¿Disculpe?

—Sí, de bibliotecario. Que si piensas que estoy aquí para responder a tus preguntas; como un bibliotecario.

Miré al Cuchara, que se encogió de hombros.

—No, no pienso que sea usted un bibliotecario.

—¿Vas de listillo?

—¿Cómo? No, no.

—Vaya, pero si eres un sabihondo; como tu tío.

Me daban ganas de decirle que a mí tampoco me caía bien. Pensé que aquello nos uniría, como si le hubiera sacado un pincho de la patita... Pero no, daba igual lo que pensara de mi tío, no iba a vender a mi familia para aplacar a un cromañón.

—Oficial—dijo el Cuchara.

—¿Qué? —y se volvió hacia él con actitud prepotente.

—Está siendo usted maleducado.

Joder, tío.

—¿Cómo has dicho?

—Es usted un funcionario público y está siendo maleducado con dos ciudadanos.

El cromañón hinchó el pecho y se lo puso al Cuchara en la cara, pero este no retrocedió. El policía le miró fijamente y achinó los ojos.

—Un momento... te conozco. A ti te detuvimos el año pasado, ¿verdad? Dos veces.

—Y me soltaron. Las dos.

—Sí, ya me acuerdo de ti. Tu padre quería demandarnos por arresto ilegal o alguna chorrada así. Eres el chaval del conserje, ¿no?

—Sí.

—¿Y todavía se gana la vida tu padre limpiando retretes?

—Sí, es su trabajo —y se subió las gafas con el dedo—. Limpia retretes, sumideros, suelos. Lo que haga falta.

Qué ingenuo era. Decidí parar aquello cuanto antes.

—Oiga, no queremos problemas; tan solo quiero saber si mi amiga se encuentra bien.

—Eres todo un héroe, ¿eh? —se giró nuevamente hacia mí y vi que llevaba una chapa con su apellido: «Taylor»—. Como tu tío —y puso los brazos en jarra de forma aparatosa—. ¿Cómo es que estáis aún en la calle si mañana es día de escuela?

—Pero si son las ocho —dije al tiempo que intentaba no poner mala cara. Tenía que librarme de este tipo.

—¿Otra vez haciéndote el listillo? A ver si vais a tener que acompañarme.

—¿Adónde?

Acercó tanto su cara a la mía que podría haberle mordido la nariz sin moverme.

—¿Qué te parece a una celda, listillo? ¿Te gusta la idea?

—No —respondió el Cuchara.

—Bueno, pues ahí es donde vais a acabar como no respondáis a mis preguntas. En Newark tenemos una cárcel nuevecita y podríamos poneros en celdas diferentes. Con adultos. Ahora mismo tenemos a un tipo que mide 2,15 y tiene las uñas muy largas porque le gusta grabar cosas con ellas —y nos sonrió.

—No puede hacer eso —dijo el Cuchara después de tragar saliva.

—Huy, ¿te vas a poner a llorar?

—Somos menores. Si nos arresta tiene que llamar a nuestros padres o tutores.

—Pero no puedo —dijo el policía con una sonrisita—, porque tu papá está ocupado frotando inodoros con un cepillo.

—No usa cepillo... usa la cara de tu madre.

Joder. Y joder.

Algo explotó en las cuencas de los ojos de Taylor, se le puso la cara roja como un tomate y apretó las manos fuertemente. Pero el Cuchara ni se movió. Se limitó a subirse las gafas con el dedo. Parecía que el hombre de Cromañón fuera a pegarle un puñetazo y quizá lo habría hecho si, de repente, no se hubiera oído:

—¡Apártense, que pasamos!

Eran los camilleros y nos apartamos a ambos lados de la puerta para dejarles pasar. Llevaban a un hombre con contusiones en la cara. Estaba consciente y tenía manchas de sangre en el cuello de la camiseta blanca que llevaba. Tendría unos cuarenta y dos o cuarenta y tres años. ¿Sería el padre de Ashley? Les seguía una mujer que tendría, más o menos, la misma edad. Estaba pálida como si hubiera visto un fantasma y agarraba fuertemente el bolso, como si eso la reconfortara.

Se detuvo a nuestro lado, azorada.

—¿Quiénes son estos dos? —le preguntó a Taylor.

—Esto... los hemos pillado... merodeando. Hemos pensado que quizá fueran los asaltantes.

Durante unos instantes, la señora Kent nos miró como si fuéramos piezas de un rompecabezas que no sabía dónde colocar.

—Pero si son niños.

—Ya, pero...

—Le he dicho que era un hombre y que llevaba un tatuaje en la cara. ¿Le parece a usted que estos chicos lleven algún tatuaje en la cara?

—Pretendía eliminar... —pero la mujer le dejó con la palabra en la boca y corrió hasta la camilla. El policía nos miró de nuevo. El Cuchara levantó el pulgar como para decirle que había hecho un buen trabajo; pero por su expresión facial no podías decir si estaba siendo sincero o si se estaba mofando de él. Basándome en lo que había visto hasta el momento, opté por la primera opción.

—Largaos de aquí —dijo el policía.

Nos retiramos hasta la pared de ladrillo. Subieron a la ambulancia al hombre que se suponía que era el padre de Ashley. La señora Kent estaba hablando con otro policía. Había otra pareja de agentes charlando a nuestro lado. Oí las palabras «allanamiento de morada» y se me volvió a encoger el pecho.

Era ahora o nunca.

Eché a correr hasta donde se encontraba la señora Kent.

—Señora.

—¿Quién eres?

—Me llamo Mickey Bolitar. Soy amigo de Ashley.

Permaneció callada un instante. Miró hacia la derecha y me miró nuevamente a mí.

—¿Qué quieres?

—Solo quiero saber si Ashley está bien.

Movió la cabeza de un lado para el otro y me flojearon las rodillas. Entonces, dijo algo que no me esperaba.

—¿Quién?

—Ashley, su hija.

—No tengo ninguna hija. Y tampoco conozco a nadie que se llame así.

CAPÍTULO CINCO

Sus palabras me dejaron de piedra. Acto seguido, la señora Kent subió a la parte de atrás de la ambulancia. La policía vino a por nosotros y nos conminó a que nos fuéramos. Cuando llegamos a la entrada de la Urbanización Prema, el Cuchara y yo nos fuimos a casa, cada uno por nuestro lado. De camino, llamé a la Clínica de Rehabilitación Coddington, pero me dijeron que mi madre estaba en terapia y que era muy tarde para hablar con ella o para visitarla. Qué mierda. Bueno, mañana por la mañana volvía a casa.

El coche de mi tío, un Ford Taurus, estaba aparcado en la acera. Cuando abrí la puerta de casa, oí que me llamaban: «¿Mickey?».

—Tengo deberes —y me apresuré a mi habitación para no hablar con él. Durante muchos años, incluido el tiempo que pasó en la universidad, mi tío había dormido en la habitación del sótano —que estaba igual desde entonces—. Los paneles de madera eran de esos endebles que se colocan con cinta adhesiva de dos caras. Había un puf de bolitas al que de vez en cuando se le escapaba algo de relleno. En las paredes había pósteres descoloridos de los mejores jugadores de baloncesto de la década de los setenta; tipos como John «Hondo» Havlicek o Walt «Clyde» Frazier. He de confesar que me encantaban aquellos pósteres. La habitación tenía un aire

desfasado, sí, pero no había nadie que molara más que Hondo y Clyde.

Hice los deberes de mates. La asignatura me gusta, pero los deberes de mates son de lo más aburrido que puedes echarte a la cara. Leí un poco de Oscar Wilde para Literatura y practiqué un poco de vocabulario para Francés. Cuando acabé, me hice una hamburguesa con queso en la parrilla de la barbacoa.

¿Me habría mentido la señora Kent? Pero ¿por qué iba a hacerlo? No se me ocurría ninguna razón para que lo hiciera, lo que me llevó automáticamente a la siguiente pregunta: ¿sería Ashley quien me había mentido? Y, ¿por qué?

Seguí buscando razones, pero no se me ocurría nada. Cuando acabé de cenar, cogí el balón de baloncesto, encendí las luces de fuera, salí y empecé a practicar el tiro. Lo hago a diario. Ante una canasta es como mejor me concentro. La cancha es mi vía de escape y mi paraíso.

Me encanta el baloncesto. Me encanta correr de arriba abajo, sudado y exhausto, con otros nueve pavos y —aunque sé que esto puede sonar muy «zen»— que, aun así, te sientas fascinantemente solo. En la cancha se me van las preocupaciones. Veo las cosas segundos antes de que sucedan. Me encanta anticiparme al desmarque de un compañero y hacerle un pase picado entre dos defensores. Me encanta ir a por el rebote, bloquearlo y buscar la mejor posición para acabar con el balón en las manos. Me encanta avanzar botando la pelota sin mirarla... esa sensación de confianza, de control, como si llevases el balón pegado a la mano. Me encanta recibir los pases, mirar el aro contrario, sentir los surcos de la pelota en los dedos, levantarla por encima de la cabeza y girar la muñeca mientras empiezo a elevarme. Me encanta la sensación de soltar la bola en el momento cumbre del salto, la manera en la que la punta

de los dedos acarician el cuero hasta el último momento, cómo vuelves al suelo poco a poco, la parábola que describe el balón camino del aro, la manera en la que baila la parte de debajo de la red cuando el balón entra con ese característico «chuis».

Me movía por la pista, disparando, cogiendo mis propios rebotes, corriendo hasta otro punto. Jugaba partidos mentales e imaginaba que me cubrían LeBron o Kobe, o incluso Clyde o Hondo. Me ponía en la línea de tiros libres y oía cómo el comentarista relataba que yo, Mickey Bolitar, tenía dos tiros libres, que mi equipo perdía de uno... y que no quedaba más tiempo y que estábamos en el último partido de la final de la NBA.

Y me dejaba llevar por un éxtasis delirante.

Llevaba una hora jugando cuando se abrió la puerta de atrás. Era mi tío. No dijo nada. Se puso debajo de la canasta y empezó a coger los rebotes y a pasarme el balón. Yo lo recibía e iba lanzando desde diferentes posiciones, a lo largo de la línea de tres, empezando por la esquina derecha. Lanzaba, avanzaba un metro y volvía a lanzar; así, hasta que llegué a la esquina izquierda.

Mi tío reboteaba por mí. Sabía lo importante que era el silencio. En cierta manera, esta es nuestra iglesia. Hay que ser respetuosos. Así que no dijo nada hasta que le indiqué que iba a tomarme un descanso.

—Tu padre reboteaba para mí. Yo tiraba a canasta y él cogía el rebote.

Conmigo también lo hacía, pero iba a contárselo.

Los ojos de mi tío se llenaron de lágrimas y empezó a llorar. Era muy emotivo. Siempre intentaba sacar el tema de mi padre. Si pasábamos en coche por delante de un restaurante chino, decía: «A tu padre le encantaba el cerdo frito que hacen aquí»; si pasábamos por delante del campo de la Liga Infantil: «Recuerdo el día en que tu

padre bateó fuera del campo con nueve años y su equipo ganó el partido».

Yo nunca decía nada.

—Una noche, tu padre y yo jugamos a los Cinco fallos y nos tiramos tres horas. Decidimos dejarlo en empate a la media hora de que ambos lleváramos cuatro canastas falladas. ¡Media hora! Tendrías que habernos visto.

—Épico, ¿no? —dije con sarcasmo y sin interés.

—Dios, qué puñetero —respondió entre risas.

—No, no, en serio. Jugar a los Cinco fallos... Papá y tú debíais de ser la alegría de la huerta.

Rio de nuevo y, luego, nos quedamos en silencio. Al rato, me fui hacia la puerta.

—Mickey.

Me di la vuelta.

—Mañana te llevaré a buscar a tu madre, os traeré a casa y os dejaré solos.

Asentí a modo de agradecimiento. Mi tío cogió la pelota y empezó a lanzar. Para él también era su vía de escape. Hace poco encontré un viejo vídeo de su lesión en YouTube. Llevaba una camiseta de los Boston Celtics y esos pantalones cortos tan horribles que estaban de moda en aquella época. Acababa de pivotar con la pierna derecha cuando Burt Wesson, un toro de los Washington Bullets, chocó violentamente contra él. La pierna de mi tío se dobló en un ángulo imposible. Se oía hasta el chasquido.

Lo observé otro par de segundos y me di cuenta de las sorprendentes similitudes de nuestro tiro en suspensión. Me volví hacia la casa, pero un pensamiento hizo que me detuviera de nuevo. Después de la lesión, mi tío se había convertido en agente deportivo. Así es como se conocieron mis padres; mi tío iba a representar a una

gran promesa del tenis juvenil: Kitty Hammer —vamos, mi madre—. Con el tiempo, pasó de llevar únicamente a deportistas a abrir su campo a las bellas artes, el teatro y la música. Llegó a representar incluso a la estrella del rock Lex Ryder, uno de los dos fundadores de HorsePower. Mamá y papá conocían el grupo; y mi tío lo representaba. Y la Murciélago tenía su primer álbum (que debía de tener unos treinta años) en su tocadiscos.

Miré a mi tío, que dejó de tirar a canasta y me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes algo de la Murciélago?

Frunció el ceño.

—¿Te refieres a la mujer de la casa que hay en el cruce de Pine con Hobart Gap?

—Sí.

—Así que la «Murciélago», ¿eh? Yo diría que murió hace tiempo.

—¿En qué te basas?

—No lo sé. Me parece increíble que los niños sigan contando historias de ella.

—¿Historias?

—Era como el hombre del saco del pueblo. Se supone que raptaba niños. La gente decía que la había visto entrar con niños en casa a altas horas de la noche y cosas así.

—¿La has visto alguna vez?

—¿Yo? No... —y se concentró en darle vueltas al balón muy rápidamente con la punta de los dedos—. Pero creo que tu padre sí.

Me pregunté si sería otro intento para hablar de mi padre, pero no me pareció el estilo de mi tío. Puede que fuera muchas cosas, pero no era mentiroso.

—Cuéntamelo.

Vi que le habría gustado preguntarme a qué venía todo aquello,

pero no quería estropear el momento. Nunca le hablaba mucho, y menos de mi padre. No quería arriesgarse a que me volviera a cerrar en banda.

—Déjame pensar... —y se frotó la barbilla—. Tu padre tendría doce o trece años cuando sucedió, no me acuerdo bien. Bueno, la cosa es que llevábamos toda la vida pasando por delante de esa casa. Veo que ya conoces las historias que se cuentan de la anciana... y eso que solo llevas unas semanas viviendo aquí. Así que imagínate. Unos años antes de lo que te voy a contar... tu padre tendría unos siete años y yo unos doce... decidimos volver a casa andando después de ver una peli de terror en el Colony, pero se puso a llover y oscureció muy rápido. De camino, pasamos por delante de unos chicos más mayores que empezaron a perseguirnos y a gritarnos que la Murciélago venía a por nosotros. Tu padre tenía tanto miedo que se puso a llorar —se calló y miró hacia otro lado. Otra vez tenía lágrimas en los ojos.

»Después de aquella noche, a tu padre le daba pánico aquella casa. A ver, a todos nos daba miedo, pero tu padre ni siquiera quería pasar por delante. Incluso tenía pesadillas con ella. Recuerdo que una vez fue a una fiesta de pijamas y se despertó gritando que la Murciélago venía a por él. Los demás niños se reían de él. Bueno, ya sabes cómo va eso —asentí—. Así que un viernes por la noche, Brad había salido por ahí con los amigos. Eso es lo que hacíamos por aquella época: pasar el tiempo por la calle. Bueno, la cosa es que estaba oscureciendo y estaban muy aburridos y una cosa llevó a la otra y resulta que los colegas de tu padre empezaron a decirle que era un *cagao* y que seguro que no se atrevía a llamar a la puerta de la Murciélago. Él no quería hacerlo pero, claro está, tampoco quería quedar mal delante de sus colegas.

—¿Y qué pasó?

—Pues que fueron a casa de la Murciélago. Estaba tan oscura como la boca del lobo; no había ni una sola luz encendida. Sus amigos se quedaron al otro lado de la calle. Imaginaban que llamaría a la puerta y saldría corriendo. Y llamó, sí... pero de salir corriendo, nada. Sus amigos se quedaron mirando a ver si salía la Murciélago... pero no fue eso lo que sucedió. Tu padre echó mano al picaporte, abrió la puerta y entró.

Casi pego un grito.

—¿Solo?

—Solo. Sus amigos esperaron a que saliera, pero llevaban allí mucho rato y no salía. Finalmente, pensaron que tu padre les estaba tomando el pelo. Ya sabes: la casa estaba vacía, así que Brad solo tenía que salir por la puerta de atrás para que se asustaran porque no salía.

Di un paso hacia mi tío.

—¿Y qué pasó?

—Uno de los amigos de tu padre, Alan Bender, no creía que fuera eso lo que pasaba... y después de dos horas empezó a preocuparse muchísimo. Vino a casa corriendo en busca de ayuda o, al menos, para que alguien más lo supiera. Recuerdo que le faltaba el aliento y que traía los ojos desorbitados. Yo estaba aquí, practicando, como ahora. Alan me contó que Brad había entrado en la casa de la Murciélago y que llevaba allí dentro más de dos horas.

—¿Estaban los abuelos en casa?

—Habían salido a cenar. Era viernes por la noche. En aquel entonces no había móviles, así que Alan y yo echamos a correr hacia la casa. Cuando llegamos, aporreé la puerta, pero no respondía nadie. Alan me dijo que tu padre había abierto la puerta sin más y que había entrado. Giré el picaporte... pero la puerta estaba cerrada. Me pareció que había música en el interior.

—¿Música?

—Sí. Era muy raro, así que empecé a ponerme de los nervios. Intenté echar aquella puerta destartalada abajo a patadas pero, aunque parezca increíble, no había manera. Le dije a Alan que fuera a casa del vecino y que le pidiera que llamara a la policía. Justo cuando Alan iba a echar a correr, se abrió la puerta y tu padre salió como si nada. Estaba de lo más tranquilo. Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí, que claro.

—¿No dijo nada más?

—Nada más.

—¿Y no le preguntaste qué había estado haciendo allí dentro tanto tiempo?

—Pues claro.

—¿Y?

—Nunca me lo contó.

—¿Nunca? —tenía los pelos de la nuca como escarpias.

—Nunca —dijo mientras sacudía la cabeza—. Pero algo pasó. Algo gordo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tu padre... cambió.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Se volvió más pensativo. Más maduro, quizá. Pensé que se debía a que había afrontado sus miedos... pero quizá hubiera algo más. Hace unas semanas, tu abuelo me dijo que siempre supo que tu padre se marcharía; que era un nómada. Yo no creo que lo fuera pero, en cualquier caso, diría que tu abuelo empezó a pensar así a raíz de que tu padre entrara en la casa de la Murciélago.

CAPÍTULO SEIS

Esa noche me costó dormir. Pensé en la Murciélago y también en Ashley. Pero, sobre todo, pensé en que mi madre volvía a casa al día siguiente. A las siete de la mañana, mi tío me llevó a la Clínica de Rehabilitación Coddington. El viaje solamente duró diez minutos, pero me pareció que duraba diez veces más. Me bajé del coche antes de que mi tío parara del todo y le di las gracias mientras salía a toda pastilla.

El guardia de seguridad hizo un gesto con la cabeza y me saludó por mi nombre mientras lo dejaba atrás. Todos me conocían. Visitaba a mi madre a diario, excepto cuando el protocolo no lo permitía.

Christine Shippee era la dueña, pero le gustaba atender la recepción. Siempre tenía cara de pocos amigos y estudiaba detenidamente a la gente a través de la ventanilla de metacrilato. La saludé con la cabeza y pasé de largo. Me adentré en el vestíbulo, que siempre me había recordado al de un hotel moderno, y esperé en la entrada a que Christine me abriera la puerta. Pero no lo hizo. Fui a ver qué pasaba y me miró durante unos instantes.

—Buenos días, Mickey.

—Buenos días, señora Shippee.

—Hoy es un gran día.

—Sí.

—Ya te he advertido de las dificultades.

—Sí.

—Y te he dicho que las posibilidades de que recaiga son altas.

—Muchas veces.

—Mejor —me miraba por encima de sus gafas de leer—, así no es necesario que te lo repita.

—No.

Señaló la puerta con la cabeza.

—Ve, que tu madre te está esperando.

Hice lo imposible por no salir a la carrera, pero no pude por menos que trotar por el pasillo. Cuando entré en la habitación y la vi, esbocé una sonrisa. Tenía muy buen aspecto. Había estado encerrada en este lugar las últimas seis semanas, desintoxicándose, haciendo terapia de grupo e individual, dando paseos para reflexionar, haciendo ejercicio y comiendo adecuadamente.

El día antes de que mi tío la trajera aquí, mi madre había ido a por una dosis a un bar sórdido. Usé mi carné de identidad falso —sí, tengo uno, y muy bueno— para entrar en el bar. Estaba con un tipo desaseado, ambos completamente pasados, y tenían tan mala pinta que parecían una de esas bolas de pelo que escupen los gatos. Ahora, en cambio, el veneno estaba fuera de su cuerpo. Otra vez parecía mi... bueno, mi madre.

Kitty —por alguna razón, quería que la llamase así, pero yo nunca lo hacía— me dio un abrazo y me cogió la cara entre las manos.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti, mamá.

Me guiñó el ojo y señaló la puerta.

—Vámonos de aquí antes de que cambien de opinión.

—Buena idea.

Mi madre se llamaba Kitty Hammer, como he dicho antes, y si te suena su nombre, debes de ser un tipo muy metido en el mundo del tenis. Con dieciséis años fue la número uno en la clasificación de tenistas femeninas juveniles. Mamá iba camino de convertirse en la próxima Venus, Billie Jean o Steffi... pero algo dinamitó su carrera: se quedó embarazada de un servidor.

Creo que el mundo no estaba listo para la relación de mis padres, así que se fugaron. Todo el mundo dijo que aquello no duraría. Pero *todo el mundo* se equivocó. Mis padres se casaron y vivieron una historia de amor de lo más cursi —hasta el punto de sentir vergüenza ajena de ellos cuando crecí—. Pero era ese tipo de amor que da envidia.

Siempre había pensado que quería conocer ese tipo de amor algún día. ¿Quién no, verdad? Pero ya no quiero. El problema de un amor tan apasionado es lo que sucede cuando lo pierdes. Un amor así hace que dos personas se conviertan en una sola; así que cuando mi padre murió, fue como rasgar una sola entidad por la mitad... por lo que mi madre también quedó destruida. Vi cómo se desmoronaba cuando enterramos a papá... como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Y yo no podía hacer nada.

De todo aquello extraje una conclusión: el amor obsesivo, como el que sale en las novelas, no es para mí. El precio a pagar al final es demasiado alto. Aunque Ashley me gustaba mucho —y me preocupaba por ella y me gustaba su compañía— nunca dejaría que ni ella ni ninguna otra chica se acercase demasiado. Quizá se hubiera dado cuenta. Quizá por eso se hubiera marchado sin decirme nada. Y quizá por eso debiera dejar de buscarla.

El tío Myron nos esperaba cerca del coche. Me puse tenso según nos acercábamos. Decir que la relación entre mi madre y mi tío era

mala era decir poco. Se odiaban. Al fin y al cabo, fue mi tío quien la amenazó hace seis semanas con quitarle mi custodia si no llevaba a cabo una rehabilitación intensiva. Por eso me sorprendió que se acercara a él y le diera un beso en la mejilla.

—Gracias.

Mi tío asintió, pero no dijo nada.

Mi madre siempre había sido espantosamente sincera conmigo. Acababa de cumplir los diecisiete cuando se quedó embarazada y mi padre tenía diecinueve. Mi tío pensó que había querido *pescar* a mi padre. Le dijo de todo e incluso llegó a soltarle a mi padre que, seguramente, el bebé —yo— ni siquiera fuese suyo. Aquello terminó en una discusión tal que los llevaría a separarse para siempre. Y todo esto lo sé porque mi madre me lo ha contado. Nunca le ha perdonado a mi tío lo que dijo de ella. Pero mírala, fresca como una rosa, recién salida de rehabilitación y dejando de lado el pasado. Sorprendente —tanto para mí como para él— pero, probablemente, la mejor señal de todas.

Mi tío nos dejó en casa y se marchó, tal y como había prometido.

—Si necesitáis alguna cosa, estaré en la oficina. El otro coche está en el garaje, por si lo necesitáis.

—Gracias —dijo mamá—. Gracias por todo.

Mi tío había transformado el despacho de la planta baja en un dormitorio para mi madre. Yo seguiría en el sótano; y él, en la habitación principal, arriba. Antes de que yo entrara en su vida, mi tío pasaba muchas noches en un famoso edificio de apartamentos de Manhattan y albergaba la esperanza de que volviera a ser así ahora que mamá estaba en casa. Necesitábamos algo de privacidad para volver a ponernos en pie y encontrar un lugar en el que vivir.

Mi madre fue directamente a su habitación.

—¿Y esto? —dijo con una sonrisa en los labios cuando vio la ropa

que había sobre la cama.

—Te he comprado algunas cosillas.

No era gran cosa: unos vaqueros y unas camisetas de la sección de rebajas de los grandes almacenes. Pero lo suficiente para empezar. Se acercó a mí y me dio un abrazo.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —respondí.

—Nos va a ir bien.

Me vino a la mente una vez, con mi padre y con mi madre, en Ghana. Yo tendría doce años y estábamos pasando allí tres meses. Trabajaban en un proyecto humanitario para el Refugio Abeona, una asociación que se dedicaba a cuidar y dar de comer a niños pobres y en peligro. A menudo, mi padre tenía que marcharse a desempeñar misiones en lugares aún más remotos y nos dejaba solos dos o tres días. Una noche que se había ido, me desperté temblando y con mucha fiebre. Me sentía tan mal que pensaba que me moría. Mamá me llevó al hospital a todo correr. Resultó que tenía malaria. Estaba mareado, como aturdido, y convencido de que no iba a salir de aquella. Durante los siguientes tres días, mi madre no se separó de mí ni un momento. Me cogía de la mano y me decía que me iba a poner bien. Y era el tono que utilizaba lo que hacía que le creyera. El tono que utilizó a continuación.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Lo que hice...

—Es agua pasada.

No se daba cuenta de que había cuidado de mí toda la vida. Ahora me tocaba a mí cuidar de ella.

Tarareaba mientras deshacía la maleta. Me preguntó qué tal me iba en el instituto y con el baloncesto. Se lo conté a grandes rasgos.

No quería que se preocupara, así que no le conté nada de Ashley ni, evidentemente, de la Murciélago y de lo que había dicho de papá. A ver, no me malinterpretes, quería contárselo todo —ya te he dicho que mi madre tiene una mentalidad muy abierta—, es solo que no es el tipo de cosas que le cuentas a una persona el mismo día en que sale de la clínica. Podía esperar.

Me vibró el móvil. Era el Cuchara. Era la tercera vez que me llamaba esta mañana.

—¿Por qué no lo coges?

—Bah, es uno del instituto.

—¿Un amigo? —y puso cara de que se alegraba.

—Algo así.

—Mickey, no seas descortés. Contesta.

Así que fui al vestíbulo y contesté.

—¿Hola?

—Solo los pavos macho gluglutean. Lo de las hembras es más parecido a un chasquido.

¿Para esto llevaba toda la mañana llamándome? Qué chiflado.

—Vale, tío... pero es que estoy un poco ocupado.

—Nos hemos olvidado de la taquilla de Ashley.

—¿Cómo?

—Ashley. Tenía taquilla, ¿verdad?

—Sí.

—Puede que haya alguna pista dentro.

«Es un genio», pensé. Pero no quería dejar sola a mamá.

—Te llamo más tarde.

Le di a «Finalizar» y volví al dormitorio.

—¿Qué quería?

—Bah, una cosa del instituto.

—¿El qué?

—Nada, una bobada.

Consultó el reloj. Eran las ocho y media.

—Vas a llegar tarde.

—Había pensado quedarme contigo.

—¿Y no ir al colegio? —dijo tras enarcar una ceja—. Ni mucho menos. No te preocupes por mí, tengo muchas cosas que hacer. Tengo que comprar más ropa, tengo que ir a hacer la compra para la cena y tengo que volver a Coddington por la tarde para una sesión de terapia externa. Vamos, te llevo.

¿Qué iba a decir ante aquel alegato? Cogí la mochila. En el coche, mamá puso la radio y se tiró todo el viaje canturreando. Normalmente, desafinaba y cantaba demasiado alto, y yo ponía los ojos en blanco; pero hoy no lo hizo, así que cerré los ojos en el asiento del copiloto y la escuché.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí esperanza. La mujer que me llevaba al colegio era mi madre. La drogadicta de hace seis meses no lo era. Eso es lo que no te dicen. Las drogas no solo la habían cambiado... le robaron su verdadero «yo» y la convirtieron en algo que no era.

Se detuvo frente al colegio. No quería dejarla sola, pero me repitió que no me preocupara.

—Ahora voy a ir al supermercado y, después, prepararé la mejor cena de la historia.

—¿Qué vas a hacer? —era una gran cocinera. A lo largo de los años que habíamos pasado en tierras exóticas, había aprendido a preparar todo tipo de platos exóticos.

—Espaguetis con albóndigas —dijo en voz baja y tras inclinarse hacia mí, como si fuera un secreto.

Joder, qué bueno. Cómo molaba. Mamá sabía perfectamente que sus espaguetis con albóndigas eran mi plato preferido. Comida

casera de la buena. Me cogió la cara entre sus manos. Tenía esa costumbre.

—Mickey, te quiero mucho.

—Y yo a ti —casi me pongo a llorar, como en la clínica.

Empecé a salir del coche, pero me cogió del antebrazo.

—Espera —y empezó a buscar algo en el bolso—. Necesitarás un justificante por llegar tarde, ¿no? —y me hizo uno.

Me bajé y se alejó, con una sonrisa en los labios y despidiéndose con la mano. Todo el que la viera diría que se trataba de una madre más que acababa de dejar a su hijo en el colegio.

CAPÍTULO SIETE

Había quedado con el Cuchara justo antes de la comida.

—Mira, fíjate —y me tendió un artículo que había impreso. Imaginé que iría de Beyoncé o de los sonidos que hacen los pavos, pero no; era una nota sobre el «intento de robo» de la noche anterior en casa de los Kent.

Según la policía, un hombre había entrado y había empezado a registrar la casa hasta que se dio cuenta de que el señor Kent estaba dentro. El intruso le atacó, pero salió corriendo en cuanto llegó la señora Kent. Las heridas del hombre eran leves y ya había sido dado de alta en el hospital. La policía seguía investigando.

Yo no entendía nada; entonces, los Kent, ¿tenían o no tenían una hija? Quizá mereciera la pena ir a verlos nuevamente.

—¿Dónde está la taquilla? —me puse en marcha para llevarle hasta allí y me siguió—. Hay que hacerlo rápido —dijo mientras preparaba la llave—. Tú, tápame; no quiero que nadie vea que puedo abrirlas.

Asentí, pero en cuanto giramos la esquina y nos acercamos a la taquilla de Ashley vi que pasaba algo raro. El Cuchara se paró en seco y me miró. Alguien la había abierto por la fuerza.

No sabía qué hacer. Los demás estudiantes pasaban de largo, sin

darse cuenta, camino del comedor o de alguna clase. Me acerqué a la taquilla para ver qué había dentro... y sentí que alguien me miraba. Me volví y recibí la andanada serena de sus ojos. De los ojos de Rachel Caldwell.

Sé que lo que voy a decir es una obviedad, pero los tíos nos ponemos idiotas delante de chicas tan guapas. Rachel podía contar el peor de los chistes, que los chicos caerían a sus pies desternillándose de risa. La más leve de sus sonrisas era suficiente para que un chico se quedase atontado hasta bien entrada la noche. Quería pensar que yo estaba por encima de todo eso. Por lo que tenía entendido, Rachel tenía cerebro de mosquito; pero en cuanto me miró, se me secó la garganta.

—Hola —dijo tras adelantarse hasta nosotros.

El Cuchara se chupó los dedos, se peinó un mechón rebelde, le hizo ojitos a la chica y le soltó:

—¿Sabías que un pulpo no te puede pasar la rabia?

—Qué mono —respondió con una sonrisa en los labios.

El Cuchara casi se cae de culo.

Rachel volvió a mirarme a los ojos.

—¿Qué haces?

Me encogí y dije lo que quedaría registrado para los anales de la historia como lo primero que le decía a Rachel Caldwell, la chica más guapa del instituto:

—Eh... nada —el retorno de don Piquito de oro.

Se quedó observando la taquilla unos instantes y, después, volvió a mirarme. Pensé que iba a seguir hablando, pero lanzó un último vistazo a la taquilla y se marchó pasillo abajo. Nos quedamos mirando cómo caminaba. Y joder, ¡qué bien lo hacía!

—Que se os cae la baba.

Era Ema.

—Hola —respondí.

—Hombres —dijo mientras sacudía la cabeza de lado a lado—... ¿o debería decir *niños*?

El Cuchara se dio la vuelta, miró a Ema y le espetó:

—¿A ti qué te pasa? —luego, se chupó los dedos, se peinó el mismo mechón rebelde de hace un rato, le hizo ojitos y repitió:

—¿Sabías que un pulpo no te puede pasar la rabia?

—Das miedo, pavo.

—Una vez me funcionó —dijo mientras me miraba y se encogía de hombros.

—Vale, vale.

—¿Qué hacéis?

No respondí y abrí la taquilla sin más. Estaba vacía. ¿Y qué esperaba? Sonó el timbre, lo que implicaba que llegábamos tarde a comer. Nos apresuramos a la cafetería y nos pusimos a la cola. El Cuchara se disculpó y se fue. Cogí dos pedazos de pizza de salchichón y una manzana —lácteo, carne, fruta, pan, y si tienes en cuenta la salsa de tomate, verdura—. Ema ya se había sentado sola a una mesa y me dirigí hacia ella.

—¡Bolitar!

Miré en torno para ver quién acababa de gritar mi apellido. Eran Buck y Troy. Me miraban fijamente al tiempo que se golpeaban la palma de la mano con el puño.

—Lo sé —les dije—, «hombre muerto».

Dejé la bandeja junto a la de Ema. Dos días seguidos. La gente iba a empezar a hablar. Ema le quitó el envoltorio de plástico a su emparedado y me dijo:

—¿Qué pasaba con la taquilla?

Estaba a punto de contestarle cuando oí que alguien lanzaba besos en nuestra dirección. Cómo no, volvían a ser Buck y Troy.

Ambos llevaban la enorme chaqueta del equipo de baloncesto —y eso que aquí debía de hacer más de 25 grados—. Me preguntaba si también dormirían con ella.

—Oooh... qué romántico —dijo Buck.

—Ya te digo. Son dos tortolitos —añadió Troy y siguieron lanzándonos besitos.

Miré a Ema, que se encogió de hombros.

—Bueno, empezáis a besaros ya ¿o qué? —insistió Buck.

—Eso, eso, ¿vais a empezar a meteros mano en el comedor? —apoyó Troy.

—No —respondí—, eso os lo dejamos a vosotros.

Se pusieron rojos como un tomate. Ema ahogó una carcajada. Buck abrió la boca, pero levanté la mano y le corté:

—Sí, sí, lo sé: «hombre muerto».

—No, no sabes nada —me espetó Troy—. Te crees muy listo, pero no lo eres.

—Bueno es saberlo.

—Eres nuevo, así que te vamos a poner al día —se sumó Buck—: estás sentado con una perdedora.

—Sí, una perdedora —le apoyó Troy.

Le di un mordisco a la pizza.

—¿Te ha contado por qué la llaman así? —insistió Buck.

Miré a Ema, que asintió, como diciendo que le dejase continuar.

—Un día, ¿vale?, se estaba haciendo la *emo* en clase de Lengua española, ¿vale?, y como es chica, aunque sea gorda y fea...

Hice ademán de levantarme, pero Ema negó con la cabeza.

—... Vamos, que no es un chico, ¿vale?, y entonces, uno de nosotros... Creo que fuiste tú, ¿no, Troy? ¿Fuiste tú?

—Sí, fui yo —dijo henchido de orgullo mientras ambos sonreían.

—Pues coge Troy y suelta en mitad de clase... así, sin más, sin

pensarlo ni nada, ¿vale?... «La gorda esa no es *emo*, es *ema*». ¿Lo pillas?

—Lo pillo.

—Porque estábamos en clase de Lengua española, ¿vale?, con todas esas aes y oes del masculino y el femenino al final de palabra... y se le ocurre lo de «*ema*», ¡bum! ¡Sin más!

—Vaya, ¿eh? Sois geniales.

En ese momento llegó el Cuchara y dejó su bandeja también junto a la de Ema, al otro lado. Buck y Troy no podían creer que tuvieran tanta suerte.

—No jodas, ¿tú también? —le soltó Buck e hizo como si clavase una bandera en el suelo—. Proclamo esta mesa Villabobos.

Más risas.

—Villabobos, Estados Unidos —apostilló Troy.

—Ah, Estados Unidos —dije yo—, por si no sabíamos en qué país vivimos, ¿no?

Empecé a levantarme, pero Ema me cogió del brazo una vez más y soltó:

—Oye, Buck, ¿por qué no le cuentas a Mickey por qué te llaman «Meabragas»?

—¡A mí nunca me han llamado así!

—Claro que sí. Escucha atentamente, Troy, que es posible que a ti tampoco te lo haya contado... aunque es absolutamente cierto. Cuando Buck estaba en cuarto curso de primaria, vino a casa a celebrar mi cumpleaños...

—¡Yo no he estado en tu casa en la vida! ¡Pero si no sé ni dónde vives!

—... Y «Bucky» tuvo un pequeño *accidente*.

—¡Eso no es verdad!

Troy miró a Buck con cara rara.

—¿Qué dice, colega?

—¡Es mentira, tío! ¡Retíralo, gorda sebo...!

Entonces apareció la señora Owens.

—¿Algún problema?

El silencio precedió al coro de «No, señora Owens», tras lo que Buck y Troy desaparecieron.

—¿Meabragas? —le pregunté.

Se encogió de hombros y dijo:

—Me lo he inventado.

Tío, me encantaba aquella chica.

—¿Todo? ¿Así que lo del cumpleaños...?

—Qué va. Me lo he inventado todo. Todo.

Chocamos los puños.

—¿Queréis saber algunas curiosidades de Troy? —preguntó el Cuchara.

—Claro —respondí antes de darle otro mordisco a la pizza.

—Es alumno de último curso. Y es el capitán del equipo de baloncesto.

«Genial», pensé.

—Pero lo mejor es su apellido.

—¿Pues?

—Porque se apellida Taylor —respondió con una sonrisa en los labios.

—¿Taylor? —repetí mientras masticaba.

—Sí.

—¿Como el poli que nos dio por saco anoche?

—Sí, es su padre. Y, de hecho, resulta que ese «poli» es el jefe de policía del pueblo.

Genial, no... doblemente genial.

CAPÍTULO OCHO

No dejé de preocuparme por mi madre en todo el día. Intercambiamos unos cuantos mensajes y parecía animada. Cuando sonó el timbre de final de clases, busqué una esquina tranquila fuera del colegio y la llamé al móvil. Respondió al tercer tono.

—Hola, hijo.

Su voz sonaba cantarina, así que me relajé.

—¿Dónde estás?

—En casa, haciendo la cena.

—¿Todo bien?

—Todo bien, cariño. He ido al súper y a por algo de ropa a los grandes almacenes. Incluso he comido unas galletitas saladas en uno de los restaurantes. Puede que parezca aburrido, pero ha sido un día estupendo.

—Me alegro.

—¿Qué tal el insti?

—Bien. Oye, ¿qué quieres que hagamos esta tarde?

—Tengo terapia externa, ¿recuerdas?

—Ay, es verdad.

—Además, ¿no es hoy el día que vas a jugar a baloncesto?

Hoy era el día que iba a jugar una pachanga a Newark.

—Sí, suelo ir.

—¿Entonces?

—Había pensado que podía saltármelo.

—Hijo, no cambies tus planes por mí. Ve a jugar, que yo iré a terapia. Para cuando llegues a casa, los espaguetis con albóndigas estarán listos. Ah, por cierto, también voy a hacer pan de ajo —genial, me encantaba el pan de ajo; se me estaba haciendo la boca agua—. ¿Estarás en casa a las seis?

—Claro.

—Genial. Te quiero, hijo.

Le dije que yo también la quería y colgué.

La parada de autobuses está en Northvale Avenue, a unos setecientos metros del instituto. La mayoría de las personas que cogen el autobús de Newark son señoras de la limpieza y canguros que vuelven, exhaustas, a su casa tras pasar el día trabajando en poblaciones más adineradas. Todos me miraban raro y, muy probablemente, se preguntaban qué haría este *blanquito* en el autobús.

Los jardines de la gente acaudalada de Kasselton estaban a poco más de diez kilómetros de las calles grises de Newark, pero parecía que cada uno de los pueblos perteneciera a planetas diferentes. Me han dicho que Newark está mejorando; y aunque hay zonas nuevas, lo que prevalece es lo viejo, lo pobre. No obstante, allí es donde se juega el mejor baloncesto. Yo soy uno de los pocos blancos que vienen aquí después del cole porque, aunque se diga lo contrario, aún hay muchos prejuicios y segregación racial.

El asfalto de ambas canchas estaba cuarteado. De los aros colgaban redes de metal oxidadas en vez de redes de nailon. El tablero estaba abollado y le faltaban pedazos. Había empezado a venir aquí hace cosa de un mes. Como es normal, fui recibido con

escepticismo. Pero lo bueno del baloncesto es que o sabes jugar o no sabes. Y, aunque pueda sonar presuntuoso, yo sabía. Los habituales todavía me miraban raro y seguía recibiendo retos por ser el nuevo pero, a mí, todo eso me molaba.

Los equipos se eligen al principio. Jugamos a lo largo de todo el campo; cinco contra cinco; los que ganan siguen jugando, los que pierden se sientan —de esta manera, el partido es más emocionante: nadie quiere quedarse sentado—. Lo más parecido que tenía aquí a un amigo era Tyrell Waters, un base de tercero que jugaba en el Instituto Weequahic. Posiblemente sea el único chico con el que me siento a gusto de todos los que he conocido aquí (principalmente, porque aquí apenas se habla; se juega).

Tyrell había dejado con la boca abierta a algunos de los habituales al elegirme en primer lugar. Ganamos los cuatro primeros partidos con facilidad. Para el quinto, algunos de los tipos de la banda reorganizaron los demás equipos para ponérnoslo más difícil. Me encanta la competición... pero durante el quinto partido perdí un poco la concentración. Este tipo de partidos en el parque atraen a muchas personas (increíblemente diferentes). Los matones locales —Tyrell me ha contado que se trata de pandilleros curtidos— se quedan a lo lejos y observan. A la derecha siempre hay un grupo de gente sin hogar que nos anima y nos jalea como verdaderos aficionados; nos aplaude o nos abuchea, y apuesta botellas de alcohol por nosotros. Más cerca, apoyados en las vallas, solía haber una mezcla de entrenadores locales, padres comprometidos, agentes del tres al cuarto y ojeadores de otros institutos —e incluso de universidades—. Siempre había al menos un tipo —pero normalmente eran más— filmando los partidos con el objeto de reclutar a futuras estrellas.

Íbamos por la mitad del quinto partidillo cuando vi algo que hizo

que me detuviera en seco. Por un instante, cuando bajábamos a defender, miré hacia la gente que se agolpaba tras las vallas. En la esquina de la derecha estaba el reclutador de una escuela parroquial con equipos deportivos muy potentes. Hace unos días se había acercado a mí, pero no me interesaba su oferta. A su lado estaba el padre de Tyrell, un investigador de la oficina del fiscal del Condado de Essex al que le encantaba hablar de cómo se juega a baloncesto y que a veces nos llevaba a Tyrell y a mí a tomar un batido después del partido. A su lado, el tercero por la derecha, de pie, con sus gafas de aviador y su traje negro, estaba el calvo que había visto en la casa de la Murciélago. Me quedé de piedra.

—¡Mickey! —era Tyrell. Llevaba el balón y avanzaba hacia el campo contrario. Me miraba extrañado—. ¡Venga, tío!

Eché a correr detrás de él, desmarcándome hacia el poste bajo. Íbamos ganando 5-4. Jugamos a 10 puntos, donde todas las canastas valen uno. Nada de pitar las faltas —si te empujan, empujas—. Quería salir de la cancha ya mismo, pero no puedes hacer eso en este tipo de partidos. Volví a mirar hacia la valla. Aunque el calvo llevaba las gafas de aviador y no podía verle los ojos, no me cabía duda de a quién estaba mirando: a mí.

Me puse debajo del poste y pedí la bola. El tipo que me cubría medía más de 2,05 y estaba fornido. Luchábamos por la posición. Tenía que conseguir que este partido terminara antes de que el tipo de casa de la Murciélago desapareciera. Me convertí en un diablo. Recibí el balón, me colé hacia el centro y lancé un gancho a lo Kareem Abdul-Jabbar que entró limpiamente. El calvo me observaba sin decir palabra.

Puse la directa y encesté las tres siguientes canastas. Tres minutos después, con el marcador 9-4, Tyrell abrió camino con un bloqueo de izquierdas y me cedió el balón, amagué el tiro en la línea

de triple, pivoté hacia la izquierda, salté hacia atrás y clavé un tiro con el brazo estirado a pesar de tener delante un tío que medía al menos 2,15. La gente se volvió loca. Final. Tyrell me ofreció el puño para que se lo chocara y lo hice a la carrera.

—¡Qué tiro!

—¡Qué pase! —respondí mientras salía de la cancha.

—¡Eh, ¿adónde vas?!

—¡No puedo jugar el siguiente!

—¡Será broma! ¡Pero si es el último! ¡Podemos meterles una paliza! —Tyrell sabía que algo iba mal; yo nunca renunciaba a jugar.

El calvo seguía allí, entre la multitud, pero en cuanto vio que me acercaba, empezó a marcharse. No quería ponerme a gritar —al menos, de momento—, así que no corrí. Tuve que dar la vuelta al campo por culpa de la valla.

Tyrell se acercó a mí corriendo.

—¿Qué pasa, tío?

—Nada, nada. Ahora vuelvo.

No quería echar a correr porque llamaría mucho la atención, así que apreté el paso. Al otro lado de la valla, los mendigos me rodearon al tiempo que levantaban la mano para que se la chocara, me animaban y, cómo no, me daban consejos:

—Tienes que trabajar más la izquierda, tío...

—Usa el paso de caída y, después, te cruzas hacia la línea de fondo...

—Chaval, tienes que esforzarte más en el rebote. Como...

Era difícil apresurarse sin resultar maleducado, pero el calvo estaba a punto de doblar la esquina; el tipo avanzaba sin prisa, pero sin pausa y no quería perderle.

—¡Eh, espera!

No me hizo ni caso y siguió andando, así que volví a gritarle. Se

detuvo, se giró y, por unos instantes, me pareció que esbozaba una sonrisa. ¡Qué cabrón! Me zafé de mi club de fans de borrachines y apresuré el paso. La gente se quedó sorprendida. Por el rabillo del ojo vi que el padre de Tyrell se daba cuenta de que algo pasaba y que empezaba a seguirme.

El calvo estaba ya al otro lado de la calle, pero yo reducía las distancias rápidamente. Estaría a unos treinta o cuarenta metros cuando el coche negro de las lunas tintadas se paró junto a él.

—¡Espera!

Pero no lo iba a conseguir. El tipo se dio la vuelta, asintió con la cabeza como diciendo: «Buen intento», y se subió al coche; que salió a toda pastilla.

No me molesté en tomar la matrícula; ya la tenía. Justo entonces llegó el señor Waters. Me miró preocupado.

—¿Todo bien, Mickey?

—Sí.

No se lo había tragado.

—¿Qué está pasando, hijo?

Tyrell acababa de llegar también y se quedó junto a su padre. Me miraban, ambos, hombro con hombro... y sentí una gran envidia. Me sentía agradecido por la preocupación de aquel hombre, pero no podía dejar de pensar en cuánto me gustaría que fuera mi padre quien estuviera allí, preocupándose por mi bienestar.

—Nada, es que me ha parecido que le conocía.

Seguía sin tragárselo.

—Venga, que todavía queda un partido —dijo Tyrell.

Pensé en mi madre, en casa tras la terapia, preparando los espaguetis con albóndigas. Casi podía oler el pan de ajo.

—Es un poco tarde y tengo que coger el autobús.

—Puedo llevarte en coche —se ofreció el padre de Tyrell.

—Gracias, señor Waters, pero no le puedo pedir que dé una vuelta tan grande.

—No te preocupes. Además, tengo un caso en Kasselton. Me vendrá bien un poco de compañía.

El último partido lo perdimos —en parte, porque yo estaba muy distraído—. Al acabar, todos nos chocamos las palmas o nos golpeamos el pecho para felicitarnos por los partidos. El señor Waters nos estaba esperando. Tyrell se sentó delante; y yo, detrás. Dejó a su hijo frente a la casa adosada de Pomona Avenue en la que vivían. En la casa adosada de al lado vivían la tía de Tyrell y sus dos primos. La calle, llena de árboles, estaba en el barrio de Weequahic.

—¿Vendrás mañana?

Había estado intentando evitar la conversación, pero justo en ese momento recordé que, al día siguiente, mi madre, mi tío y yo volábamos a Los Ángeles para visitar la tumba de mi padre. Era un viaje que no quería hacer... pero que *tenía* que hacer.

—No, mañana no.

—Qué pena, tío. Hoy hemos jugado muy bien.

—Sí. Gracias por elegirme.

—Elijo para ganar —respondió con una sonrisa en los labios.

Antes de marcharse, se asomó al interior del coche y le dio un beso en la mejilla a su padre. Volví a sentir envidia. El señor Waters le dijo a Tyrell que no olvidase hacer los deberes.

—No, papá —con el mismo tono de exasperación que usaba yo con el mío.

Me senté delante.

—Bueno —dijo el señor Waters en cuanto tomamos la Interestatal 80—, ¿qué pasaba con el calvo del coche negro?

No sabía por dónde empezar. No quería mentirle, pero no sabía cómo explicárselo... No podía contarle que había entrado sin permiso en una casa ni nada de eso.

—Creo que me está siguiendo —dije finalmente.

—¿Y quién es?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—Sabes que soy investigador del condado, ¿verdad? —me dijo después de reflexionar un rato.

—Sí, señor. Eso es como ser policía, ¿verdad?

—Exactamente. Y, ¿sabes?, yo estaba justo al lado del tipo mientras jugabais. Nunca lo había visto por la cancha. Apenas se ha movido. Estaba ahí, plantado, con su traje negro. No ha animado. No ha vitoreado. No ha dicho nada. Y tampoco te ha quitado ojo.

No sabía cómo podía estar seguro —por lo de las gafas de sol del tipo— pero sabía a qué se refería. Nos quedamos callados un par de minutos, tras lo que dijo algo que me sorprendió.

—Así que, mientras jugabais el último partido, me he tomado la libertad de consultar la matrícula del coche.

—¿La del coche negro?—no me atrevía ni a moverme.

—Sí. Y no está registrada.

—¿Y eso qué significa?

—Que es secreta.

—¿Que es diplomática o algo así?

—O algo así.

Intenté llegar a alguna conclusión, pero no se me ocurría nada.

—¿Y eso qué significa?

Llegamos a casa de mi tío. Detuvo el motor y se giró hacia mí.

—¿La verdad? No lo sé. Pero no huele bien. Tú, ten cuidado,

¿vale?

—Vale.

—Si vuelves a ver al calvo, no lo persigas, me llamas. ¿Entendido?

Echó mano a la cartera y me tendió su tarjeta: «Joshua Waters, Investigador del Condado de Essex». Abajo del todo venía un teléfono. Le di las gracias y bajé del coche. Arrancó y se despidió con la mano. Mientras recorría —cansadísimo—, el caminito que llevaba a la puerta de casa me pareció que olía a ajo... pero bien podría haberlo imaginado. Abrí con la llave.

—¡Ya he llegado!

Nada.

—¡Hola! ¿Mamá? —esta vez grité más alto.

Nada.

Fui a la cocina. Allí no olía a ajo. Miré la hora: las seis. Puede que aún no hubiera vuelto de la terapia. Seguro. Abrí la nevera para coger algo de beber... y enseguida vi que allí no había comida nueva. ¿No me había dicho que había ido al súper? Me dio un vuelco el corazón.

La llamé al móvil. Colgué al quinto tono. «Vale, Mickey, tranquilízate».

Pero me resultaba imposible. Noté que vibraba el móvil y sentí cierto alivio. Seguro que era mi madre. Pero no, era el Cuchara. Empecé a ponerme frenético. Pulsé «Rechazar» y marqué el número de la Clínica de Rehabilitación Coddington. Pregunté por Christine Shippee y, en cuanto se puso, le pregunté:

—¿Sigue ahí mi madre?

—¿Cómo dices? ¿Por qué iba a estar aquí?

Otro vuelco.

—¿No tenía terapia externa esta tarde?

—No... —seguido de—: Oh, no. ¿Qué pasa, Mickey? ¿Dónde está?

Mira si seré idiota, que salí a la calle con la esperanza de ver aparecer a mi madre. Me embargaban las emociones... y quería que dejaran de hacerlo. No quería sentir nada. Lo deseaba con toda mi alma... Deseaba hacerme más y más pequeño, hasta desaparecer... y entonces me di cuenta de que así era exactamente como se sentía mi madre. Y mira adónde la había llevado.

Volví a llamarla al móvil. Esta vez esperé a que saltase el buzón de voz: «Hola, soy Kitty. Deja un mensaje después de la señal». Tragué saliva e intenté —sin éxito— desterrar el tono de súplica de mi voz.

—Mamá, llámame, por favor. Por favor.

No lloré, pero estuve a punto. Colgué. No sabía qué hacer. Durante un rato, me quedé mirando el móvil... deseando que sonase. Pero ya estaba bien de anhelos y esperanza. Tenía que abrir los ojos de una vez.

Pensé en cómo le brillaban los ojos a mi madre esta mañana. Pensé en que el veneno llevaba seis meses fuera de su cuerpo y en toda la esperanza que ambos habíamos albergado. No quería hacerlo... pero no tenía opción. Marqué su número por primera vez en la vida.

—¿Mickey? —mi tío respondió inmediatamente.

—No encuentro a mamá.

—Tranquilo, yo me encargo —parecía que hubiera estado esperando mi llamada.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso sabes dónde está?

—Puedo dar con ella en cuestión de minutos.

Iba a preguntar cómo, pero no había tiempo que perder.

—Quiero ir contigo.

—No me parece buena idea. Ya me encargo...

—Tío, deja de ser condescendiente conmigo. Ahora no. No es el momento.

Un breve silencio.
—Te recojo de camino.

CAPÍTULO NUEVE

El hotel de carretera Los anillos de Saturno estaba situado bajo un paso elevado de la Ruta 22. El cartel de neón anunciaba tarifas por horas, Internet gratis y televisión en color —como si la de la competencia fuera en blanco y negro—. El motel era, tal y como sugería el nombre, redondo; pero eso no era lo primero que te llamaba la atención. Lo primero que te llamaba la atención era la suciedad. Los anillos de Saturno era un lugar cutre y sucio que te hacía suspirar por una ducha de lejía.

El Ford Taurus de mi tío —el coche con el que mamá me había llevado al instituto hace solo diez horas, ese en el que iba canturreando al ritmo que marcaba la radio y en el que me escribió un justificante por llegar tarde—, estaba en el aparcamiento. Mi tío le había puesto un GPS. No sé por qué. Quizá sospechase que algo así podía pasar. Nos quedamos unos instantes en silencio, mirando el coche.

Mujeres vestidas de forma provocativa, con tacones excesivamente altos, pasaban tambaleándose a nuestro lado. Tenían los ojos vacíos y las mejillas hundidas, como si la Muerte ya hubiera venido a llevarse parte de ellas.

Oía mi propia respiración, superficial.

—¿Hay alguna posibilidad de que te convenza para que no entres?

Ni le contesté. Entramos juntos. Me pregunté cómo iba a descubrir mi tío en qué habitación estaba, pero tampoco le costó mucho. El vestíbulo era tan pequeño que apenas había sitio para la máquina expendedora. El hombre de recepción llevaba una camiseta interior que solo le tapaba la mitad de su gran tripa. Mi tío le deslizó por el mostrador un billete de cien dólares y formuló la pregunta. El hombre lo hizo desaparecer, eructó y dijo:

—Habitación 2-12, en el anillo C.

Fuimos en silencio hasta la habitación. Me gustaría decir que albergaba esperanza, pero si me quedaba algo, la había desterrado. Hace menos de un año éramos una familia sana y feliz y considerábamos que eso era lo normal. Desterré también ese pensamiento. Basta de compasión.

Intercambiamos una mirada ante la puerta de la habitación. Dudó, así que tomé yo la iniciativa. Llamé a la puerta con todas mis fuerzas. Esperamos a que alguien abriera. Nada. Volví a aporrear la puerta. Pegué la oreja. Nada de nada.

Mi tío buscó a la doncella de planta. Esta vez le costó veinte dólares. La mujer metió la tarjeta en la cerradura y la puerta se abrió. La luz estaba apagada. Mi tío abrió la cortina. Mi madre estaba tirada sobre la cama. Quería salir corriendo de la habitación... o cerrar los ojos con todas mis fuerzas. Nada resulta agradable en un drogadicto.

Me acerqué a la cama, la cogí por los hombros y la sacudí suavemente.

—Mamá...

—Lo siento, Mickey —y se echó a llorar—. Lo siento mucho.

—Todo se va a arreglar.

—Por favor, no me odies...

—No te odio. ¿Cómo iba a odiarte?

La llevamos a la clínica de rehabilitación. Christine Shippee nos recibió en el vestíbulo, tomó a mi madre de la mano y se la llevó más allá de la puerta de seguridad, que se cerró de golpe e impidió que los patéticos gimoteos de mi madre se siguiesen escuchando. Miré a mi tío. Puede que hubiera lástima en su mirada, pero lo que realmente había era indignación.

Christine Shippee volvió a los pocos minutos. Llevaba ese paso típico suyo de «nada de tonterías conmigo». Antes, eso me daba confianza. Pero ya no.

—Kitty no puede recibir visitas durante, al menos, las próximas tres semanas.

No me hizo gracia.

—¿Ni la mía?

—No puede recibir visitas, Mickey —dijo mientras me miraba fijamente—. Ni tú.

—¿Tres semanas?

—Como poco.

—¡No me jodas!

—Sabemos lo que hacemos.

—Sí, claro, ya lo veo —solté con sarcasmo.

—Mickey... —dijo mi tío.

—Solo hay que fijarse —no había acabado— en el buen trabajo que habéis hecho hasta ahora.

—No es raro que un adicto recaiga. Te avisé, ¿recuerdas?

Pensé en la manera en la que me había sonreído mi madre; en cómo me había dicho que estaba en casa, preparando los espaguetis con albóndigas; en cómo, incluso, había mejorado aquel menú

fantasma con pan de ajo. Mentiras, mentiras y más mentiras.

Salí de allí hecho una furia. El cielo era como un lienzo negro; no había ni una sola estrella. Busqué la Luna, pero fui incapaz de encontrarla. Tenía ganas de gritar... de darle golpes a algo. Mi tío salió unos cuantos minutos después y abrió el coche.

—Lo siento mucho, de verdad.

No respondí. Él odiaba a mi madre y sabía que esto iba a pasar. Seguro que se alegraba de tener razón. En el coche, nos mantuvimos en silencio. Al rato, dijo:

—Si quieres, podemos cancelar el viaje a Los Ángeles.

Lo pensé. Aquí no podía hacer nada; Christine había dejado claro que no me dejaría ver a mi madre. Además, mis abuelos ya iban de camino. Como es natural, querían ver el lugar en el que descansaba su hijo. Y yo también quería volver a verlo.

—No, no lo canceles.

Asintió y no volvimos a hablar. Cuando llegamos a casa, bajé corriendo al sótano, cerré la puerta tras de mí y me puse a hacer los deberes. La señora Friedman nos había pedido que hiciéramos una redacción sobre la Revolución Francesa. Me puse a ello e intenté concentrarme con todas mis fuerzas para no pensar en otras cosas. Hago pesas cuatro veces a la semana, pero hoy me lo había saltado; así que me tumbé en el suelo e hice tres tandas de sesenta flexiones. Me sentaron genial. Me di una ducha. A medianoche, me tumbé en la cama e intenté leer un libro, pero me costaba mucho, como si hubiera niebla. Apagué la luz y me quedé a oscuras.

No iba a poder dormir. Mi tío no había puesto televisión aquí abajo. Me planteé subir al cuarto de estar para ver *SportsCenter* o algo, pero no quería encontrarme con él. Cogí el móvil y le mandé el enésimo mensaje a Ashley. Esperé a que respondiera; pero nada, claro está. Se me pasó por la cabeza contárselo al señor Waters pero

¿qué iba a decirle exactamente? Y lo estuve pensando unos minutos. Abrí el portátil y empecé a hacer búsquedas sobre los *padres* de Ashley, pero no llegué muy lejos. El señor Kent era médico cardiólogo en el hospital Valley. Y la señora Kent, según la propia Ashley, era abogada en un importante despacho de Roseland. ¿Y?

A la una de la madrugada vibró el móvil. Me levanté de un salto para cogerlo con la esperanza de que fuera Ashley. Pero no, era Ema: «¿Estás despierto?».

Le respondí que sí.

«¿Entramos en casa de la Murciélago otra vez mañana?».

«No puedo. Vuelo a L.A.».

«¿Por?».

En ese momento, hice algo que no suelo hacer: contar la verdad.

«Voy a visitar la tumba de mi padre».

Hasta yo me quedé sorprendido.

Cuando a los cinco minutos no me había respondido, empecé a arrepentirme. ¿Quién suelta algo así, sin más? Quizá hubiera tenido un momento de debilidad; emocionalmente, había sido un día terrible, confuso. Pensé en qué escribir, en cómo dar marcha atrás, cuando me llegó otro mensaje de Ema: «Mira en el patio».

Bajé de la cama, me acerqué a la ventana del lavadero y vi a alguien que se parecía a Ema haciendo que la luz de su móvil resplandeciera.

«Dame tres minutos», le escribí.

Pero tardé incluso menos. Me puse unos pantalones cortos y una camiseta y salí al patio. Ema iba vestida de negro, con su rollo gótico, a lo vampiro —pero claro, de qué me sorprendía—. Llevaba unos pendientes con una calavera sobre dos tibias cruzadas. Ya no llevaba la tachuela en la ceja, sino un aro de plata.

Metió las manos en los bolsillos y miró la canasta.

—Debe de ayudar.

—¿Qué?

—El baloncesto. Tener una afición como esa.

—Sí. ¿Tú, tienes alguna?

—¿Alguna afición?

—Sí.

Miró hacia un lado.

—Pues no...

—¿Pero?

—Oye, esto es muy raro —y sacudió la cabeza.

—¿El qué?

—Que seas majo conmigo.

—No empieces otra vez —y suspiré.

—Soy la gorda marginada y tú eres el nuevo guaperas al que Rachel Caldwell le ha echado el ojo.

—¿Rachel Caldwell? ¿Tú crees?

—... Tío —respondió tras poner los ojos en blanco.

A punto estuve de sonreír... pero recordé lo que había pasado hoy. Es curioso cómo puedes llegar a olvidarte de las cosas por momentos; cómo incluso, ante situaciones terribles, puedes engañarte y llegar a creer que todo va a salir bien.

—El verdadero marginado soy yo. Soy el nuevo, mi padre está muerto y mi madre es una drogata.

—¿Tu madre es drogadicta?

Se me había escapado. Cerré los ojos. Cuando los abrí, Ema se había acercado un poco. Me miraba de forma muy dulce.

—No me compadezcas, ¿vale?

Ignoró mi arrebato.

—Háblame de ella.

No me preguntes por qué, pero volví a hacerlo. Imagino que

nunca había tenido una amiga así. Tenía que ser por eso. Le había dicho que lo estaba pasando mal y había venido a verme... a la una de la mañana... como si también fuera su problema. Pero creo que era algo más profundo. Ema tenía *esa* forma de ser. Te entendía. Era como si supiera qué tenía que responder y quisiera que te sintieras mejor. Así que le hablé de ella; se lo conté todo. Cuando acabé, sacudió la cabeza y dijo:

—Pan de ajo... vaya.

A eso me refería, con lo de que te entendía.

—Tienes que estar muy cabreado.

—No es culpa suya —y negué con la cabeza.

—No me vengas con eso. ¿Sabes qué es un «cómplice»?

Sabía a qué se refería. Pretendía hacerme ver que con mi actitud estaba ayudando a mi madre a que se destruyera a sí misma. Y, en parte, tenía razón. La estaba excusando. ¿Pero cómo le haces entender a alguien que...?

—De no haber sido por mí —empecé poco a poco—, mi madre habría sido una de las mejores tenistas del mundo. Habría sido rica y famosa en vez de una viuda drogata a la que no le queda nada.

—Hombre, *nada* no, te tiene a ti.

Levanté las manos. No quería hablar porque sabía que se me quebraría la voz. No insistió. Una vez más, es como si supiera cómo tenía que comportarse. Nos quedamos unos minutos callados, allí, sentados. Eran casi las dos de la mañana.

—Oye, ¿tus padres no se van a preocupar?

—No —y se cerró a cal y canto como la puerta de una caja fuerte.

Ahora era yo el que no debía insistir. Se fue al rato. Volví a preguntarle si quería que la acompañara a casa. Frunció el cejo.

—Lo digo en serio. Es tarde y no quiero que vayas sola. ¿Dónde vives?

—Otro día.

—Pero...

—Otro día, ¿vale?

No sabía muy bien qué debía decir.

—Vale. Pero prométeme una cosa.

—¿El qué? —y me miró con cautela.

—Que me mandarás un mensaje cuando llegues a casa.

Sonrió levemente y sacudió la cabeza.

—... No lo dirás en serio.

—Prométemelo o te acompaño.

—Vale, vale —y suspiró—, lo prometo.

El patio de la casa de mi tío comunicaba con el de los vecinos. Ema se fue por allí. Observé cómo se alejaba, encorvada, y me pregunté cómo era posible que, a pesar de haber jurado que no haría migas con nadie, esta chica se hubiera convertido en alguien tan importante para mí. En cuanto desapareció de mi vista, tiré hacia casa. El balón estaba en mitad de la cancha. Lo cogí y lo hice girar sobre el dedo índice. Miré el aro... pero era muy tarde. Seguramente, despertaría a los vecinos. Seguí dándole vueltas a la pelota mientras me dirigía a la puerta trasera. Pero, de pronto... vi algo que hizo que me detuviera en seco.

Me pegué a la pared para que no pudieran verme. Mi corazón se puso a cien. Dejé el balón en el suelo y me deslicé poco a poco hacia la derecha de la casa, por el garaje. Cuando llegué a la esquina, agachado, eché un vistazo hacia la calle de delante. Allí estaba, a unos doscientos metros de casa, aparcado... un coche negro con las lunas tintadas. Parecía el coche que había visto junto a la pista de baloncesto y en la casa de la Murciélago.

No sabía qué hacer. Recordé que el padre de Tyrell me había dicho que lo llamara en caso de que volviera a ver al calvo... pero es que

eran las dos de la mañana. Seguro que tenía el móvil apagado. Y aunque no fuera así, ¿de verdad quería despertarlos a él y a toda su familia? Y, además, luego, ¿qué? ¿Esperar hasta que llegara? Seguro que el coche negro ya se habría ido para entonces. No, de esto tenía que encargarme yo.

No sentía miedo —o quizá fuera que la curiosidad era aún mayor, no sabría decírtelo—. Cuando tenía diez años, mis padres pasaron un año en el bosque tropical del Amazonas, en Brasil. El jefe de la tribu local era experto en combate cuerpo a cuerpo. Practicaba una variante de un arte marcial popularmente conocida como jiu-jitsu brasileño. Desde entonces he practicado artes marciales por los rincones más recónditos del mundo; principalmente para mantenerme en forma para jugar a baloncesto. A día de hoy, solamente he tenido que ponerlas en práctica una vez. Y había funcionado tan bien que me sentía confiado (aunque probablemente se tratase de falsa confianza).

Corrí hasta la parte trasera de la casa de los Gorets, los vecinos. La idea era ir de casa en casa y acercarme al coche por detrás. Me faltaban tres casas. No había razón para demorarse. Me asomé tras las azaleas de los Gorets, miré y salí corriendo hasta la casa de los Greenhall.

Cosa de un minuto después estaba escondido detrás de un arbusto, a unos diez metros del coche negro de las lunas tintadas. Ahora estaba lo suficientemente cerca como para ver la matrícula: A30432. Saqué el móvil y la cotejé con la que Ema me había enviado en un mensaje. La misma. No había duda: era el de siempre.

Me asomé tras el arbusto. El coche tenía el motor apagado. No había signos de vida. Podría estar, sencillamente, aparcado y vacío.

Y ahora, ¿qué? ¿Me acercaba sin más y empezaba a golpear las ventanillas mientras pedía respuestas? Desde luego, parecía lo

lógico. Y también una estupidez. ¿Me quedaba allí sentado y esperaba? ¿Cuánto tiempo? ¿Y si el coche se iba? ¿Qué haría entonces?

Seguía agachado tras el arbusto, pensando qué hacer... cuando alguien tomó la decisión por mí. Se abrió la puerta del copiloto y el calvo bajó del coche. Llevaba el traje negro y, a pesar de la hora que era, también llevaba las gafas de sol. Por unos segundos, el hombre permaneció increíblemente quieto, de espaldas al arbusto. Entonces, giró la cabeza y dijo:

—Mickey.

¡Glub!

¿¡Cómo me había visto!? Bueno, eso daba igual. Me enderecé. Me miraba tras las gafas de aviador. A pesar del calor que hacía, sentí un escalofrío.

—Tienes preguntas —hablaba con un acento británico tan marcado que parecía fingido; como si hubiera ido a un colegio privado y quisiera que te quedase claro—, pero no estás preparado para asimilar las respuestas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir —con ese mismo acento— lo que he dicho.

Fruncí el ceño.

—Venga ya, eso parece sacado de una galletita de la suerte.

Esbozó una sonrisa.

—No le hables a nadie de nosotros.

—¿Y a quién se lo iba a contar?

—No se lo digas a nadie. Ni a tu tío.

—¿A mi tío? ¿Y qué le iba a decir, si no sé nada? ¿Quiénes sois?

—Te lo diremos cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo será eso?

El hombre entró en el coche. Nunca parecía que tuviera prisa,

pero cada uno de sus movimientos era rápido y fluido, como si no fuera humano.

—¡Eh! —corrí hacia el coche para evitar que cerrara la puerta—. ¿Qué hacíais en casa de la Murciélago? ¿Quiénes sois?

Pero llegué tarde; le dio tiempo a cerrar la puerta. Encendieron el motor. Golpeé las ventanillas, tal y como había —medio— planeado anteriormente.

—¡Parad!

El coche arrancó y, sin pensarlo dos veces, salté sobre el capó. Como en las pelis. Solo que en las pelis no se ve que un capó no tiene dónde agarrarse. Busqué esa parte que hay cerca de los limpiaparabrisas, pero no conseguía asirme a nada. El coche avanzó unos metros, frenó suavemente y salí despedido.

Aunque me tambaleé, conseguí aterrizar de pie. Ahora estaba delante del coche y les retaba a que me atropellasen. Aunque hasta el parabrisas estaba tintado, miraba hacia el asiento del pasajero fijamente, imaginando que estaba mirando al calvo a los ojos. Durante unos instantes, no sucedió nada. Permanecí delante del coche.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?

Oí que bajaban la ventanilla del copiloto. Sentí la tentación de ir hacia ella... pero quizá fuera una gilipollez mayúscula. Quizá el hombre solo quisiera que me apartara para poder irse.

—¡La Murciélago me dijo que mi padre está vivo!

Para mi sorpresa, me respondió:

—Pues no debería haberte contado eso.

Me quedé helado.

—¿Lo está? —un largo silencio—. Mi padre, ¿está vivo?

Puse las manos en el capó de nuevo y crispé los dedos como si pudiera coger el coche y sacudirlo para sacarle una respuesta.

—Ya hablaremos.

—¡No me jodas!

Y luego, sin previo aviso, el coche salió marcha atrás. Me caí de bruces y me raspé las palmas de las manos con el asfalto. Justo cuando miré hacia el coche, giró y desapareció por la curva.

CAPÍTULO DIEZ

Eran las dos y cuarto cuando entré, silenciosamente, en casa. Me vibró el móvil. Un mensaje de Ema: «En casa. ¿Contento?».

«Mucho».

Avanzaba de puntillas hacia la puerta del sótano cuando oí voces en el piso de arriba. Al principio pensé que sería la televisión, pero no, una de las voces era la de mi tío. La otra —¿perdona?— era de mujer. Mmm.

Me acerqué a la escalera. La luz del dormitorio de mi tío estaba apagada, pero la del despacho no. Mi tío me había contado en numerosas ocasiones que el despacho había sido la habitación de papá y que, antes de que él se trasladara al sótano, la compartían. Siempre estaba con lo que hacían y dejaban de hacer juntos en aquella habitación: que si jugar a juegos de tablero como el Risk y el Stratego... que si cambiarse cartas de béisbol... que si disputar ligas de baloncesto con una pelota de espuma... A veces, cuando no había nadie en casa, entraba allí e intentaba imaginar cómo sería mi padre de pequeño. Pero nunca se me ocurría nada; la remodelación había desprovisto al lugar de todos los recuerdos y parecía la oficina de un contable.

Subí y me detuve junto a la puerta. Mi tío estaba delante del

ordenador, chateando por videoconferencia (¿a esas horas? ¿Qué era esto?).

—Ahora no puedo ir —dijo él.

—Lo entiendo. Yo tampoco.

¿Con quién estaría hablando? Oye, no estaría ligando por Internet, ¿no? Pero si ninguno quería ir a casa del otro... Toma.

—Lo sé —era mi tío.

—Carrie no está preparada.

¿Eh? ¿Quién era Carrie? ¿Otra más? Toma y toma.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Myron, quiero que seas feliz.

—Tú me haces feliz.

—Ya; tú a mí también. Pero deberíamos ser realistas.

Desde luego, no parecían dos extraños intentando ligar; sino dos personas con el corazón roto. Volví a mirar. Mi tío tenía la cabeza agachada y en la pantalla vi a una mujer con el pelo negro como el carbón.

—Puede que tengas razón. Quizá debamos ser realistas —y levantó la cabeza para mirarla a los ojos—. Pero esta noche no, ¿vale?

—Vale —y, a continuación, la mujer le dijo «No sabes cuánto te amo» con la voz más dulce que he oído jamás.

—Yo también te amo.

No sé qué hacía allí. Ni sabía quién era aquella mujer ni de qué estaban hablando. Nunca le había preguntado a mi tío si tenía novia o algo porque, en realidad, no me importaba. Había subido porque oía voces, pero no me gusta espiar a los demás. Bajé las escaleras, fui a mi habitación, me puse el pijama y me metí en la cama.

Pensé en lo tristes que parecían ambos, me pregunté quién sería Carrie y por qué Myron no podía estar con ella, pero no lo hice

durante mucho rato. A la mañana siguiente volábamos a Los Ángeles para ver la tumba de mi padre. Tenía la impresión de que esa idea iba a impedir que durmiera... pero caí rendido.

A ver, aún no los conozco mucho pero, por lo que he visto, mis abuelos son los abuelos más enrollados de la historia. Nos encontramos con Ellen y Al Bolitar —a mi abuela le gusta bromear con eso de que son «El-Al, como la aerolínea israelí»— en el aeropuerto de LAX. La abuela vino corriendo con los brazos abiertos hasta donde estábamos mi tío y yo y nos abrazó como si un juez acabase de reconocer nuestra inocencia tras pasar un tiempo en la cárcel —vamos, como lo hacen las abuelas—. Nos abrazó tan fuerte como podía y, a continuación nos observó de arriba abajo, nos inspeccionó, para asegurarse de que todo estaba como debería.

—Qué guapos estáis —dijo mientras me miraba.

Yo no me sentía guapo precisamente; llevaba un traje de mi tío y me quedaba un poco grande. En ese momento llegó el abuelo, despacito y apoyándose en un bastón. Le dimos un beso en la mejilla porque todos queríamos que las cosas salieran bien. Tras su operación a corazón abierto, el abuelo se había quedado pálido y delgado. Intenté no sentirme responsable de su estado de salud, pero era difícil no hacerlo —al menos, en parte—. Él no lo admitiría jamás; de hecho, le gustaba contar que le había salvado la vida. Pero yo no estaba tan seguro. Parecía que supiera lo que estaba pensando, porque me apretó el hombro un poco más fuerte. No sé explicarte por qué, pero aquel apretón me reconfortó como si fuera exactamente lo que necesitaba.

Mi tío había alquilado un coche y nos llevó al cementerio. Nadie dijo nada. La abuela y yo íbamos detrás y ella me cogía la mano. No

me preguntó por mi madre, pese a que seguro que estaba al tanto de lo ocurrido. No sabes cuánto se lo agradecí.

Cuando llegamos al aparcamiento del cementerio, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. El tío apagó el motor y bajamos sin decir nada. Hacía un sol de justicia.

—Está en lo alto de la colina, papá —mi tío rompió el silencio—, ¿quieres que vaya a por una silla de ruedas?

—Pienso ir andando a la tumba de mi hijo —dijo tras negar con el dedo.

Hicimos el camino sin decir nada. El abuelo, apoyándose costosamente en el bastón, abría la marcha. Detrás de él íbamos la abuela y yo. El tío iba el último. Según nos aproximábamos, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —y aceleré el paso.

La tumba aún no tenía lápida.

Nadie dijo nada durante largo rato. Estábamos allí, de pie; los cuatro. Los coches pasaban a toda velocidad por la autopista que había al lado del cementerio sin que sus ocupantes se preocuparan lo más mínimo porque allí hubiera una familia rota y desconsolada. Sin más, el abuelo empezó a recitar de memoria el *kaddish*, la oración hebrea para los muertos. No éramos nada religiosos, así que me quedé sorprendido. Imagino que hay cosas que se hacen por tradición, por seguir el ritual o por necesidad.

—*Yit'gadal v'yit'kadash sh'mei raba...*

Mi tío empezó a llorar. Era muy sensible —mucho; de esos que lloran con las tarjetas de cumpleaños dedicadas—. Aparté la mirada e intenté mantener la compostura. Me embargó un sentimiento extraño. No creía a la Murciélago pero, curiosamente, aquí, frente a la tumba de mi querido padre, echándolo tanto de menos que me

habría arrancado el corazón, no me sentía nada conmovido. ¿A qué se debería? ¿Por qué no me rompía ante la tumba de mi padre? Y una vocecilla en mi cabeza me susurró: «Por que no está aquí».

El abuelo, que miraba al suelo con las manos entrelazadas, acabó la larga oración:

—*Aleinu v'al kol Yis'ra'eil v'im'ru. Amen.*

El tío y la abuela se unieron a él en aquel cuarto y definitivo «amén», lo que hizo que la palabra resultase muy sonora. Yo permanecí callado. Nadie se movió durante varios minutos. Cada uno estábamos pensando en lo nuestro.

Recordé la primera vez que había estado allí, durante el funeral de mi padre, con mi madre. Los dos, solos. Mamá estaba tan colocada que casi se cae, inconsciente. Me obligó a prometer que no le contaríamos a nadie que papá había muerto porque el tío Myron diría que no estaba preparada para cuidar de mí y pediría mi custodia.

Miré el cartel que había en el suelo y que estaría allí hasta que la lápida estuviera preparada. Aquel primer día también estaba. «Brad Bolitar», escrito con tinta negra sobre el fondo blanco de una ficha metida en una caja impermeable.

Un minuto después, el abuelo movió la cabeza de lado a lado y dijo:

—Esto no debería ser así —y miró al cielo—. Un padre no debe recitar el *kaddish* por sus hijos.

Tras lo que empezó a desandar el camino hacia el coche. El tío y la abuela le siguieron. Me miraron, pero di un paso hacia la tierra revuelta. Mi padre, el hombre al que más había querido en la vida, yacía allí, a dos metros bajo tierra. Pero yo no lo sentía así; lo que no implicaba que no fuera cierto. Me quedé mirando el letrero.

—Mickey... —la voz de mi tío.

Ni le respondí ni reaccioné... porque no podía. Seguía mirando el letrero y sentía como si el mundo diese vueltas a mi alrededor. Leí el nombre de mi padre, escrito con tinta negra sobre el fondo blanco de una ficha. Pero esta vez vi algo más: un dibujo. Era pequeño y estaba en una esquinita, pero no había duda de lo que era: el emblema de la mariposa colorida con aquella especie de ojos en la parte inferior de las alas... como la de las camisetas de la gente que aparecía en aquella fotografía antigua que había visto en casa de la Murciélago.

Nos despedimos en el aeropuerto. Intercambiamos besos y abrazos. La abuela nos dijo que fuéramos a pasar Acción de Gracias con ellos. No lo preguntó, no: lo dijo. Me encantaba su forma de ser. Me arrepentía de que no hubieran formado parte de mi vida hasta entonces, pero imagino que mamá tendría sus razones.

Ellos cogieron un avión con destino a Florida y nosotros cogimos otro, media hora más tarde, a Newark. El vuelo estaba lleno y mi tío se ofreció a sentarse en el asiento del centro. Yo me senté en ventanilla. Entrábamos con calzador. Estos asientos no están preparados para personas de nuestra estatura. Delante de nosotros iban dos viejecitas. Los pies apenas les llegaban al suelo, pero eso no impidió que reclinasen el asiento con vigor sobre nuestras rodillas. Pasé las siguientes cuatro horas con los pelos ralos de una anciana en la cara...

En un momento del vuelo estuve a punto de preguntarle a mi tío acerca de lo que había visto la noche anterior a las dos de la mañana, acerca de la mujer del pelo negro como el carbón y de Carrie, pero no lo hice porque sabía que eso nos llevaría a una conversación más extensa y no estaba de humor como para abrirme.

Tras el aterrizaje, fuimos a por el coche al aparcamiento y tomamos la autopista de Garden State. Ninguno de los dos dijimos nada durante los veinte minutos que duró el viaje. Hasta que nos pasamos la salida.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

Diez minutos después aparcamos en el centro comercial y mi tío me sonrió. Miré por la ventanilla y volví a mirarle a él.

—¿Me traes a que coma un helado?

—Venga, vamos.

—Será broma, ¿no?

Una dependienta en silla de ruedas nos saludó cuando entramos en la heladería SnowCap. Tendría poco más de veinte años y una sonrisa grande y maravillosa.

—Eh, has vuelto —le dijo a mi tío—. ¿Qué deseáis?

—Ponle a mi sobrino un SnowCap especial. Tengo que hablar con tu padre un minuto.

—Pues claro. Está en la trastienda.

Y desapareció. La chica me tendió la mano.

—Hola, soy Kimberly.

—Yo soy Mickey —y se la estreché.

—Siéntate ahí —y me señaló una silla—, que te voy a preparar un SnowCap especial.

El especial era casi tan grande como un Volkswagen Escarabajo. Me lo trajo con aquella sonrisa fascinante. Sentía curiosidad por saber por qué estaba en silla de ruedas pero, claro, no se lo pregunté.

Miré la enorme copa de helado con nata montada y virutas de todo tipo.

—¿Se supone que tenemos que comernos esto solos?

—Se hará lo que se pueda.

Y nos pusimos a ello. No estoy exagerando, aquel especial era la cosa más grande que nadie hubiera comido jamás. Empecé con tanta ansiedad que me entró miedo de que me diera uno de esos dolores de cabeza por comer cosas muy frías. Kimberly se lo estaba pasando bien observándome.

—¿Qué asuntos se traen entre manos mi tío y tu padre?

—Creo que tu tío ha descubierto una verdad absoluta.

—¿Cuál?

La chica dejó de sonreír y te juro que sentí una ráfaga de aire frío en la nuca.

—Que para proteger a los niños se hace lo que sea necesario.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás.

—¿Qué significa eso?

Parpadeó y miró hacia otro lado.

—Hace dieciséis años asesinaron a mi hermana mayor. Tenía solamente dieciséis años.

No sabía qué responder a eso.

—¿Y qué tiene que ver mi tío con eso? —respondí finalmente.

—No solo tu tío. Tu madre también tenía algo que ver. Y tu padre.

—A ver, no entiendo nada —y dejé la cuchara sobre la mesa—, ¿estás diciendo que mis padres hicieron daño...?

—No, no, no —me interrumpió rápidamente—. Tus padres jamás le harían daño a nadie. Jamás.

—¿De qué conoces a mis padres?

—No los conozco. Pero, Mickey... tienes que entender que nada de esto es coincidencia.

Me daba vueltas la cabeza.

—No le digas a tu tío que te he dicho nada, ¿vale?

Asentí.

—Venga, come —susurró.

Me llevé otra cucharada a la boca. Se abrió la puerta de la trastienda y apareció mi tío. Kimberly se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Ríete como si te acabase de contar el chiste más gracioso del mundo.

Estuve tentado de preguntarle que por qué pero, por alguna razón, me caía bien y confiaba en ella, así que lo hice. Sentí que mi carcajada sonaba un poco forzada pero, entonces, ella se rio conmigo. Tenía una de esas risas contagiosas, lo que facilitó que siguiera riendo. Volvió a inclinarse sobre mí:

—Otra vez. No queremos que tu tío nos pregunte de qué estábamos hablando.

Así que volví a reírme; y ella, conmigo. Mi tío nos miró con ojos de cordero degollado y con una sonrisa tristona en los labios. Kimberly se alejó con la silla. Confundido, perdido, dejé de reír. Cuando vibró mi móvil, no estaba seguro de lo que hacer. Era el Cuchara. Decidí contestar.

—Dime.

—¿Mickey? —estaba emocionado. De hecho, lo estaba tanto que se saltó su típica disertación inconexa—. ¡Tengo algo!

—¿El qué?

—La taquilla de Ashley.

—¿Qué pasa con ella?

—Sé quién la forzó.

CAPÍTULO ONCE

Ema, el Cuchara y yo quedamos en el aparcamiento del colegio antes de que empezaran las clases y nos sentamos en el bordillo de la acera. Ema había traído su portátil y el Cuchara llevaba gafas de sol y un maletín —sí, sí, como esos que usan los hombres de negocios en las películas—. Creo que nunca había visto a nadie con uno. Después de enredar con la combinación de la cerradura lo abrió. Me asomé para ver qué llevaba dentro. Allí solo había una memoria USB. Arqueó las cejas por encima de las gafas mientras la sacaba y volvió a cerrar el maletín.

—Lo que estáis a punto de ver —dijo con dramatismo exagerado mientras se quitaba las gafas rápidamente con una mano—, no puede salir de aquí —y le tendió la memoria a Ema, que suspiró.

—Y esto, ¿qué es?

—De la cámara de vigilancia. El instituto tiene un sistema de seguridad bastante amplio: dieciocho cámaras de seguridad que cubren la mayor parte de las entradas y pasillos. Pensando, llegué a la conclusión de que quienquiera que hubiera forzado la taquilla no podía haberlo hecho de día, porque le habrían visto. También llegué a la conclusión de que tendría que haber sucedido recientemente, porque lo normal es que se informe de que hay una taquilla forzada

con el candado colgando. Así que usé mi llave para entrar en la oficina de seguridad. Lo almacenan todo de forma digital. Vi que era la cámara 14 la que cubre la zona de la taquilla de Ashley y empecé a revisar la grabación de la noche anterior al día en que vimos la taquilla forzada.

—¿Tardaste mucho? —le pregunté.

—Casi nada —y sonrió—. Las cámaras son sensibles al movimiento, así que se pasan apagadas la mayor parte de la noche.

Ema conectó la memoria a uno de los puertos de su ordenador y nos arracimamos en torno a la pantalla. En ese momento, aparecieron unas manos y nos quitaron el portátil.

—¡Eh! —gritó Ema.

—Bueno, bueno, bueno —la voz me resultaba familiar—. ¡Pero qué tenemos aquí!

Me giré y vi que era Troy quien había cogido el ordenador. Buck estaba a su lado. Tras ellos había unos cuantos deportistas más; cinco, puede que seis, no estoy seguro (con aquellas chaquetas del equipo parecían una gran masa).

—¿Qué queréis, chicos? —les preguntó el Cuchara.

—Es que, *Arthur* —empezó Buck—, pensamos que eres un tío guay y queríamos que vinieras con nosotros.

—¿En serio? —se le iluminó la cara.

—Devuélveme el ordenador —era Ema.

Pero la ignoraron. Yo me devanaba los sesos en busca de una salida.

—Pues claro, hombre —Troy tomó el relevo—. ¿No ves que eres la leche?

El Cuchara se subió las gafas con el dedo.

—¿Cómo dices?

—Pues eso, tío, que eres como la leche... pero cuando se agria.

Que apestas, vamos.

Levantó la mano y Buck se la chocó. Los deportistas que había tras ellos se rieron a carcajadas. El Cuchara, en cambio, se quedó con un palmo de narices, como si alguien le hubiera pegado una bofetada.

—Qué ingenioso, tío. Venga, devuélvenos el portátil —dije.

Troy esgrimió una sonrisa burlona y se acercó a mí.

—Olvídame.

—¡En cuanto vaya al baño y tire de la cadena se olvidará de ti! —le gritó el Cuchara con lágrimas en los ojos.

Lo miré e hice una mueca como diciendo: «Venga, tío, no te rebajes».

—¿Quieres que te dé una patada en el culo, Arthur?

—¡Me llamo Cuchara!

—¿Qué?

—Es mi mote: Cuchara. Como el suyo es «Ema»; y el de ese, «Meabragas».

—Pero ¿qué...? —Buck se puso rojo otra vez y se lanzó a por él—. ¡Yo sí que te voy a dar una patada en el culo!

Me interpuse entre ambos.

—¿Por qué no te metes conmigo?

—¿Es que tú también quieres morir?

—No, lo que quiero es que nos devolváis el portátil.

—¿Lo quieres? —me preguntó Troy, que se acercó tanto a mí que pude oler los huevos revueltos que había desayunado. Tenía el portátil en la mano derecha y lo meneaba de arriba abajo—. Pues quítamelo.

Y eso es lo que hice.

Cuando estudiaba artes marciales en el Amazonas, nos centrábamos mucho en cómo desarmar a los rivales. Evidentemente,

me habían dicho mil veces que en una situación real no lo intentara, que era mucho más inteligente salir corriendo. Ahora bien, me enseñaron a hacerlo por si alguna vez no me quedaba más remedio. La clave es el factor sorpresa. Si el tipo sabe que vas a por el arma, es casi imposible que se la quites sin que te hiera antes (a pesar de lo que se ve en las películas de kung-fu).

Pero en este caso, claro está, no había armas y, por tanto, no había peligro. Así que no me lo pensé dos veces. Troy no se lo esperaba, así que tampoco lo sujetaba con mucha fuerza. Fue sencillo. Además, he de reconocer que la genética juega a mi favor en estos casos; el mérito no es mío, me viene de nacimiento. Mi padre tenía un talento natural para los deportes —aunque no le gustaba la faceta competitiva—; mi tío a punto había estado de ser jugador profesional de baloncesto; y mi madre iba camino de serlo, pero en el tenis. Así que me venía por ambas partes: nací con rapidez natural y con una buena coordinación entre las manos y la vista. Por mucho que entrenes o que tus padres te apremien, eso no se aprende.

Por unos instantes, Troy y Buck se quedaron parados. Aproveché para darle el ordenador a Ema, pero sin quitarle ojo de encima al adversario —otra lección bien aprendida—. Me encaré con ellos y me preparé para lo que pudiera pasar. Porque seguro que pasaba algo. Troy era uno de esos chulitos de los de último curso; y yo, un chaval de segundo, le acababa de dejar en ridículo.

Tío, esta temporada de baloncesto iba a ser muy larga.

—Troy —dijo Ema cuando este estaba a punto de lanzarse a por mí.

—¿¡Qué!?

—Creo que ya sé por qué siempre me estás molestando —y le hizo ojitos con aquellos párpados pintados de negro—. Creo que estás

coladito por mí.

—¡Venga ya! ¡Estás loca!

—Quitarme el ordenador de esa manera... lo has hecho para hablar conmigo —volvió a hacerle ojitos y coqueteó con él—. Rachel Caldwell pasa de ti pero ¿quién sabe?, quizá yo caiga, ¿no? Pues, ¿sabes qué?, ¡que tendría que perder la vista y el olfato para que me parecieras atractivo!

Troy me agarró de las solapas. Fingí que me temblaban las piernas, como si tuviera miedo.

—Bolitar, es mejor que te quites de en medio. ¿Me has oído?

—Oye —respondí al tiempo que levantaba las manos como si me rindiera—, que ha sido tu amigo el que ha venido aquí a ligar con Ema.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Sin dejar de agarrarme de la camisa con una mano, retrasó la otra como si estuviera a punto de lanzarle una bola a un bateador. Era un movimiento clásico que, probablemente, le funcionaba muy bien cuando abusaba de chicos como el Cuchara. Pero también era un movimiento estúpido. La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Y tienes que ir directo a por las zonas más débiles, como la nariz, la garganta, la entrepierna o los ojos. Pero nunca, nunca, te recreas en la suerte para pegar un puñetazo.

Había varias cosas que podía hacer en aquellos instantes, pero elegí la que menos daños fuera a causar. Le inmovilicé con el antebrazo la mano con la que me agarraba de la camisa, le cogí de los dedos y giré hacia la derecha, con lo que hice que levantara una pierna y perdiera el equilibrio ligeramente. La última parte de la llave —todo esto había durado menos de un segundo— consistía en hacerle un barrido a la pierna que quedaba apoyada en el suelo.

Se fue directo al suelo.

No sabía qué podía pasar a continuación si el tío era tan tonto como para levantarse o golpearme en las piernas, pero estaba preparado.

—¡Eh, ¿qué está pasando?! —era la señora Owens. Solté a Troy. Se puso en pie de un salto con la poca dignidad que le quedaba y me lanzó una mirada como diciendo: «Has tenido suerte, estaba a punto de patearte el culo». No se la mantuve—. He preguntado que qué está pasando.

Todo el mundo murmuró «Nada, nada» y Troy, Buck y sus compinches se desvanecieron. La señora Owens se me quedó mirando fijamente unos instantes y, después, también se marchó.

Ema se puso a mi lado.

—Pelearse con uno de los alumnos de último año más populares; cabrear a una profesora y al jefe de policía del pueblo; y ser amigo de dos de los alumnos más marginados —me dio una palmada en la espalda—. Vaya... menuda entrada que has hecho en el instituto.

Aún teníamos algo de tiempo antes de que sonara el timbre, así que nos inclinamos sobre el portátil de Ema. Hizo doble «clic» en el icono del vídeo. El pasillo B del instituto apareció en la pantalla. Esperaba que la imagen fuera mala o en blanco y negro, pero parecía alta definición. Ema pinchó el «Play» y en las imágenes apareció un hombre. No era profesor. No era estudiante. No era de mantenimiento. No; parecía un pandillero. Llevaba una camiseta sin mangas, unos vaqueros caídos y barba de tres días. Al cuello llevaba varias cadenas de oro; y en la mano derecha, una palanca. Y tenía un tatuaje en la cara.

—... Un tatuaje en la cara —y miré al Cuchara—. ¿No dijo la señora Kent que el hombre que había entrado en su casa tenía un

tatuaje en la cara?

Asintió.

—Tiene que ser el mismo.

¿Qué tendría que ver este pandillero con Ashley?

El vídeo no tenía sonido y el silencio resultaba abrumador. «Cara Tatuada» se paró delante de la taquilla de Ashley y la forzó con la palanca. Se apartó, abrió la puerta y miró dentro. Incluso sin sonido, era evidente su cabreo y que, posiblemente, estuviera soltando sapos y culebras por la boca. La taquilla estaba vacía.

Al rato, se marchó.

—Eso es todo —dijo el Cuchara.

Ema paró el vídeo.

—¿Y ahora, qué? —dije—. ¿Se lo enseñamos a la policía?

—Estarás de broma —soltó el Cuchara mientras se subía las gafas con el dedo.

—Es posible que este tipo sea el que entró en casa de los Kent... y tenemos un vídeo con su cara.

—Un vídeo que he robado del instituto. ¿Cómo explicamos eso? Además, no confío en la poli —se giró hacia Ema, sacó pecho y le dijo—: Tengo ficha policial, ¿sabes? ¿Es verdad eso de que a las pavitas os gustan los hombres peligrosos?

—Los *hombres*, puede —le respondió—. Pero tiene razón, Mickey, no podemos ir a la poli. Para empezar, meteríamos en un problema al Cuchara pero, es que, además, parece que no recuerdes quién es el jefe de policía.

El padre de Troy; el jefe Taylor. Tío, se me había olvidado. Y no es solo que yo tuviera un problema con el clan de los Taylor... sino que, por lo visto, mi tío también lo tenía.

—Vale, pues nada de policía. Entonces, ¿qué hacemos?

Ema volvió a poner el vídeo. Pinchó un botón y la grabación

empezó a avanzar hacia atrás a cámara lenta. La paró en un momento en el que a Cara Tatuada se le veía bien el lado de la cara en el que tenía el tatuaje y acercó la imagen para que la viéramos bien.

—Tengo una idea, pero está pillada por los pelos.

Tanto el Cuchara como yo le apremiamos para que lo soltara.

—Conozco a un tipo. Un tatuador que se llama Agente. Es el tipo que me tatúa.

—¿Y? —no entendía adónde quería llegar.

—La comunidad de tatuadores es muy pequeña. Todos se conocen entre sí. Estos tipos son artistas y el tatuaje de este macarra parece un trabajo muy particular. Quizá, si le enseñamos una fotografía a Agente, pueda decirnos quién ha hecho el tatuaje.

Miré al Cuchara, que asintió lentamente para expresar que le gustaba la idea.

—Pues vale, hagámoslo —dije.

—Hay un problema —anunció Ema—. No hay transporte público para llegar allí y está muy lejos como para ir andando. Tendría que llevarnos alguien.

—No os preocupéis por eso —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ema con el cejo fruncido.

—Os llevaré en coche.

—Pero si no tienes dieciséis años.

—Tampoco os preocupéis por eso.

Y, justo en ese momento, sonó el timbre.

La señora Friedman tenía una sorpresa para nosotros en clase de Historia.

—Vamos a hacer un trabajo sobre la Revolución Francesa por

parejas, así que poneos de dos en dos.

No conocía a nadie en esta asignatura, así que imaginé que me tocaría esperar hasta que quedara alguien desparejado. Todos empezaron a moverse de un lado para el otro frenéticamente, juntándose con sus amigos por miedo a quedarse solos. Todos, excepto Rachel Caldwell, que me miraba y sonreía. A pesar de estar sentado, sentí que me flojeaban las rodillas. La gente le daba golpecitos en el hombro a Rachel, la llamaban por su nombre o intentaban atraer su atención como fuera. Pero ella los ignoraba y no apartaba sus ojos de los míos.

—¿Y? —me espetó.

—¿«¿Y?» qué? —y yo venga a soltar comentarios ingeniosos.

—Que si quieres que hagamos juntos el trabajo.

—Claro.

La señora Friedman empezó a dar palmas para que le prestáramos atención.

—Muy bien, chicos, si ya tenéis compañero, sentaos juntos, que voy a explicaros en qué consiste el trabajo.

Me levanté y cogí la silla, pero me quedé parado... un poco cortado, pero Rachel me hizo sitio y me indicó que me sentara a su lado. Y así lo hice. Olía a... a... a chicas guapas. Empecé a sentir calor. Le prestaba toda su atención a la profesora y tomaba muchos apuntes. Su cuaderno no tenía ni un tachón. Yo intentaba prestar atención —la señora Friedman nos estaba dando las pautas del trabajo— pero sus palabras se me esfumaban como si fueran humo.

Cuando sonó el timbre, Rachel se dirigió a mí.

—¿Cuándo quieres que quedemos?

—Cuanto antes.

—¿Te parece hoy, después del instituto?

Recordé que esa tarde iba a visitar a Agente, el tatuador.

—Después del insti no puedo. ¿Te parece esta noche?

—Parece una cita. Pues me llamas, ¿vale?

—Sí, claro.

Se quedó esperando; yo no sabía a qué.

—No tienes mi número.

—Ah, claro.

—Y es probable que lo necesites para llamarme, ¿no te parece?

—Buena observación —dije mientras asentía con cara de interés.

—Déjame tu teléfono —dijo entre risas.

Le di el móvil sin preguntar para qué lo quería. Escribió algo en él y me lo devolvió.

—Ya lo tienes.

—Gracias.

—Luego hablamos —y se puso de pie para marcharse.

—Adiós.

Cinco minutos después estaba sentado con Ema en una de las mesas del comedor. Me estudiaba.

—¿Y esa sonrisita de gilipollas?

—¿Qué sonrisita?

Dejó los ojos en blanco.

—He llamado a Agente y he quedado con él esta tarde.

—Genial. Por cierto, ni siquiera has cumplido los quince, ¿verdad?

—¿Y?

—¿Cómo es que llevas tatuajes? Pensaba que había que tener dieciocho años.

—Si tienes el permiso de tus padres, no.

—¿Y cómo lo conseguiste, tía?

—No te preocupes por eso —dijo un tanto seca—. ¿Cómo nos vas a llevar tú en coche si no tienes carné?

—No te preocupes por eso —e imité su tono.

Le dio un mordisco a su bocadillo vegetal, acabó de masticar e intentó que su comentario pareciese desenfadado:

—¿Qué tal el viaje a Los Ángeles?

—Bien, pero vi a nuestro amigo de la casa de la Murciélago después de que te marchases por la noche.

Le conté lo que había sucedido. Sabía escuchar tan bien que me resultaba muy sencillo hablar con ella. Era como si el resto del mundo desapareciera. No es solo que te demostrase que le importaba lo que decías, sino que hacía que lo sintieras.

Cuando acabé, dijo:

—Tenemos que volver a casa de la Murciélago.

—El calvo dijo que no...

—También te dijo que no se lo contaras a nadie, ¿verdad?

—Verdad.

—Y aun así me lo has contado.

—Sí, bueno... lo que dijo es que no le contase a nadie que existían; pero tú ya lo sabías.

—Me encanta cómo encuentras las fisuras legales —y sonrió.

En ese momento llegó el Cuchara y dejó caer su bandeja junto a la nuestra.

—Cada día se construyen doscientas celdas en Estados Unidos y no quiero que una de ellas lleve mi nombre.

—Ya hemos quedado en que no vamos a ir a la poli.

Se sentó y empezó a comer. Dos minutos después musitó: «Oh, Dios mío» y abrió los ojos como platos, como si acabase de ver a la Muerte. Me giré para ver qué era lo que miraba y vi que Rachel Caldwell venía hacia nosotros. Traía un plato con galletas.

—Hola, chicos —dijo con una sonrisa deslumbrante. Era una sonrisa que te zarandeaba con violencia y, después, te dejaba caer en la silla.

Ema puso caras y cruzó los brazos.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó el Cuchara.

—Qué mono —respondió ella tras soltar una risotada.

Al Cuchara estaba a punto de darle un soponcio.

—No quería molestaros, pero las animadoras hemos organizado una venta de dulces para recaudar fondos... Qué tontería, ¿no?

—Ya te digo —soltó Ema, que aún no había descruzado los brazos. Le lancé una mirada asesina.

—Bueno, da igual. La cuestión es que no me han quedado muy bien las galletas y nadie me las ha comprado. Y he pensado que antes de tirarlas...

—Gracias —dije.

Las dejó en la mesa y se alejó tímidamente.

—La futura exseñora de Cuchara —dijo el Cuchara, pero se quedó pensativo y añadió—: Bueno, aunque ella sería la señora Tenedor, ¿no creéis? Tengo que pensarlo.

—Sí, hazlo —y cogí una galleta con pepitas de chocolate y le di un mordisco—. Pues no están malas.

Ema puso los ojos en blanco.

—Cómo no te van a gustar sus galletas. Podrían estar hechas con polvos de talco en vez de con harina y tener virutas de madera, que te gustarían igualmente.

—No, de verdad, prueba una.

—Paso.

—¿Sabes? —le dije mientras masticaba la galleta, un poco seca, y me preguntaba qué podía beber para que me pasara por la garganta —, que no te caiga bien alguien por su aspecto es de gente superficial.

Volvió a poner los ojos en blanco, pero aún más rato.

—Claro, claro. No sabes lo mal que me siento. Seguro que Rachel

se ha quedado hecha polvo.

—Pues a mí me parece maja.

—Estoy sorprendida —y nos miró—. ¿Sabíais que antes salía con vuestro amiguito Troy?

—Pero ya no, ¿verdad? —y le guiñé el ojo.

Puso los ojos en blanco una vez más y soltó:

—El que habla de superficiales. ¿La animadora buenorra que sale con el capitán del equipo de baloncesto? De ahí solo se puede extraer una conclusión.

—Tiene razón —dijo el Cuchara mientras me miraba con aire de solemnidad y me ponía una mano en el hombro—. Tienes que encontrar la manera de que te nombren capitán del equipo de baloncesto.

CAPÍTULO DOCE

Después del instituto, el Cuchara, Ema y yo fuimos andando hasta la casa de mi tío. Cogí las llaves del Ford Taurus de la cocina y nos subimos al coche. Recordé cuando mi padre me enseñó a conducir. Estábamos en Sudáfrica, con un coche de cambio manual. Yo no paraba de ahogar el motor. Y papá no paraba de reírse y de decirme: «Ve soltando el embrague poco a poco mientras pisas el acelerador suavemente», pero a mí no me salía. Acababa de cumplir los catorce. Cuando viajábamos a lugares remotos del planeta, usábamos identidades falsas. Ahora mismo, el carné de identidad que llevaba en el bolsillo decía que me llamaba Robert Johnson. Papá decía que lo mejor era usar nombres comunes, nombres que los demás no fueran a recordar o que, en caso de inspección, diese tantos resultados posibles que el inspector se sintiera abrumado. Robert Johnson tenía veintiún años —vamos, que era siete años mayor que yo—, y aunque todavía tengo cara de niño, cuando eres tan alto das el pego.

Los carnés de identidad eran impecables —no me preguntes cómo es posible—. Solía preguntarle a mi padre por qué los necesitábamos, pero siempre me contestaba de forma un tanto vaga.

—Por el trabajo que tenemos... solemos granjearnos enemigos.

—¿Pero no ayudamos a la gente?

—Así es.

—Entonces, ¿cómo es posible que tengamos enemigos?

—Cuando rescatas a alguien, normalmente lo estás rescatando *de otro* alguien —miró a lo lejos y se mordió el labio inferior—. Que tú estés haciendo el bien suele deberse a que hay otros que están haciendo el mal. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Y los que están haciendo el mal no tienen miedo de hacerle daño a todo aquel que interfiera en sus planes.

Qué ironía, ¿no? Mi padre se dedicaba a la ayuda humanitaria, enfrentándose a la voluntad de déspotas y dictadores en las *junglas* más peligrosas y azotadas por la guerra... pero cuando se instala en Estados Unidos, un lugar básicamente pacífico, muere en un accidente de coche mientras me llevaba a un partido de baloncesto.

Era difícil no sentir ira.

Pensé en lo que me había dicho la Murciélago, eso de que mi padre seguía vivo. Quizá todo esto fuera por eso —lo de encontrar a Ashley, lo del calvo y lo de la Murciélago—. Quizá estaba haciendo todo esto por si había una probabilidad, por pequeña que fuera, de que la anciana tuviera razón. De que fuera verdad.

—A la derecha —me indicó Ema—. Está en la Ruta 46.

Nada más llegar, el Cuchara empezó a reírse.

—¿Qué pasa? —le preguntó Emma.

—El nombre del sitio.

—¿Qué le pasa?

—Tatus Mientras Esperas. ¿Pero qué nombre es ese? *¿Mientras esperas?* Es decir, ¿cómo te los vas a hacer si no? ¿Te arrancas el brazo y le dices al tío: «Hazme una serpiente en el hombro, que

mañana vengo a por el brazo»? Pues claro que esperas —y siguió riéndose solo.

—Será mejor que se quede en el coche —me dijo Ema.

Asentí y el Cuchara accedió a «vigilar».

Cuando entré en el salón, me quedé sorprendido: «Qué limpio». Esperaba un lugar mugriento lleno de polvo; pero el sitio estaba más esterilizado que un quirófano. Brillaba. Los clientes y los trabajadores iban de *tiradillo*, con vaqueros y camisetas... y llenos de tatuajes y perforaciones. Me sentía como si estuviera en una reunión de la familia de Ema.

—¿Qué hay, Ema? —le dijo la chica de recepción, que tenía la típica imagen de chica motera, y le tendió el puño para que se lo chocara.

Me sorprendió que la conocieran por su mote. Asumí que era ella misma quien se lo había dicho. Me resultaba curioso que le gustara tanto un mote que le había puesto el gilipollas de Troy Taylor.

Agente estaba al fondo. En las paredes había pósteres de dioses hindúes, muchos de ellos en posturas de meditación. El tipo estaba quemando incienso —y el humo me hacía cosquillas en la nariz—, y sonaba una música suave sobre la que se oía la voz de una mujer que no paraba de repetir eso del «So-hum» como un mantra.

Agente acababa de terminar un enorme tatuaje en la espalda: un águila con las alas extendidas de hombro a hombro. El cliente necesitaba dos espejos para vérselo bien; como cuando vas a la peluquería y te muestran la nuca.

—Buen trabajo, Agente —le felicitó el cliente.

Agente juntó las manos como si rezase.

—No lo mojes en dos semanas y no te olvides de darle crema. Ya sabes cómo va.

—Ya te digo.

—Estupendo —Agente esbozó una amplia sonrisa en cuanto nos vio—. ¡Ema!

Se abrazaron.

—Tío, te presento a mi amigo Mickey.

Nos dimos la mano. La estrechaba con fuerza y noté que la tenía llena de callos. Era pelirrojo y llevaba el pelo largo y recogido. La barba también la llevaba larga y se la ataba con una goma de pelo. Evidentemente, estaba lleno de tatuajes y perforaciones.

—Me alegro de conocerte, Mickey —me dijo con gran seriedad.

—Lo mismo digo.

—¿Tenéis alguna foto del tatuaje? —preguntó mientras miraba a Ema, que asintió.

Gracias a la gran calidad del vídeo, Ema había sido capaz de conseguir e imprimir una buena imagen del tatuaje. Le tendió la foto a Agente, que la miró, a lo sumo, dos segundos.

—Eduardo.

—¿Cómo?

—Seguro. Ese tatuaje lo ha hecho Eduardo. Tiene un salón en Newark. ¿Queréis que le llame y le pregunte a quién se lo tatuó?

—¿Crees que te lo dirá?

—Si se lo pido yo, sí —dijo mientras me sonreía—. No somos abogados, Mickey. No existe la confidencialidad tatuador-cliente. Solo existe la confianza. Estás aquí por una razón. El universo fluye por un camino que ha de seguir inevitablemente —«Buenooo...», pensé—. Ema vino a este salón por una razón y acabó por pedirme que fuera su tatuador. Y eso te ha traído a ti aquí. ¿Entiendes?

«No», pensé mientras respondía:

—Claro.

—Además, Ema tiene un espíritu puro, unos *chakras* muy agradables. Si me dice que tenéis que encontrar a este hombre, es

que tenéis que encontrarlo. Así de sencillo.

—Gracias, Agente —dijo Ema, que se había puesto roja.

El tatuador le guiñó el ojo y volví a preguntarme de qué se conocerían y por qué ella tenía tantos tatuajes a su edad. Pero bueno, yo también tenía mis secretos.

—Esperad un momento, que voy a llamar a Eduardo.

«Pues vale», pensé. La mujer seguía cantando eso del «So-hum» y empezaba a crisparme los nervios. Miré por la ventana. El Cuchara seguía dentro del coche.

—Quizá deberíamos haber dejado una ventanilla abierta —bromeó Ema—. Como con los perros.

Sonreí. A nuestro lado había un tipo que se estaba tatuando algo en la muñeca. La aguja le iba perforando la piel. Tenía los ojos fuertemente cerrados pero, aun así, se le escapaban las lágrimas. Pensé en Ashley, con sus perlas y sus jerséis, y me pregunté cómo era posible que, buscando a aquella monada, hubiera acabado en un salón de tatuajes, hablando con un tatuador llamado Agente. ¿Más ironía?

—Toma —Agente le tendió a Ema un pedazo de papel con gran floritura. En él ponía: «Antoine LeMaire». La dirección era de Newark.

—Gracias, tío.

—Sí —añadí—, gracias.

—Os ayudaría en la búsqueda, pero ahora no puedo.

—¿Un cliente? —preguntó Ema.

—Clase de yoga —respondió mientras negaba con la cabeza.

—¿Todavía estás con el *swami* Paul?

—Ya no. El calor del *bikram* chocaba con mi *chakra* rojo. Estaba de mal humor constantemente. Ahora soy *kundalini*. Deberíais probarlo. Tú también, Mickey. Solo tenéis que verme —y extendió los brazos

—, últimamente estoy completamente blanco.

«Buenooo...», pensé otra vez.

Camino de la puerta, Agente me llamó por mi nombre y me di la vuelta.

—Tú también tienes el espíritu puro, como Ema. Tienes buenos centros de energía y equilibrio verdadero. Eres un protector. Cuidas de los demás. Eres su refugio.

—Eh... gracias.

—Y en eso se basa tu sabiduría. Eres consciente de que no sabes nada del hombre al que estás buscando y que, por tanto, deberías tener cuidado de no meter a otros en su espacio —me miró fijamente a los ojos y entendí lo que quería decirme.

—Gracias por la advertencia.

Me hizo una leve reverencia.

—Deberías plantearte el hacerte un tatuaje. Te quedaría bien.

—Creo que no va conmigo.

—Sí... —y esbozó una clara sonrisa de complicidad—, puede que tengas razón.

CAPÍTULO TRECE

—Pon la dirección en el GPS —me dijo Ema cuando subimos al coche.

—No.

—¿Por?

Había entendido la advertencia de Agente —aunque creo que era consciente de ello antes de que él me lo dijera—. Del tal Antoine LeMaire sabía que había entrado en el instituto sin permiso y había forzado la taquilla de Ashley y que había asaltado al doctor Kent en su casa, también en busca de algo. En resumen, que lo más probable es que fuera una persona peligrosa. Yo podía asumir los riesgos porque la cosa iba conmigo, pero no quería que Ema y el Cuchara corrieran ninguno... no fuera a ser que le pasase algo a su —ejem— *chakra* rojo.

—Es tarde. Os voy a llevar a casa.

—... Será broma —dijo Ema.

—No. No pienso ir de noche.

—Pues paremos de camino en una tienda de lámparas —soltó el Cuchara.

—¿Para?

—Para comprarle una de esas lamparitas de bebé a Mickey; que,

por lo visto, le da miedo la oscuridad.

—Sí —sonrió Ema—, el pequeño Mickey necesita una lamparita y una mantita.

La miré y se encogió de hombros, como disculpándose.

—Deja al Cuchara primero.

Y así lo hice. El Cuchara me indicó el camino hasta una casa apareada en las afueras de Kasselton. Había una furgoneta con un logotipo de dos fregonas cruzadas aparcada en el camino al garaje. Vaya tela.

Cuando aparcamos, se abrió la puerta de la casa y aparecieron un hombre y una mujer de unos cuarenta años. El hombre llevaba el uniforme de bedel y la mujer un traje de falda y chaqueta. Él era blanco; ella, negra.

—¡Mamá! ¡Papá!

El Cuchara corrió por el camino y los tres se abrazaron como si acabasen de liberarlo de un secuestro. Ema y yo observamos la escena en silencio. Sentí un pinchacito de envidia... pero el de la responsabilidad fue mucho mayor. Fíjate lo felices que eran. No podía ponerlos en peligro ni a él ni a Ema.

El Cuchara nos señaló. Sus padres nos sonrieron y nos saludaron con la mano. Les devolvimos el saludo.

—Vaya, menuda estampa.

—Ya te digo.

Entraron en casa.

—¿Cuál es el plan?

—Volver a casa —respondí— y buscar información en Internet sobre el tal Antoine LeMaire. Quedamos por la mañana y ponemos en común lo que tengamos.

—Me parece bien —y abrió la puerta para bajarse—. Nos vemos mañana.

—Espera, que te llevo.

—No hace falta.

—¿Vives por aquí?

—Cerca. Hasta mañana.

—Espera.

Pero no esperó. Salió del coche y se puso a caminar por la calle. Pensé en seguirla pero, de pronto, giró a la derecha y desapareció entre los árboles. No quería dejar así el tema y a punto estuve de salir corriendo detrás de ella... pero pensé que si yo tenía derecho a tener secretos, ella también.

Me preocupaba que mi tío estuviera en casa. Sabía que tenía un carné de identidad falso, pero ¿cómo iba a explicar lo del coche? Cuando dio con mi madre y conmigo la primera vez, en aquel parque de caravanas, yo me hacía llamar Robert Johnson y trabajaba en una tienda de material de oficina; pero lo de conducir ilegalmente hasta un salón de tatuajes... bueno, o a donde fuera.

Aparqué en el garaje, cogí algo de comer y fui a mi habitación. Busqué a Antoine LeMaire en Google, pero no encontré nada; ni siquiera una página de Facebook o una cuenta de Twitter. Nada de nada. Metí la dirección en el MapQuest; en la fotografía de satélite que salió, el lugar parecía bastante sórdido. Por lo visto, vivía puerta con puerta con una especie de bar de bailarinas llamado Plan B. Fruncí el ceño y volví a plantearme adónde me estaba llevando la búsqueda de Ashley. Miré la pared, donde estaban los grandes del baloncesto.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Ashley? —les pregunté.

Los pósteres no respondieron.

Oí ruidos en la planta de arriba y, al rato, a mi tío gritando.

—¿¡Mickey!?

—¡Estoy haciendo los deberes! —era una frase mágica para

mantener alejados a los intrusos. Cuando la pronuncias, tus padres te dejan en paz. Funciona mejor que una cruz con un vampiro.

Observé mi mesa y lo que había encima. Mi portátil estaba hecho polvo de tanto viaje. Mi padre lo había comprado hacía tres años, en Perú, y desde entonces había dado la vuelta al mundo varias veces. No tengo nada suyo... porque me enseñó que las cosas son cosas. Mi padre no está en un anillo ni en un reloj. Sus pertenencias no me confortarían. Tal y como me había dicho mi padre: «las "cosas" no dan la felicidad».

Curiosamente, este portátil me resultaba algo personal, más «él» que cualquiera de los objetos más «típicos». Mi padre había pasado mucho tiempo trabajando delante de este portátil. En esta máquina había escrito cartas, desarrollado informes y buscado información. A veces pensaba en cómo se movían sus dedos por el teclado.

Cada uno teníamos nuestra propia carpeta («Papá», «Mamá», «Mickey») y abrí la suya. Ordené los archivos por fecha de apertura. Por unos instantes, me sorprendió ver que uno de ellos se había abierto hacía solo seis semanas, pero entonces me di cuenta de que mi tío había estado registrando el ordenador en busca de pistas acerca de la vida de su hermano.

El último archivo que había abierto (el más reciente) se llamaba «Carta de renuncia». Hice doble «clic» en el documento.

Para el Refugio Abeona.

Querido Juan:

Viejo amigo, te aseguro que renuncio con gran tristeza a mi puesto en esta maravillosa organización. Kitty y yo nunca dejaremos de ser seguidores leales. Creemos fielmente en esta causa, como demuestra todo lo que hemos hecho por ella. Aunque a veces pienso que hemos ganado más nosotros que los propios jóvenes a los que ayudamos. Ya sabes a qué me refiero.

Siempre te estaremos agradecidos.

Desgraciadamente, es hora de que los Bolitar dejen de dar vueltas por el mundo y echen raíces. He conseguido un trabajo en Los Ángeles. A Kitty y a mí nos encanta ir de un lado para el otro, como los nómadas, pero hace mucho tiempo que no paramos y consideramos que Mickey lo necesita. Él no pidió llevar esta vida, y se pasa el tiempo haciendo amigos y perdiéndolos; sin un lugar que considerar su hogar. Necesita normalidad y la posibilidad de perseguir sus ilusiones; especialmente, el baloncesto. Así que tras pensarlo largo y tendido, Kitty y yo hemos decidido asentarnos en una ciudad donde pueda cumplir sus tres últimos años de instituto y, más tarde, ingresar en la universidad.

Después, ¿quién sabe? Yo tampoco pensé jamás que acabaría llevando esta vida. Mi padre siempre me recordaba un proverbio yidis: «Mientras el hombre hace planes, Dios se ríe». A Kitty y a mí nos gustaría volver algún día; aunque soy consciente de que nadie deja realmente el Refugio Abeona. Sé que pido demasiado, pero espero que lo comprendas. Entre tanto, haremos todo lo posible para que esta transición sea sencilla.

Tu hermano,

Brad

Leí la carta dos veces más, con los ojos llenos de lágrimas. Oía ruidos arriba, pero pasé de ellos. Sabía muy bien lo que ponía en la carta. No decía nada de lo que no fuera consciente en su momento. Pero verlo así... expresado tan claramente por mi difunto padre... me atenazaba el corazón.

Sí, me había cansado de estar viajando constantemente. Quería

una vida normal, en una comunidad, un lugar en el que apuntarme al equipo de baloncesto durante toda la temporada, en el que probar mis aptitudes contra verdaderos rivales, hacer amigos que me durasen, ir a un solo colegio y, quizá, entrar en la universidad.

Pues felicidades, Mickey, ya tienes lo que querías.

Pensé en cómo era nuestra vida cuando mi padre escribió aquella carta. Estábamos tan bien... Mamá y papá eran felices y se querían. Ahora, gracias a mis *necesidades*, mi padre estaba muerto y lo único que le importaba a mi madre salía por la punta de una aguja. Y lo cierto —lo mirases por donde lo mirases— es que era culpa mía.

Buen trabajo, Mickey.

Se abrió la puerta del sótano y mi tío preguntó por mí. Me sequé las lágrimas.

—¡Estoy haciendo los deberes!

Su voz adoptó un tono cantarín.

—Han venido a verte.

—¿Qué?

Oí que empezaba a bajar. Y otra vez ese tonito:

—Una damisela quiere verte.

Me di la vuelta. Mi tío estaba al pie de las escaleras con la sonrisa más grande, tontorrona e insustancial que le había visto poner a nadie —jamás—. Detrás de él apareció Rachel Caldwell.

—Hola —saludó.

—... Hola —el doctor Idilio ataca de nuevo.

Mi tío nos sonreía como si fuera el presentador de un concurso de la tele.

—Chicos, ¿queréis que haga palomitas?

—No gracias —dije a todo correr.

—¿Seguro? ¿Y tú, damisela?

¿Damisela?, me quería morir.

—No, gracias, señor Bolitar.

—Llámame Myron.

No se iba; seguía ahí plantado con esa sonrisa de lerdo. Me quedé mirándole, moviendo levemente la cabeza para ver si lo pillaba y se iba. Y lo pillo... pero torpemente:

—Ah. Sí... entiendo. Pues os dejo solos. Vuelvo arriba, ¿no? —e hizo un gesto hacia las escaleras con el pulgar, como si no supiéramos qué significaba «arriba».

—Pues eso —dije cortante para ver si se marchaba ya.

Mi tío, convertido en el tonto de la familia, empezó a subir las escaleras, pero se detuvo, nos miró y añadió:

—Esto... eh... si no os importa... bueno, y aunque os importe, voy a dejar la puerta abierta. No es que no confíe en vosotros, pero creo que a los padres de Rachel les pare...

—¡Vale! —le interrumpí—. Deja la puerta abierta.

—No es que quiera controlaros ni nada de eso... Estoy seguro de que sois adolescentes responsables.

—Gracias, tío —me preguntaba si volverían a avergonzarme tanto alguna vez en la vida—. Adiós.

—Si cambiáis de opinión acerca de las palomitas...

—Serás el primero en saberlo. Adiós.

Finalmente, desapareció escaleras arriba. Miré a Rachel, que ahogaba una risita.

—Siento que mi tío sea tan memo.

—A mí me ha parecido majo. Por cierto, en tu familia, ¿todos medís más de dos metros? Recuérdame que no vuelva a traer zapato plano cuando venga a verte.

Su comentario me hizo reír —quizá demasiado alto— pero me vino bien para soltar los nervios.

—La semana que viene tengo dos exámenes, así que he pensado

que podríamos ir adelantando el trabajo sobre la Revolución Francesa.

—Claro, claro.

Empezó a fijarse en la habitación. En los pósteres de mi tío. En la lámpara de lava de mi tío —sí, sí, tenía una—. En el puf de bolitas de mi tío.

—Qué chula; la habitación.

—Era la de mi tío.

—¿En serio?

—Sí, solo estoy aquí de paso.

—¿De paso de dónde?

—De todos lados.

—Menuda respuesta tan imprecisa...

—Intentaba hacerme el interesante.

—Pues vas a tener que esforzarte más —me gustó la forma en la que lo dijo—. A ver, don Interesante, ¿qué hacías ayer junto a la taquilla de tu novia?

Estuve a punto de decir: «No es mi novia», pero no lo hice.

—Buscaba una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Conoces a Ashley?

—La verdad es que no.

No sabía por dónde seguir. Me observaba con esos ojos azules intensos y profundos de los que no podrías salir jamás si te *caías* dentro (aunque tampoco te importaría).

—Ha debido de dejar el insti, porque hace cosa de una semana que no la veo ni oigo a nadie hablar de ella. No sé adónde habrá ido. ¿Y pensaste que en la taquilla...?

—No sé. Pensé que quizá hubiera alguna pista o algo así.

Parecía que estuviera dándole vueltas al asunto.

—Ashley también es nueva, ¿verdad?

—Sí.

—Quizá se haya mudado.

—... Quizá.

—¿Cómo lo lleváis? —gritó mi tío desde arriba—. ¿Queréis palomitas y zumo de manzana?

¿Zumo de manzana? Rachel me sonrió y me puse rojo como un tomate.

—... ¿Mickey? —mi tío de nuevo.

—¡Estamos haciendo los deberes!

CAPÍTULO CATORCE

Bien entrada la noche, cuando me preparaba para acostarme, recibí un mensaje de Ema: «¿Puedes salir?».

«Sí, ¿qué pasa?».

«El otro día vi algo en el bosque de la Murciélago. Deberíamos investigar».

«¿Ahora?», pensé. Aunque, a decir verdad, nunca habría mejor momento, pues necesitábamos el amparo de la oscuridad para acercarnos al patio sin que nadie nos viera. Me puse un par de sudaderas, cogí una linterna y me encaminé a la puerta. Nada más asir el picaporte, oí una voz a mis espaldas que decía:

—¿Adónde vas?

Era mi tío.

—A la calle.

—Es tarde —dijo tras consultar el reloj de forma exagerada.

—Lo sé.

—Y mañana tienes que ir al insti.

—Gracias por recordármelo —odiaba cuando mi tío jugaba a ser mi padre—. No tardaré mucho.

—Deberías decirme adónde vas.

—Voy a ver a una amiga —dije con la esperanza de que así me

dejase en paz. Pero no hubo suerte.

—¿La tal Rachel que ha estado aquí antes?

—Cuando decidí quedarme, hicimos un trato —tenía que cortar esto de raíz—, parte del cual estipulaba que no te meterías en mis asuntos.

—Pero nunca accedí a dejarte salir de casa a estas horas.

—En cierta medida, sí que lo hiciste. Voy a ver a una amiga, nada más —y salí por la puerta antes de que pudiera rebatirme nada.

Sé que mi tío quería lo mejor para mí pero, joder, no era la persona más indicada para ello. Me encontré con Ema a una manzana de la casa de la Murciélago.

—¿Cómo te dejan salir a estas horas? —le pregunté.

—¿Qué?

—Tienes catorce años y estás en la calle a todas horas. ¿No se enfadan tus padres contigo?

—¿Acaso estás escribiendo mi biografía? —y puso mala cara.

—Huy... qué graciosa.

—Perdona... quizá me he pasado.

—«Escribiendo mi biografía».

—Te gusta, ¿eh? Antes era todavía más graciosa, pero desde que voy contigo he ido a peor.

Nos quedamos observando la casa de la Murciélago. Era casi media noche. Resultaba truculenta. La casa estaba completamente a oscuras excepto por una luz que había en una habitación de la esquina del piso de arriba. Imaginé que sería su habitación. A estas horas, ¿no debería una anciana tener todas las luces apagadas? ¿Qué hacía despierta? La imaginé sola, tumbada en la cama, leyendo o practicando hechizos... o incluso devorando niños pequeños. Tío, se me va la pinza.

—Bueno, ¿qué es lo que querías que investigáramos?

—Cuando me escondí detrás del árbol para que el calvo no me viera, vi algo detrás del garaje.

—¿El qué?

—Pues no lo sé. Parecía un jardín o algo así —se calló, como si estuviera pensando cómo seguir—. Y me pareció ver... —tragó saliva —, me pareció ver una lápida.

La noche era cálida y húmeda pero, de pronto, sentí un escalofrío.

—Pero... ¿una lápida como las de las tumbas?

—No sé... Quizá solamente fuera una piedra. Por eso quería asegurarme.

Estaba de acuerdo. Además, yo quería echarle una ojeada al garaje. Me preguntaba qué haría aquel coche allí. Si solo habían venido a visitar a la Murciélago —cosa que no me entraba en la cabeza—, ¿por qué no dejaron el coche fuera? ¿Por qué tomarse la molestia de aparcarlo en un garaje de dimensiones tan reducidas?

Recordé mi último encuentro con el calvo:

«Mi padre, ¿está vivo?».

«Ya hablaremos».

Ya te digo que iba a hablar; pero, mientras tanto, tampoco me iba a quedar sentado de brazos cruzados. Nos dirigimos hacia el bosque que había detrás de la casa de la Murciélago. No sabíamos qué hacer con las linternas; si las encendíamos, alguien podría ver los haces de luz y llamar a la policía pero, si no lo hacíamos, no veríamos tres en un burro. Decidimos mantenerlas apagadas de momento y encenderlas cuando estuviéramos más cerca.

Las farolas daban la suficiente luz como para que consiguiéramos llegar hasta el linde del bosque. Volvió a sorprenderme lo cerca que estaban los árboles de la casa. Detrás tampoco había ninguna luz

encendida. Avancé agachado hasta la puerta de la cocina.

—Pero ¿qué haces? —me susurró Ema.

Buena pregunta. ¿Qué pretendía, entrar de nuevo en la casa? ¿Y de noche? No. Pero me había sentido atraído hacia la puerta. Me agaché y miré por las ventanas que daban al sótano. Aquello estaba más negro que la boca del lobo. Las cortinas estaban echadas y no se veía nada de nada.

Pensé en la última vez que había estado aquí... dentro de la casa. Pensé en aquella vieja fotografía; en la mariposa que más tarde había descubierto en el letrero de la tumba de mi padre; en la luz que se había encendido en el sótano mientras estaba dentro. ¿Qué habría allí abajo? Y, sobre todo, ¿qué habría en el piso de arriba, en la habitación donde la luz permanecía encendida?

—¿Mickey?

—¿Dónde está el jardín? —hablábamos en susurros.

—Detrás del garaje. Por aquí.

Nos internamos en el bosque, pero no se veía nada de nada y nos detuvimos. Apenas veía mi mano a un palmo de la nariz. Teníamos que arriesgarnos. Encendí la linterna y enfoqué el suelo. Cuando llegamos al garaje, intenté mirar dentro, pero no había ni una ventana.

—Es aquí detrás.

Miré hacia atrás, a la casa. Desde aquí, parecía que todas las luces estuvieran apagadas. Me pregunté si seguiría encendida la del primer piso. Quizá la Murciélago se hubiera dormido ya. Quizá se hubiera quedado dormida con la luz encendida. O quizá hubiera muerto y por eso la luz seguía encendida. «Qué cosas tienes, Mickey», pensé.

Nos pegamos al garaje y lo bordeamos. Cuando llegamos a la esquina, apunté con la linterna. ¿Pero qué...?

Ema tenía razón: allí había un jardín. No entiendo mucho ni de plantas ni de flores, pero estaba muy bien cuidado y resultaba precioso. Aquí, en mitad de un bosque salvaje y verde, había un vergel colorido y bien cuidado. Ocupaba una zona de unos seis metros por seis, estaba rodeado por una valla de unos treinta centímetros de altura y había un caminito, bordeado por flores, que lo recorría justo por el centro. Y al final del caminito había algo que, efectivamente, parecía una lápida.

Nos quedamos quietos unos instantes. De pronto, me pareció oír música a mis espaldas. Débil. Música rock. Miré a Ema. Ella también la oía. Nos giramos lentamente hacia la casa de la Murciélago. Las luces seguían apagadas... pero era evidente que la música procedía de allí.

Ema volvió a encarar la lápida.

—Imagino que la tumba será para una mascota, ¿no?

—Imagino —respondí rápidamente.

—Vamos a cerciorarnos.

—Vale —me temblaban las piernas, pero decidí abrir la marcha.

Pasamos por encima de la valla, tomamos el caminito y nos detuvimos frente a la lápida. Me agaché. Ema me imitó. La música seguía siendo débil, pero ahora entendí algo de lo que decía la canción:

Amor mío,
Nunca volveremos a ver la luz del día...

Rock. La voz me resultaba familiar; parecía la de Gabriel Wire, de los HorsePower... pero esta canción no la había oído nunca. Pasé del tema y enfoqué la lápida, gris y ajada, con la linterna. Durante unas décimas de segundo tuve la extraña impresión de que iba a ver el

nombre de Ashley escrito en ella; como si alguien la hubiera asesinado y la hubiera enterrado aquí... y aquí terminara mi búsqueda. Solo fueron unas décimas de segundo, pero un fuerte escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Lo primero que vi cuando el haz de luz iluminó la piedra fue que la lápida era antigua y estaba muy ajada. Desde luego, si era para una mascota, el animal había muerto hace mucho tiempo.

Bajé el haz y vi que había una inscripción. Imaginé que sería un epitafio. Lo leí una vez. Luego, otra más... y, aun así, no entendía lo que quería decir:

TRABAJEMOS PARA QUE EL CORAZÓN CREZCA
A MEDIDA QUE ENVEJECEMOS
Y QUE, ASÍ, EL ROBLE EXTIENDA SUS RAMAS
Y SEA MAYOR NUESTRO REFUGIO.

—¿Tú lo entiendes? —me preguntó Ema.

La palabra «refugio» estaba escrita en mayúsculas. ¿A qué se debería? Aquello hizo que me acordara de mi padre y de la carta de renuncia de Abeona. Refugio. ¿Sería coincidencia?

Bajé el haz de luz.

AQUÍ YACE E. S.
ENTREGÓ SU INFANCIA A LOS NIÑOS.

—«Entregó su infancia a los niños» —leyó Ema en alto—. ¿Qué coño querrá decir eso?

—Ni idea.

—¿Y quién será E. S.?

—Puede que fuera su perro —dije mientras ponía cara de no tener ni idea.

—¿Un perro que entregó su infancia a los niños?

Buena observación. Tenía razón; no tenía sentido. Bajé la linterna un poco más, casi hasta el suelo y allí... en letra más pequeña:

A30432.

Se me heló la sangre.

—¿De qué me suena ese número?

—La matrícula del coche negro —le respondí.

—Ah, claro —y frunció el cejo—. ¿Y qué coño hace aquí?

—Quizá sea una fecha —no tenía ni idea.

—¿Una fecha que empieza por «A»?

—Los números... podrían significar «marzo», el día 4 del año 1932.

—¿Tú crees? —dijo incrédula.

La verdad es que no. Estaba desconcertado. Ema rodeó la lápida, alumbrándose con el móvil.

En la casa aún se oía música. Era más de medianoche. ¿Qué anciana escucha música rock después de medianoche? Pues una que aún tiene discos de vinilo, imagino. Y que tiene una tumba en el patio de casa. Una que recibe visitas extrañas de tipos que vienen en un coche negro cuya matrícula coincide con una de las líneas que hay inscritas en la lápida de esa tumba. Una que le dijo a un adolescente que su padre seguía vivo.

—¿Qué es esto? —preguntó Ema.

Volví al mundo real de golpe.

—¿El qué?

—Aquí —señalaba la parte de atrás de la lápida—. Aquí hay algo

más.

Me acerqué despacio, pero ya sabía lo que era. No me preguntes por qué, pero lo sabía. Así que no me sorprendí cuando alumbré con la linterna lo que me señalaba: una mariposa con una especie de ojo en la parte de debajo de las alas.

La música cesó. Justo en el momento en que vi el símbolo de las narices. Sin más. Ema tragó saliva. Luego, me miró y debió de ver algo que la preocupó.

—¿Mickey?

No estaba sorprendido. Ya no. Ahora estaba enfadado. Quería respuestas. Y las iba a conseguir, cayera quien cayese. No iba a esperar a que al «señor Calvo de Negro con el acento británico» se le antojase explicármelo. No iba a esperar a que la Murciélago saliese de su cueva y me soltase otro mensaje críptico. Joder, es que ni siquiera iba a esperar a mañana. Las iba a conseguir ahora mismo.

—¿Mickey?

—Ema, vete a casa.

—Estarás de broma, ¿no?

Me giré sin mirarla y me dirigí a toda prisa hacia la casa. Saqué la cartera y busqué la tarjeta con la que había abierto la puerta el otro día.

—¿Pero adónde vas?

—Voy a entrar.

—No puedes... ¡Mickey!

No me detuve. Estaba decidido a entrar nuevamente en la casa. Iba a descubrir qué había en el sótano; y si tenía que subir las escaleras y entrar en la habitación de la Murciélago para conseguir respuestas, pues lo haría.

—¡Mickey, para!

—No puedo.

Me cogió del brazo y me di la vuelta.

—Espera un momento, ¿vale?

—Esa mariposa, o lo que coño fuera... —y me zafé suavemente de su mano—, está en una fotografía que vi en esa casa. Una fotografía que tendrá cuarenta o cincuenta años. Y también está en el letrero que hay en la tumba de mi padre. No pienso esperar. Quiero respuestas.

Llegué a la puerta de atrás con la tarjeta de crédito en la mano. Pero cuando intenté deslizarla por la ranura como el otro día... nada.

La cerradura era nueva, el pomo era nuevo y había unos refuerzos de acero que el otro día no estaban. Miré a Ema.

—Sí que se han dado prisa, ¿no? ¿Y ahora, qué? —me preguntó.

—Ahora, te vas.

—Me temo que no —dijo tras fingir un bostezo.

—Vale, tú lo has querido —y me encogí de hombros.

Cuando llamé a la puerta, Ema ahogó un grito y dio dos pasos atrás.

No respondió nadie. Pegué la oreja a la puerta para escuchar. Nada. Llamé más fuerte. Nada. Volví a llamar, aún más fuerte y, además, me puse a gritar.

—¡Eh, Murciélago! ¡Abre! ¡Abre ahora mismo!

—¡Mickey! —Ema intentaba detenerme.

La ignoré y empecé a darle patadas a la puerta. Volví a llamar, esta vez a puñetazos. Me daba igual, podían poner todos los refuerzos de acero que les diera la gana; yo iba a entrar e iba a conseguir respuestas.

Justo entonces, recibí un potente cañonazo de luz en el lado. Ya sé que la luz no dispara cañonazos, pero te juro que fue tan repentina y tan brillante que incluso di un paso atrás y me protegí la

cara con las manos como para defenderme de un golpe. Noté cómo Ema, que estaba a mi derecha, salía zumbando.

—¡No te muevas! —dijo una voz.

Y no lo hice, no. Ni siquiera sabía cómo reaccionar. Me pregunté si sería el calvo, pero esta voz no tenía acento británico. Quien fuera, acercó la luz. Oí pasos; eran más de uno: dos o tres.

No apartaban la luz de mi cara e iban acercándose más y más. Cerré los ojos. No sabía si salir corriendo. No sabía quiénes serían. Pero yo era muy rápido. Seguro que podía escapar, ¿no? Pero, entonces, pensé en Ema. Si salía corriendo, puede que decidieran salir tras ella. Y a ella era más sencillo que la alcanzaran. En cambio, si solo se centraban en mí, Ema podría escapar.

—No te muevas —dijo la misma voz; que, ahora, estaba a pocos metros.

Según se acercaba, oí el crepitar de una radio o un *walkie-talkie* y dos hombres hablando. Oí otra radio detrás de él y me apuntaron con otra luz.

—Bueno, bueno... mira lo que tenemos aquí. ¿Otro allanamiento de morada, Mickey?

Ahora reconocía la voz: era el jefe de policía Taylor; el padre de Troy.

—De allanamiento, nada. Estaba llamando.

—Claro, claro. ¿Y esa tarjeta que tienes en la mano?

Oh, oh.

—¿Necesita ayuda, jefe? —otro policía.

—No, lo tengo todo bajo control. Date la vuelta y pon las manos a la espalda.

Hice lo que me pedía. Debería haberlo esperado pero, aun así, me sorprendió el chasquido de las esposas. El policía se acercó un poco más y me susurró:

—Ya me han contado que has aprovechado para pegar a mi chico cuando no miraba.

—Pues se lo han contado mal. Se ha llevado lo que se merecía por meterse con el alumno equivocado.

El jefe Taylor tiró de mis brazos más de lo debido y sentí una punzada de dolor en los hombros. Me llevó hasta la parte de delante de la casa. Allí había dos coches de policía y avanzamos hacia ellos. El hombre abrió la puerta de atrás de uno de ellos y me hizo entrar mientras me ponía la mano en la cabeza para que no me golpeara.

Miré hacia la casa de la Murciélago, hacia la ventana en la que había luz al llegar. De pronto, se abrió la cortina y apareció la anciana. Casi pego un alarido.

Aunque ella estaba lejos y yo dentro del coche, era evidente que me estaba mirando directamente a los ojos. Movía la boca. Repetía lo mismo una y otra vez, como un mantra. La observé mientras el jefe Taylor se subía al coche. La Murciélago quería decirme algo e intenté descifrar de qué se trataba.

El jefe arrancó y se incorporó al tráfico. La anciana empezó a repetir más y más rápido lo que fuera que me decía, como si fuera vital que me enterara. Y entonces me pareció que por fin entendía lo que me estaba diciendo. Pero no podía ser. No podía ser que la Murciélago me estuviera repitiendo una y otra vez, a la desesperada: «Salva a Ashley».

CAPÍTULO QUINCE

Me sacó mi tío. Yo estaba sentado en una celda. El policía que abrió la puerta —de esas con barras— parecía avergonzado, como si no pudiera creer que el jefe Taylor me hubiera metido allí. Mi tío se acercó para abrazarme, pero mi lenguaje corporal debió de advertirle de que no era el movimiento adecuado y me dio una palmada en la espalda.

—Gracias —musité y mi tío asintió.

De camino a la calle, el jefe Taylor nos bloqueó el paso. Mi tío se puso delante de mí. Taylor y él se miraron fijamente durante lo que me pareció una eternidad. Recordé mi primer encuentro con el jefe de policía, en casa de los Kent: «Vaya, pero si eres un sabihondo; como tu tío».

—Ahora que tu sobrino está acompañado de un adulto —dijo finalmente Taylor—, me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Acerca de qué?

No es que el mal rollo entre ambos hombres fuera evidente, es que la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Hace unos días entraron en la casa de los Kent y tu sobrino estaba en las inmediaciones. Queremos interrogarle a ese respecto y por el intento de allanamiento de esta noche.

—*¿Allanamiento?* —dijo mi tío.

—Eso es.

—¿Consideras «allanamiento» que llamara a la puerta y ni siquiera llegara a entrar en la casa?

—He dicho *intento* de allanamiento. Además, ha entrado en una propiedad privada sin permiso.

—Ni mucho menos. Estaba llamando a la puerta.

—No pretenderás explicarme las leyes, ¿verdad?

Mi tío sacudió la cabeza y se encaminó a la puerta. Taylor volvió a interponerse en su camino.

—¿Adónde crees que vas? Te he dicho bien claro que quiero interrogar a tu sobrino.

—No va a hablar contigo.

—¿Quién lo dice?

—Su abogado.

El policía miró a mi tío como si fuera un zurullo de perro.

—Vaya, así que cuando tu carrera baloncestística se fue a la mierda, te convertiste en un sacacuartos, ¿eh?

Mi tío le sonrió.

—Nos vamos.

—Así que quieres que juguemos duro. Entonces, voy a tener que presentar cargos. Igual hasta se queda aquí a pasar la noche.

Mi tío miró en derredor. Había otros dos policías en la puerta y ambos estaban mirando al suelo. No parecía que ellos quisieran jugar muy duro.

—Adelante —dijo mi tío—, el juez se reirá de ti.

—¿De verdad quieres ir por ahí?

«¡No!», pensé.

—Mi sobrino no ha cometido ningún crimen —y se acercó al policía —. Porque sabes lo que es un crimen, ¿verdad, Eddie?

El jefe Taylor —cuyo nombre, por lo visto, era «Eddie»— no dijo nada.

—¿Recuerdas cuando estabas en tercero y lanzaste huevos contra mi casa? ¿Lo recuerdas, Eddie? La policía te detuvo, pero no metió tu culo de idiota en una celda, sino que te llevó a casa. O aquella vez que el jefe Davis te pilló rompiendo botellines de cerveza contra la pared del instituto. Eras un chico duro, ahí, rompiendo botellas... pero solo hasta que llegó el jefe Davis. ¿Recuerdas cómo llorabas cuando...?

—¡Calla!

—... ¿Cuando te amenazaron con meterte en el coche de policía? Mickey, ¿tú, has llorado?

Negué con la cabeza.

—Pues el jefe Taylor lloró. Lloró como un niño de tres años. Lo recuerdo como si fuera ayer. Lloraste...

Taylor estaba tan rojo que parecía que fuera a explotar.

—¡Calla!

Los otros dos policías se reían por lo bajo.

—Pero el jefe Davis te llevó a casa. No te esposó. No intentó vengarse de un pique con tu tío metiéndote en el calabozo; algo que, por otro lado, es un terrible acto de cobardía.

—¿Crees que lo he hecho por eso? —dijo Taylor después de coger aire.

—Estoy seguro —le respondió mi tío tras acercarse un paso hacia él.

—Myron, aléjate.

—¿O?

—¿Quieres que el jefe de policía se convierta en tu enemigo?

—Yo diría que ya lo es —y rodeó al jefe conmigo de la mano y camino de la puerta.

Llegamos al aparcamiento sin decir palabra. Una vez en el coche, mi tío me preguntó:

—¿Has hecho algo ilegal?

—No.

—Me preguntaste acerca de la casa de la Murciélago... y decidiste visitarla por la noche —no dije nada—. ¿Tienes algo que contarme?

—No, ahora mismo no —dije tras meditar un rato.

—De acuerdo.

Y ahí acabó todo. No me preguntó nada más. Arrancó el coche y condujo hasta casa en silencio, cosa que agradecí.

Esa noche, cuando empieza el sueño, mi padre está vivo, tiene un balón en las manos y me sonríe.

—Hola, Mickey.

—¿Papá?

Asiente.

Siento muchísima felicidad. Esperanza. Tanta, que casi me pongo a llorar. Voy corriendo hacia él pero, de repente, ya no está ahí, sino detrás de mí. Me doy la vuelta y corro hacia él de nuevo... pero vuelve a desaparecer. Así, una y otra vez. Entonces empiezo a pensar que quizá esto sea un sueño y que cuando despierte, mi padre volverá a estar muerto. Me embarga el pánico. Corro más rápido, doy un salto y consigo pasarle los brazos alrededor del cuello. Lo abrazo con todas mis fuerzas y, durante unos instantes, me parece tan real que pienso: «No, no, ¡la realidad es esto! ¡Está vivo! ¡No ha muerto!».

Pero, mientras lo pienso, empieza a desvanecerse de entre mis brazos y, detrás de él, veo al conductor de ambulancia del pelo bermejo y los ojos verdes. Me está echando una mirada severa.

—¡No! —grito mientras abrazo a mi padre más fuertemente y

hundo la cara en su pecho. Empiezo a llorar y mojo su camisa azul favorita... pero él sigue desvaneciéndose. Su sonrisa ha desaparecido—. ¡No! —cierro los ojos y lo abrazo aún más fuerte, pero no sirve de nada. Se ha convertido en humo y el sueño se está acabando. Me doy cuenta de que empiezo a recuperar la consciencia —. ¡Por favor, no me dejes!

Cuando desperté, estaba en la habitación del sótano, sudando y jadeando. Me toqué la cara porque aún sentía las lágrimas. Tragué saliva y me levanté de la cama. Me di una ducha y fui al instituto.

Durante la clase de la señora Friedman, Rachel y yo nos dedicamos al trabajo sobre la Revolución Francesa. En un momento dado, me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿pues?

—Es la quinta vez que bostezas.

—Perdón.

—Me vas a crear complejo.

—No es por ti; es que he dormido mal.

Me miró con esos ojos azules y grandes. No tenía ni una marca en la piel. Me daban ganas de acariciarle la cara.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Asentí tímidamente.

—¿Por qué vives con tu tío?

—¿En vez de con mis padres?

—Exacto.

Miré al petulante Robespierre, cuyo retrato de 1794 aparecía en la página por la que tenía abierto el libro que tenía encima del pupitre y me pregunté si sabría lo que me deparaban los próximos meses.

—Mi madre está internada en una clínica de rehabilitación y mi padre está muerto.

—Oh —y se llevó la mano a la boca—. Lo siento mucho, no pretendía inmiscuirme...

Su voz se fue apagando. La miré y esbocé una sonrisa como pude.

—No pasa nada.

—¿Por eso has dormido mal? ¿Has soñado con ellos?

—Con mi padre —me sorprendió que le respondiera.

—¿Puedo preguntarte cómo murió?

—En un accidente de tráfico.

—¿Y has soñado con el accidente?

«¡Pero bueno!», pensé. Pero respondí.

—Yo iba con él.

—¿En el coche?

Asentí.

—¿Sufriste heridas?

Me había roto las costillas y pasé tres semanas en el hospital, pero aquel dolor no era nada comparado con el que se sufre cuando presencias la muerte de tu padre.

—Algunas.

—¿Qué pasó?

Lo recordaba claramente. Íbamos en el coche, riéndonos, con la radio puesta. De pronto, la sacudida del choque, el chasquido del cuello, la sangre, las sirenas. Cuando desperté, estaba atrapado; no podía moverme. Vi cómo el de la ambulancia, de pelo bermejo y ojos verdes, atendía a mi padre, que estaba demasiado quieto. Yo iba en el asiento del copiloto y un bombero intentaba liberarme con las pinzas neumáticas. Entonces, el conductor del pelo bermejo y los ojos verdes me miró. Nunca olvidaré esos ojos, con la pupila rodeada por una corona amarillenta, diciéndome claramente que mi vida nunca volvería a ser igual.

—Bueno, no me lo cuentes —dijo con voz gentil—, somos

compañeros en Historia... eso no quiere decir que tengas que contármelo todo.

Se lo agradecí con una inclinación de cabeza y, justo en ese momento, sonó el timbre. Intenté borrar de mi mente la imagen del conductor del pelo bermejo y los ojos verdes.

Durante la comida, Ema y yo le contamos al Cuchara lo de nuestra visita nocturna a casa de la Murciélago. Parecía ofendido.

—¿Por qué no me llamasteis?

—Eran las dos de la mañana. Pensamos que estarías en la cama.

—¿Yo? ¡Pero si soy todo un trasnochador!

—Si tú lo dices —respondió Ema—. Bueno, ¿a alguien se le ocurre qué puede significar?

—A ver, repetidme el epitafio —dijo el Cuchara con el cejo fruncido.

Ema le tendió el móvil. La noche anterior le había hecho una foto con la cámara de su móvil:

TRABAJEMOS PARA QUE EL CORAZÓN CREZCA
A MEDIDA QUE ENVEJECEMOS
Y QUE, ASÍ, EL ROBLE EXTIENDA SUS RAMAS
Y SEA MAYOR NUESTRO REFUGIO.

—Es una cita de Richard Jefferies —dijo a los dos minutos—, un escritor inglés naturalista del siglo XIX que destaca por las descripciones de la vida rural de Inglaterra en sus ensayos, libros de historia natural y novelas.

Le miramos fijamente.

—¿Qué? Acabo de buscar la cita en Google y de leer su biografía en la Wikipedia. En cambio, no encuentro nada acerca de eso de «Entregó su infancia a los niños» pero, más tarde, puedo hacer más

búsquedas.

—Buena idea —le dije.

—¿Por qué no nos reunimos después del insti y vamos a la biblioteca? —sugirió Ema—. También podríamos ver qué encontramos de la Murciélago.

—Hoy no puedo —respondí.

—¿Y eso?

—Tengo partido de baloncesto.

No quería entrar en detalles, porque lo que tenía era un plan. Tenía pensado ir en autobús a Newark, como hacía casi a diario, e incluso jugar un poco con Tyrell y los demás. Después, a sabiendas de que Ema y el Cuchara estaban a salvo en casa, iría a visitar a Antoine LeMaire a la casa que tenía junto al Plan B, el garito ese de *striptease*.

Y eso es lo que hice. En cuanto acabaron las clases, fui andando hasta la parada de autobús de Northfield Avenue y me subí al 164. Luego, puse una foto que tenía de Ashley —vestida con un jersey recatado y luciendo esa sonrisa tímida— como fondo de pantalla del móvil para no perder tiempo si tenía que enseñársela a alguien.

Cuando llegué a la cancha lloviznaba, así que no había venido mucha gente a jugar; entre ellos, Tyrell. Otro chico me dijo que tenía que estudiar para un examen importante del instituto. Empezamos a jugar, pero la lluvia arreció y decidimos dejarlo. En cuanto me cambié, empecé a caminar hacia la casa de Antoine LeMaire siguiendo las indicaciones que había conseguido en Internet.

Cada vez llovía más fuerte, pero me daba igual. Me gusta la lluvia. Nací en una aldea de Chiang Mai, una provincia del norte de Tailandia. Mis padres estaban ayudando a una tribu de las colinas llamada Lisu. El día en que nací, el chamán, el hechicero, el médico, el que actúa de intermediario entre el mundo visible y el mundo

espiritual, le dio a mi padre un listado de cosas que *yo* debía hacer a lo largo de la vida. Una de ellas era «bailar desnudo bajo la lluvia». No sé por qué, pero siempre había sido una de mis preferidas y la había cumplido hacía tiempo. Reconozco que la lluvia me ha gustado desde que tuve uso de razón para comprender lo que ponía en la lista.

Cuando llegué al lugar, me quedé de piedra porque el tipo no vivía al lado del Plan B... ¡la dirección era la del propio Plan B! Miré a ver si había alguna casa en la planta de arriba, pero allí solo había una entrada: la del garito de bailarinas exóticas. La entrada, en la que había un negro gigantón, estaba rodeada con un cordón de terciopelo deshilachado y cubierta por un toldo rosa que tenía toda la pinta de haber sido rojo en su momento. En el toldo se dibujaba la silueta de una mujer voluptuosa. La puerta era de cristal oscuro y tenía un rótulo descolorido: 50 BAILARINAS EXÓTICAS PRECIOSAS Y DOS FEAS DE COJONES. Qué gracioso.

El gigantón —un gorila en toda regla— me miró con mala cara y señaló otro de los rótulos descoloridos: PROHIBIDA LA ENTRADA A MENORES DE 21 AÑOS. Iba a preguntarle si conocía a Antoine LeMaire pero, justo antes de abrir la boca, me pareció una mala opción. Saqué de la cartera el carné de identidad falso de Robert Johnson en el que ponía que tenía veintiún años. Lo miró. Me miró. Probablemente fuera consciente de que era falso, pero le dio lo mismo. Eran las cinco de la tarde y el negocio ya era un hervidero; entraban y salían hombres por oleadas. Los había de todo tipo: con vaqueros y camisa de franela, con zapatillas de deporte o con botas de trabajo, con traje y corbata y zapatos brillantes. Algunos le chocaban el puño al gorila al entrar.

—Son treinta pavos.

¿¡Qué!?

—¿Treinta dólares solo por entrar?

—Incluye el bufé. Hoy hay comida mexicana.

Puse cara rara, pero me dejó pasar. Empujé la puerta y me recibieron las tinieblas. Esperé unos segundos a que mis ojos se adaptasen a la escasa luz. A un lado había una cajera en bikini, una *mujer* que parecía que tuviera mi edad. Le di los treinta dólares y me tendió un plato sin apenas mirarme.

—Para el bufé. Por ahí —y señaló una cortina que había a la derecha.

Miré el plato. Era blanco y tenía serigrafiada la misma mujer voluptuosa del toldo de afuera junto con un eslogan de lo más previsible: «Plan B, por si te falla el plan A».

Tenía la boca seca. Avanzaba vacilante. Tengo que confesarte que estaba nerviosísimo, sí... pero también sentía curiosidad. Jamás había estado en un lugar como este. Sabía que tenía que sobreponerme y comportarme de manera madura pero, en parte, me sentía muy travieso y excitado.

La música, machacona, estaba alta. Lo primero con lo que me topé fue una de esas máquinas automáticas que dan cambio (billetes de cinco, diez y veinte). Parecía que fuera para las propinas de las bailarinas. Los hombres se sentaban en una barra que era, al mismo tiempo, un escenario. En general, bebían cerveza mientras las mujeres bailaban con unos zapatos de tacón de aguja tan altos que parecían zancos. Intenté no quedarme mirando como tonto. Algunas de las bailarinas eran muy guapas; pero otras, no. Se *trabajaban* a los clientes para que les dejasen propina. Había un letrero en el que ponía: PROHIBIDO TOCAR A LAS CHICAS. SI TOCAS, TE VAS. Aun así, los hombres les metían billetes en el tanga sin vacilar.

El bufé estaba tras de mí. Eché una ojeada. Las tortitas eran Doritos y la carne picada estaba marinada en tanta grasa de cerdo

que parecía que estuviera revestida de gelatina. En aquella penumbra era difícil decir si el lugar estaba sucio pero, desde luego, lo parecía. No es que yo fuera un maniático de la limpieza, pero incluso sin la advertencia del letrero... te aseguro que no habría *tocado* nada.

¿Y ahora, qué? Vi unos taburetes libres en una esquina alejada. A los pocos segundos de sentarme se me acercaron dos mujeres. La del escote de vértigo y el pelo teñido de rojo fuego se deslizaba. No sabría decirte qué edad tenía. Podría haber sido una veinteañera cascada, una treintañera maciza o una cuarentona buenorra. Me incliné porque fuera una veinteañera. La otra mujer era la camarera.

La del pelo rojo se sentó y me sonrió. Hizo todo lo posible para que pareciera que me sonreía de corazón, pero era evidente que fingía —parecía que la llevase pintada o que fuera de plástico—. Era, al mismo tiempo, la sonrisa más amplia y más triste que había visto jamás.

—Me llamo Candy.

—Yo soy M... Bob.

—¿Seguro?

—Claro. Bob.

—Qué monada.

—Gracias —como verás, incluso cuando estoy nervioso, cuando estoy en un lugar así, no dejo de soltar frases de lo más ingeniosas.

La mujer se inclinó hasta que el interior de su escote quedó a la vista.

—¿Me invitas a algo?

—¿Qué? Ah... sí, sí, claro.

—¿Es la primera vez que vienes?

—Sí. Acabo de cumplir los veintiuno.

—Qué monada. Pues, ¿sabes?, lo normal es que me invites a una

copa y tú te tomes otra. Podríamos compartir una botella de champán.

—¿Cuánto cuesta?

La sonrisa de la mujer tembló levemente tras mi pregunta.

—Trescientos dólares más la propina —me respondió la camarera.

Menos mal que estaba sentado, porque si no me habría caído de culo.

—Esto... ¿y qué te parece si nos tomamos una Coca-Cola light? ¿Eso, cuánto cuesta?

La sonrisa de la mujer desapareció sin dejar rastro. Era evidente que ya no le parecía una «monada».

—Veinte dólares más la propina.

Me iba a quedar sin blanca, pero asentí. La camarera se fue y nos dejó a solas. Candy me estudió unos instantes y, al rato, me preguntó:

—¿A qué has venido?

—¿Cómo dices?

—Si realmente acabaras de cumplir veintiún años, habrías venido con amigos. Ni siquiera parece que quieras estar aquí. ¿A qué has venido?

A hacer puñetas lo de ir de incógnito. Aunque quizá así fuera mejor.

—Estoy buscando a una persona.

—Pues como todos, ¿no?

—¿Cómo dices?

—¿Y a quién buscas, monada? —dijo tras sacudir la cabeza de lado a lado.

—A un hombre llamado Antoine LeMaire. ¿Lo conoces?

—Tengo que irme —se había quedado pálida y el terror se había dibujado en su mirada.

—Espera —y la cogí del brazo. Se zafó rápidamente y con fuerza y, en ese instante, recordé lo de «Si tocas, te vas».

Me quedé allí sentado, sin saber muy bien qué hacer. Desafortunadamente, alguien había decidido por mí. El gigantón de la entrada se aproximaba a buen paso. Saqué el móvil para llamar a alguien —a quien fuera— y que hubiera algún testigo... pero no tenía cobertura. Genial.

—A ver, enséñame el carné otra vez —dijo tras inclinarse sobre mí como un eclipse lunar.

Busqué en el bolsillo y se lo tendí.

—No parece que tengas esta edad.

—Eso es porque está muy oscuro. Afuera, con luz, me has dejado pasar, así que ha debido de parecerte que los tengo.

—¿A qué has venido?

—¿A pasarlo bien?

—Acompáñame.

No tenía mucho sentido discutir con alguien así. A unos metros de él habían aparecido otros dos matones y ni en el mejor de los casos conseguiría zafarme de los tres —quizá ni siquiera del primero—. Así que me puse de pie con las piernas temblorosas y le acompañé a la salida. La visita había fracasado. Era evidente que el tal Antoine LeMaire paraba por aquí. La simple mención de su nombre ponía a la gente en movimiento. Bueno, pues volvería a casa y nos reagruparíamos...

La mano del gigantón me cogió del hombro cuando enfilaba la puerta de salida.

—No tan rápido. Por aquí.

Oh, oh.

Sin soltarme, me guio por un pasillo muy largo. Los otros dos gorilas venían detrás. Aquello no me gustaba. En las paredes había

pósteres de bailarinas exóticas. Dejamos atrás los servicios y dos puertas más y giramos a la izquierda. Al final del pasillo había otra puerta y nos detuvimos delante de ella. Aquello no me gustaba nada.

—Quiero irme.

El gorila no respondió. Sacó una llave y abrió la puerta. Me empujó adentro y la cerró tras de sí. Estábamos en una especie de despacho. Había una mesa y más pósteres de chicas semidesnudas en las paredes.

—Quiero irme.

—Quizá más tarde.

¿Quizá?

Se abrió la puerta que había detrás de la mesa y entró un hombre bajito y nervudo. Vestía una camisa de manga corta y tela brillante que llevaba desabotonada hasta el ombligo, por la que se podía ver un montón de cadenas de oro de lo más chabacanas que le colgaban del cuello. Sus manos eran huesudas, pero fuertes. ¿Alguna vez te ha dado miedo alguien con solo mirarlo? Pues este era uno de esos tipos. Hasta el gigantón, que le sacaba una cabeza y debía pesar unos cincuenta kilos más, dio un paso atrás. Se hizo el silencio.

El hombre bajito y nervudo tenía cara de comadreja y ojos de... ¿cómo decirlo?... de loco. Sé que no se debe juzgar a la gente por su apariencia, pero hasta un ciego vería que este tipo era chungo. Muy chungo.

—Hola —me dijo—. Me llamo Buddy Ray ¿y tú? —tenía una ligera tara en la dicción.

—Robert Johnson —dije después de tragar saliva.

Buddy Ray tenía una sonrisita tenebrosa que haría que un niño pequeño saliese corriendo en busca de su mamá.

—Me alegro de conocerte, Robert.

Buddy Ray —no sabría decirte si eran dos nombres de pila o un nombre y un apellido— me miró de arriba abajo como si fuera una chocolatina. El tipo no estaba fino, eso era evidente. No paraba de lamerse los labios. Me arriesgué a mirar al gorila; hasta él parecía nervioso en su presencia.

Se acercó y me embargó un aroma a colonia barata que no podía esconder el olor acre a sudor del hombre. Dicho olor le precedía, como si estuviera paseando a un perro —a un dóberman—. Se detuvo delante de mí, a unos quince centímetros. Aguanté la respiración e hice lo imposible por no echarme para atrás. Me daba miedo. El gorila retrocedió otro paso.

El tipo estiró el cuello y volvió a sonreír. Luego, sin previo aviso, me pegó un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas. Me doblé, sin aire, e hinqué las rodillas en tierra. Intentaba respirar, pero no podía; era como si una mano gigante me estuviera metiendo la cabeza debajo del agua. No podía respirar. Mi cuerpo pedía oxígeno a la desesperada, una sola bocanada... pero nada. Me dejé caer al suelo y me quedé en posición fetal.

Buddy Ray me miraba desde allí arriba. Sus ojos de loco se habían encendido como en un videojuego. Hablaba con suavidad:

—Cuéntame todo lo que sepas de Antoine LeMaire.

Tragué saliva; pero, de aire, nada. Me dolían los pulmones.

Buddy Ray me pegó una patada en las costillas con la punta de sus botas de vaquero. Rodé sobre mí mismo sin apenas sentir dolor porque aún no había sido capaz de respirar... y eso era lo único en lo que podía pensar: en respirar. Cada célula de mi cuerpo pedía oxígeno como loca. Necesitaba tiempo para respirar, aunque fuera una sola vez.

—Derrick, levántalo —dijo tras mirar al gorila.

—No es más que un niño, Buddy Ray.

—Levántalo.

Aire. Por fin conseguía respirar. Las grandes manos de Derrick me cogieron de la camisa a la altura de los hombros. Me levantó como si fuera una pluma.

—Cógele de los brazos.

Me dio la impresión de que Derrick no lo aprobaba pero, igualmente, hizo lo que le ordenaba. Pasó sus enormes brazos alrededor de los míos; tiró de ellos de manera que mi pecho y mi estómago quedasen completamente expuestos; y apretó, para que no pudiera moverme. Se me iban a salir los tendones de los hombros. Buddy Ray seguía lamiéndose los labios, disfrutando de la situación.

—Por favor... —dije en cuanto pude reunir el suficiente aire como para hablar—. No conozco a Antoine LeMaire. Yo también lo estoy buscando.

Buddy Ray me estudió.

—¿Realmente te llamas Robert Johnson?

No sabía qué contestar. Rebuscó en mis bolsillos y sacó el móvil.

—Seguro que aquí encuentro tu verdadero nombre y la dirección de tu casa —otra sonrisa—. Así, Derrick y yo iremos a visitarte cada vez que nos apetezca.

Me revolví, pero lo único que conseguí es enfadar al gigantón. Cuando activó el móvil, se quedó de piedra. Me miró lentamente. Le embargaba la ira. Me enseñó la pantalla. Era la foto de Ashley.

—¿Dónde está? —le temblaba el cuerpo como si fuera una olla a presión a punto de explotar.

—No lo sé.

—¡Mientes! —dijo sin apenas levantar la voz—. Dime, ¿dónde está?

—Por eso he venido. La estoy buscando.

—¿Vienes de parte de Antoine?

—No vengo de parte de nadie.

Tomó un par de bocanadas de aire muy profundas. No me gustaba la cara que estaba poniendo. Miró a Derrick.

—Vamos a llevarlo a la mazmorra.

¿A la *mazmorra*?

—No sé, jefe... —hasta el gorila parecía asustado.

Buddy Ray me miró.

—Voy a decirte lo que va a suceder —la tara en la dicción se había exagerado un poco—: voy a pegarte otro puñetazo en las tripas mientras Derrick te sujeta. Pero esta vez te voy a dar mucho más fuerte. Entonces, por mucho que quieras doblarte y tirarte al suelo, Derrick lo va a impedir. Y, si sigues sin hablar... te llevaremos a la mazmorra.

En mi cara se dibujaba el miedo de tal manera que no pudo por menos que sonreír.

—Espera, espera. Que no sé nada, de verdad.

—Puede, pero voy a asegurarme.

Empecé a sacudirme, pero Derrick me tenía sujeto firmemente. Buddy Ray se tomó su tiempo. Disfrutaba del momento. Volvió a lamerse los labios y sacó un puño americano. Me estremecí.

—Buddy Ray, tío... —dijo Derrick.

—Tú, aguántalo y calla.

Se puso el puño y cerró la mano muy despacio. Me lo enseñó como si quisiera que lo examinase antes de que me golpeara con él. No sabía qué hacer. Puse duros los músculos del estómago pero, ¿de qué me iba a servir? Entonces, con esa sonrisa de loco, empezó a echar para atrás el brazo. Estaba a punto de dispararlo contra mí cuando se abrió la puerta por la que había entrado y que tenía a sus

espaldas. En el quicio apareció una bailarina en bikini.

—Buddy Ray...

—¡Fuera!

Ahora o nunca.

Tal y como he explicado ya, había estudiado artes marciales. En la mayoría de estas disciplinas se te enseña a pegar puñetazos, a dar manotazos y patadas, a hacer llaves y a cómo escapar de ellas. Pero en la mayoría de los casos, pelear es cosa de táctica. Hay que distraer, camuflarse, sorprender y aprovechar la sorpresa. La chica que acababa de abrir la puerta había desviado la atención de mí durante unos segundos. Así que era ahora cuando tenía que actuar.

Derrick el gorila aún me tenía fuertemente sujeto, pero casi éramos de la misma altura. Bajé la cabeza hasta casi tocarme el pecho con la barbilla y la eché hacia atrás con todas mis fuerzas. La parte de atrás de mi cráneo le golpeó en la nariz como una bola a un bolo. Oí cómo se quebraba, como cuando pisas un nido seco.

El gigantón pegó un grito y me soltó inmediatamente. No me molesté en rematarlo; no era necesario. Lo importante era que no me quedara quieto. Que no dudara. La bailarina seguía de pie junto a la puerta. Me moví tan rápido como me era posible —antes de que uno reaccionara o el otro se repusiese—. Le quité el móvil de las manos a Buddy Ray, que seguía sorprendido, salté por encima de la mesa y me apresuré hacia la puerta. Sin dudar.

La bailarina estaba en medio. Si era necesario, la atropellaría. Perder un solo segundo podía marcar la diferencia entre conseguir escapar de allí o que me atraparan. No pretendía hacerle daño, pero no había espacio suficiente para pasar. Por suerte para ambos, me vio venir y se apartó a la derecha.

Atravesé la puerta y me encontré en lo que parecía un camerino. Había disfraces, boas y un montón de bailarinas arracimadas frente

al espejo. Creía que se pondrían a chillar o algo así cuando me vieran entrar, pero apenas me prestaron atención.

—¡Detenedle! —era Buddy Ray.

Yo seguí adelante, corriendo por el camerino, salí como alma que lleva el diablo por otra puerta y me encontré... en el escenario.

Los clientes se quedaron sorprendidos. Pero, bueno, yo también lo estaba. Uno de ellos se puso las manos en torno a la boca y gritó: «¡Buuu!». Los demás se unieron a él. A punto estaba de bajar del escenario cuando vi que los otros dos gorilas venían a por mí. Me giré, pero allí estaban Buddy Ray y Derrick, que se tapaba la nariz con la mano para intentar cortar la hemorragia.

Estaba atrapado. Distracción, camuflaje, sorpresa.

Me puse a correr por el escenario y a darles patadas a todas las cervezas a mi paso. Mi plan consistía en crear una distracción... un caos. Las bailarinas que había sobre el escenario empezaron a gritar. Los clientes se apartaban de las botellas y se chocaban unos con otros. La situación no tardaría mucho en explotar: una sala llena de hombres ebrios y frustrados que se estaban gastando muchísimo dinero en algo que, en realidad, era un «plan B» de lo más patético. La testosterona hizo su efecto y empezaron las peleas.

Bajé del escenario dando un salto por encima de un grupo de clientes. Aterricé en uno de ellos, pero rodé sobre mí mismo y no me detuve. Los enfrentamientos entre los feligreses me proporcionaban una muralla que a Buddy Ray y a sus gorilas les estaba costando atravesar. Miré a mi alrededor en busca de la salida. Nada. Buddy Ray y los suyos se acercaban. Estaba atrapado.

—Chist, por aquí.

Lo primero que vi fue su pelo, de color rojo fuego. Era Candy. Estaba agachada debajo de una mesa. Yo también me agaché y empecé a gatear hacia donde estaba.

Alguien me cogió del tobillo, pero le pegué una coz y conseguí zafarme. Gateé más rápido, siguiendo a la mujer. Abrió una portezuela, como una trampilla, y desapareció por ella. La seguí. Cuando acabé de cruzarla, me esperaba de pie y me ayudó a levantarme.

—Por aquí.

Estábamos en una habitación con las paredes pintadas de azul en la que había montones de cojines y un escenario redondo y pequeño justo en el centro. Oí ruidos detrás de nosotros y me apresuré hacia la primera puerta que vi. Candy me paró.

—No. Por ahí se va a la mazmorra. Nunca bajes ahí.

No tuvo que decírmelo dos veces. No tenía ningún interés en visitar ningún lugar al que lo llamasen «la mazmorra», muchas gracias. Le indiqué que me guiara y fue corriendo hasta el otro lado de la habitación y empujó una pesada puerta cortafuegos. ¡Estaba fuera!

Candy me cogió de la mano.

—No trabajarás para Antoine, ¿verdad?

—No —levanté el móvil, lo activé y le dije—: Estoy buscando a esta chica.

Candy tragó saliva. No había duda de que había reconocido a Ashley.

—¿La conoces?

—Era Ashley. Era tan especial... tan inteligente... Era la única amiga que tenía aquí.

¿Era?

—¿Dónde está?

—No va a volver —dijo con un tono de voz tristísimo—. Cuando te subes a la furgoneta de Antoine... desapareces para siempre.

Al otro lado de la portezuela se oía un gran alboroto. Buddy Ray y

sus gorilas no estaban lejos.

—¡Corre! —me apremió Candy.

—Espera. ¿Qué quiere decir eso de que «no va a volver»?

—¡No hay tiempo!

—Tengo que saberlo.

—Antoine LeMaire se la llevó hace meses —dijo la mujer mientras me cogía de la pechera—. La Muerte Blanca. Ya no puedes hacer nada por ella. No va a volver... igual que las demás. Lo único que puedes hacer es salvarte tú.

—Pero si va a mi instituto —dije atónito—. La semana pasada estaba perfectamente.

Candy se quedó asombrada, pero el alboroto del otro lado era cada vez más fuerte.

—¡Corre! —me gritó mientras me empujaba y salía corriendo por el callejón—. ¡Corre y no vuelvas!

Tomé la dirección opuesta, hacia la calle. Corría que me las pelaba y no paré hasta que estuve en la parada del 164. Y, al rato, camino de casa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Mi tío no estaba en casa, cosa que me venía muy bien. Me miré las manos. Aún me temblaban. No sabía qué hacer. No podía contárselo. ¿Qué le iba a decir? «Mira, es que he entrado en un bar de *striptease* con un carné de identidad falso y un tipo llamado Buddy Ray y su gorila me han molido a palos». ¿Y qué más? ¿Quién se lo iba a tragar? No tenía ni una sola marca. Además, seguro que jurarían por lo más sagrado que se limitaron a echarme a la calle en cuanto se dieron cuenta de que mi carné de identidad era falso. No, por ahí no podía tirar.

Las palabras de Candy resonaban en mi cabeza: «Ya no puedes hacer nada por ella. No va a volver... igual que las demás». ¿Qué querría decir exactamente con eso? O con lo de que Antoine LeMaire se había llevado a Ashley meses atrás... con eso de la: «Muerte Blanca». Pero si Ashley había estado en el instituto. La había visto sonreír, reír y ser fascinantemente tímida y... ¿no había dicho Candy que Ashley había sido su única amiga en aquel lugar? ¿Qué estaba pasando?

Lo que estaba claro es que Ashley tenía secretos y que Candy la conocía. Y lo que es peor —mucho peor—: que Buddy Ray también la conocía.

No tenía ni idea de lo que hacer. ¿Qué había sacado en claro? Poca cosa. Por lo visto, la clave del asunto seguía teniéndola el tal Antoine. Tenía que dar con él; lo que me planteaba una serie de preguntas. La más evidente: ¿cómo? Había que descartar la posibilidad de volver al Plan B. Podía vigilar la zona... aunque no creo que aquello fuera a servir de nada. Además, se me planteaba una segunda pregunta: ¿qué iba a hacer cuando diese con él, cuando diese con la Muerte Blanca?

Puse agua a hervir para hacerme algo de pasta. No dejaba de pensar en lo que me había sucedido. Se me escapaba algo, pero no era capaz de descubrir el qué. Pero estaba ahí. Me senté en la cocina, solo. Aún me dolía el estómago del puñetazo. Y seguro que mañana sería peor.

No podía dejar de preocuparme. Cogí el portátil y lo encendí; quería echar otra ojeada a mi colega Antoine LeMaire junto a la taquilla de Ashley. Miré el vídeo: Antoine abre la taquilla, mira dentro, está vacía, se cabrea. Volví a poner el vídeo y entonces me di cuenta de lo que me preocupaba: la taquilla ya estaba vacía para cuando llegaba Antoine.

Seguramente, el tipo tenía la esperanza de encontrar algo en ella pero, fuera lo que fuera, alguien se lo había llevado. Probablemente hubiera sido la propia Ashley... ¿Pero cuándo? Y lo que es más: ¿se vería en el vídeo? ¿Se vería cuándo había sido la última vez que había estado allí? Que hubiera sido ella quien vaciaba la taquilla implicaría que tenía planeado huir, bien porque estaba metida en un asunto turbio con la Muerte Blanca o porque le pasara cualquier otra cosa terrible por haber tenido algo que ver con un garito como el Plan B.

Empecé a pensar que lo lógico es que fuera la propia Ashley quien había vaciado la taquilla antes de darse a la fuga. ¿No?

Llamé al Cuchara, que contestó a la primera. Esperaba que empezara con una de sus disertaciones, pero me sorprendió y no lo hizo.

—¿Has encontrado a Antoine?

—¿Qué?

—Debes de pensar que Ema y yo somos idiotas. A jugar a baloncesto... Sí, claro.

Su comentario me arrancó una sonrisa.

—No, no lo he encontrado.

—¿Y qué ha pasado?

—Mañana te lo cuento. Necesito que me hagas un favor —y le conté lo importante que me parecía saber cuándo había visitado Ashley la taquilla por última vez.

—Mmm. Pero eso no lo sabemos.

—No.

—Y podría haber sido durante las clases.

—Podría.

—Imagino que podríamos hacer que la imagen retrocediera a toda velocidad —dijo tras pensarlo unos instantes— a ver si descubrimos algo. Eso, si consigo entrar de nuevo en la oficina de seguridad.

—¿Te importa intentarlo?

—El peligro me pone —y colgó.

Tres minutos después me llamó Ema.

—¿Ya has cenado?

—Estoy calentando agua para hervir pasta.

—¿Conoces Baumgart's?

Claro; era el restaurante favorito de mi tío.

—Sí.

—Pues nos vemos allí —su tono de voz sonaba un poco raro, diferente al ordinario.

—No he encontrado a Antoine.

—Ya me lo ha contado el Cuchara. Pero no es por eso por lo que quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—He averiguado cosas sobre la tumba.

—¿Y?

—Que aquí pasa algo muy raro, Mickey.

Hace medio siglo, Baumgart's era una charcutería judía que tenía una «fuente de soda» —vamos, que vendía bebidas gaseosas—; uno de esos lugares en los que papá pedía un bocadillo de *pastrami* con pan de centeno mientras los niños estaban sentados frente al mostrador de formica, en taburetes que daban vueltas, y esperaban que les sirvieran una zarzaparrilla. Pero un cocinero chino compró el lugar en la década de los ochenta. En vez de reformarlo, mantuvo la charcutería judía, el estilo de la fuente de soda y añadió platos chinos al menú. La mezcla resultaba interesante. Desde entonces, había abierto otros tres Baumgart's en Nueva Jersey.

Ema estaba sentada en una mesa que hacía esquina, dando cuenta de su batido de chocolate. Me senté con ella y pedí uno igual. La camarera nos preguntó si queríamos algo de comer. Ema pidió fideos de cacahuete —el plato favorito de mi tío— y una cosa llamada «crep de pato crujiente». Yo pedí pollo Kung Pao.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado cuando has ido a por Antoine LeMaire?

—Prefiero que empieces tú.

Removía el batido con la pajita.

—Aún necesito algo de tiempo para ordenar mis pensamientos —le dio un trago a la bebida y se recostó—. Y por cierto, haz el favor de avisarme la próxima vez que quieras jugar al «papá protector».

—Vale.

—No vuelvas a mentirme.

—Tienes razón. Perdona.

—Bueno, ¿qué ha pasado con Antoine?

Le conté cómo había ido mi visita al Plan B. La camarera nos trajo la comida, pero ni siquiera nos dimos cuenta. Cuando acabé, Ema dijo:

—No pienso decir «vaya», porque esto va mucho más allá del «vaya». Es como para un «vaya» con esteroides. Como para un «vaya» elevado a la enésima potencia.

Me llegó el olor del pollo Kung Pao y me di cuenta de golpe de que me moría de hambre. Cogí el tenedor y empecé a comer.

—Entonces... ¿crees que tu remilgada Ashley bailaba en un club de alterne?

Me encogí de hombros mientras masticaba.

—¿Y qué es lo que has descubierto tú sobre la tumba?

—Tiene que ver con la Murciélago —se había puesto un poco pálida.

Esperé a que siguiera hablando, pero dudaba.

—¿Sabes?

—Dime.

—Cuando el jefe Taylor me metió en el coche, vi a la Murciélago en la ventana. Intentaba decirme algo.

Ema abrió los ojos de par en par.

—No podría jurarlo, pero creo que me decía que salvara a Ashley. Sé que no tiene sentido pero, sea lo que sea que sabes, tienes que decírmelo.

Asintió.

—Ya sabíamos que la cita era de Jefferies, ¿verdad?

—Verdad.

—Así que me he centrado en lo otro; en lo de la infancia entregada a los niños.

—¿Y?

—No he encontrado esas palabras como tal, pero he encontrado una página web sobre... —se quedó callada y sacudió la cabeza de lado a lado como si ni siquiera ella misma creyera lo que estaba a punto de decir—, sobre el Holocausto.

Me quedé con el tenedor a medio camino.

—¿Te refieres a lo de los nazis y la Segunda Guerra Mundial?

—Sí.

—No entiendo nada.

—Hacía referencia a una serie de niños judíos que se unieron a la resistencia clandestina polaca. Algunos de los niños que escaparon de los campos de concentración vivían en el bosque. Luchaban contra los nazis en secreto. Niños. También hacían llegar víveres al gueto de Lodz. Y más cosas. A veces, si podían, rescataban a otros niños que iban camino de Auschwitz, el campo de concentración más grande y famoso de los nazis.

La escuchaba con atención. Cogió el batido y le dio un trago largo.

—Sigo sin entender nada. ¿Qué tiene eso que ver con la tumba que hay en el jardín de la Murciélago?

—Habrás oído hablar de Ana Frank, ¿no?

Por supuesto que había oído hablar de ella. No solo había leído *El diario de Ana Frank*, sino que cuando tenía doce años, mis padres me llevaron a la casa de Ámsterdam en la que se escondía de los nazis. Lo que mejor recuerdo: la librería movible con la que se ocultaban las escaleras que subían hasta el ático en el que vivía con su familia; y la cita que hay en su sombrío monumento conmemorativo: «A pesar de todo, sigo creyendo en la bondad innata del hombre».

—Pues claro que sí.

—Pues había otra chica. Una polaca de trece años llamada Lizzy Sobek, que escapó de Auschwitz y trabajó para la Resistencia.

El nombre me sonaba.

—Me parece que algo he leído.

—Y yo. El curso pasado hablamos de ella en clase de Historia. Su familia fue asesinada salvajemente en Auschwitz, pero ella consiguió escapar y ayudó a salvar cientos de vidas. En una ocasión, en una incursión bien documentada durante el mes de febrero, ella y los suyos detuvieron un tren de mercancías lleno de judíos que iba camino de los campos de concentración. Más de cincuenta personas, casi todas por debajo de los quince años, consiguieron escapar hacia el bosque, cubierto de nieve. Varios de los que se salvaron dicen que —tomó una bocanada de aire profunda—, cuando escaparon, vieron mariposas.

—¿Mariposas? —casi me atraganto.

—En febrero —dijo tras asentir— y en Polonia. Mariposas. Cientos de ellas. Y aseguraron que les indicaron qué camino seguir para ponerse a salvo.

Me quedé con la boca abierta.

—Lizzy Sobek pasó a ser conocida como «Mariposa».

No paraba de comerme la cabeza, dándole vueltas al tema. Era evidente que todo tenía relación. «Mariposa», como la de la camiseta de la foto antigua, como la de la tumba de mi padre y la que había en el jardín de la Murciélago. No podía ser una coincidencia.

—Lizzy Sobek... —y de pronto me quedé helado—. Lizzy es el diminutivo de Elizabeth.

—Así es.

Elizabeth Sobek... las iniciales de la tumba eran E. S. ¿Otra

coincidencia? La siguiente pregunta era obvia:

—¿Y qué fue de ella?

—Esa es la cosa: nadie lo sabe a ciencia cierta. La mayoría de los historiadores cree que fue capturada durante el intento de liberación de un grupo de niños que se moría de hambre cerca de Lodz. Dicen que tanto ella como otros combatientes de la Resistencia fueron abatidos a tiros y enterrados en una fosa común, probablemente en 1944. Pero no existe ninguna prueba.

—«Entregó su infancia a los niños». Ahora tiene sentido.

—Y hay más —dijo Ema después de asentir.

Me quedé esperando. El restaurante estaba abarrotado. Gente que entraba y salía, que disfrutaba de la comida, que reía y consultaba su teléfono móvil; todo aquello que hace la gente en un restaurante. Pero nosotros estábamos solos. Era como si en el restaurante solamente hubiera una mesa: la nuestra. Allí solamente estábamos Ema y yo... con el fantasma de una niña muy valiente llamada Lizzy Sobek.

—He hecho todo tipo de búsquedas con los números, los que aparecen en la parte de debajo de la lápida y en la matrícula del coche negro: A30432, pero no he encontrado nada —permanecí callado. Si era cierto que no había encontrado nada, ¿por qué se le estaban llenando los ojos de lágrimas?—. Así que he investigado más sobre Lizzy Sobek —y sacó un papel del bolsillo—. He encontrado una de esas páginas web con preguntas y respuestas sobre su vida —desdobló el papel y lo puso encima de la mesa.

Lo cogí y Ema miró hacia otro lado. Empecé a leerlo.

Pregunta ocho: ¿Cuál era el número del tatuaje identificativo de Lizzy Sobek en el campo de concentración?

No se sabe. La mayoría de la gente piensa, por error, que todas las personas que entraban en un campo de concentración eran tatuadas; pero lo cierto es que el complejo de Auschwitz (incluidos Auschwitz I, Auschwitz-Birkenau y Monowitz) era el único en el que se tatuaba sistemáticamente a los prisioneros durante el Holocausto. El 12 de septiembre de 1942, Lizzy y su familia (su padre Samuel, su madre Esther y su hermano Emmanuel) fueron obligados a subir a un tren que los llevaría a Auschwitz-Birkenau. El tren llegó a Auschwitz el 13 de septiembre de 1942 con 1.121 judíos a bordo. Separaron a los hombres de las mujeres. A las mujeres (incluidas Lizzy y Esther) las marcaron con tatuajes que iban entre los números A30380 y A30615. No se guarda ninguna información acerca del número exacto que llevaba cada una; así que, a día de hoy, sigue siendo un misterio.

Miré a Ema. Yo también tenía lágrimas en los ojos.

—¿Hemos resuelto este misterio?

—Puede.

—Pero eso nos lleva a otra pregunta.

Ema asintió y se aventuró:

—¿Cómo es posible que la Murciélago conociera el número exacto?

—¿Y por qué tiene una lápida para ella en la parte trasera de su casa?

—Si no es porque... —y se quedó callada.

Ambos sabíamos qué estaba pensando, pero creo que ninguno de los dos estábamos preparados para decirlo en alto. Quizá hubiéramos resuelto un misterio muchísimo mayor que el que suponía descubrir a quién pertenecía un tatuaje identificativo. Quizá,

después de tantos años, hubiéramos resuelto el misterio de lo que le había pasado realmente a Lizzy Sobek.

CAPÍTULO DIECISIETE

A la mañana siguiente, llamé a mi madre a la Clínica de Rehabilitación Coddington. La operadora respondió: «Un momento, por favor». Sonaron un par de tonos y alguien cogió el teléfono.

—¿Mickey?

No era mi madre, sino la directora del centro, Christine Shippee.

—Quiero hablar con mi madre.

—Y yo quiero darme una ducha con Brad Pitt. Lo siento mucho, pero ya te dije que nada de comunicarse con ella.

—No puedes impedir que hable con ella.

—Claro que puedo, Mickey. Y, ya que llamas, quiero preguntarte si sabes lo que es un «cómplice» en nuestro argot.

Otra vez la misma pregunta.

—No fui yo quien le dio las drogas.

—No, pero eres muy blando con ella. Tienes que ser más duro.

—No sabes lo que le ha tocado vivir.

—Pues claro que sí —dijo como si sofocase un bostezo—. Su marido ha muerto; su único hijo está creciendo; no tiene perspectivas de futuro; tiene miedo, se siente sola y está deprimida. ¿Te crees que tu madre es la única que está aquí por lo mal que lo ha pasado?

—Qué simpática eres. No me extraña que los pacientes te quieran tanto.

—Yo fui una de ellos, Mickey. Era una adicta manipuladora. Sé cómo funciona. Ven a verme la semana que viene y charlaremos. Mientras tanto, céntrate en el instituto —y colgó.

La mayor parte de la mañana nos la pasamos en una especie de asamblea. No recuerdo muy bien lo que se dijo. Dos políticos locales intentaban hablarnos de tú a tú, lo que desembocó en condescendencia y aburrimiento puros y duros. Pasé todo el tiempo mirando de un lado para el otro y lanzándome miraditas con Rachel.

A la hora de la comida, me senté con Ema en la que empezaba a convertirse en «nuestra mesa». No veíamos al Cuchara por ningún lado. Por una vez, intentamos hablar de los estrenos cinematográficos, de la música que nos gustaba y de nuestros programas de televisión preferidos... pero acabábamos volviendo al Holocausto y a aquella niña heroica llamada Lizzy Sobek.

En un momento dado, levanté la vista y vi a Troy y a Buck. Ya no me sorprendía que me lanzaran aquella sonrisita de suficiencia. Troy me miró como diciendo: «sé una cosita que tú no sabes» y empezó a agitar los brazos como si fueran alas y a emitir una especie de graznidos.

—Un murciélago —dijo Ema.

—Sí, la Murciélago.

—Qué ingenioso es.

Imaginé que su padre le había contado lo del arresto frente a la puerta de la Murciélago y que esta era su manera *sutil* de hacérmelo saber. Le respondí fingiendo un bostezo. Se quedó parado y, al rato, se pasó el dedo gordo por la garganta; el símbolo internacional del «eres hombre muerto». No merecía la pena seguir. Le di la espalda.

—¿Dónde estará el Cuchara? —le pregunté a Ema.

La cogí masticando, así que me señaló algo a sus espaldas. El Cuchara venía a la mesa a todo correr y con un portátil abierto en las manos. La señora Owens le bloqueó el paso.

—Camina, no corras.

El Cuchara asintió y se disculpó. Cuando llegó, tenía los ojos como platos y le faltaba el aliento.

—Espeluznante.

—¿El qué? —le pregunté mientras ponía el ordenador sobre la mesa.

—Tíos, lo que vais a ver os va a dejar de un aire.

—¿Pero qué es?

—¿No me habías pedido que buscase más imágenes de la taquilla de Ashley? —me espetó con el ceño fruncido.

—Sí.

—Bueno, pues llevo rebuscando desde anoche... y no vais a creer lo que he encontrado.

En ese instante sonó el timbre. Todo el mundo se levantó y empezó a caminar hacia la puerta, excepto nosotros tres. El Cuchara estaba sentado delante del ordenador y yo, a su derecha, acerqué la silla para ver mejor. Ema hizo lo mismo, pero se puso a su izquierda.

—Vale —comenzó—, estaba haciendo lo que me habías pedido... lo del vídeo, ¿eh?... y empecé a rebobinar a partir de lo del vándalo ese que reventó la taquilla y hasta que encontré a la última persona que la había abierto... —se calló y se subió las gafas con el dedo.

—¿Y?

—Fíjate bien —a punto estaba de pinchar el botón de inicio cuando la señora Owens carraspeó estentóreamente a nuestro lado.

—Ha sonado el timbre —dijo con voz cortante.

—Solo es un momento —le respondí.

Pero no le gustó mi respuesta.

—No es usted quien marca las pautas, señor Bolitar. El timbre ha sonado, así que tienen que abandonar la cafetería. Ustedes no son especiales.

¿Me estaría tomando el pelo?

—Es un trabajo de clase—probé con un clásico.

—Como si es la cura del cáncer —y entonces supe que hablaba en serio. Cerró el portátil de golpe y el Cuchara tragó saliva—. Han tenido todo el recreo para hablar del asunto. Márchense o los castigaré a los tres.

—¡Ha agredido a mi ordenador!

—¿Cómo dice?

—¡Ha sido asalto con agresión, o como se llame!

—¿Está poniendo en duda mi autoridad, jovencito?

El Cuchara abrió la boca para seguir protestando, pero le pegué una patada bien fuerte para que la cerrara. Me puse en pie, tiré de él y, acto seguido, los tres abandonamos la cafetería. En el pasillo empezamos a hablar de qué clase teníamos a continuación. Yo tenía Lengua, el Cuchara tenía hora de estudio y Ema tenía Gimnasia «pero no pensaba ir».

El Cuchara nos llevó a uno de los armarios de mantenimiento de la planta baja y nos arremolinamos alrededor del portátil una vez más. Le dio al «Play» y dijo:

—Fijaos.

Y ahí estaba: la taquilla de Ashley. El Cuchara tenía preparado el vídeo en el punto adecuado: el preciso momento en el que se abría la taquilla. Observamos en silencio mientras alguien vaciaba la taquilla y lo metía todo en una mochila.

De pronto me quedé con la boca abierta.

—¡Lo sabía! —dijo Ema—. ¡Te lo advertí!

No era Ashley la que vaciaba la taquilla... ni Antoine LeMaire ni

Buddy Ray ni el gigantón de Derrick. La persona que acababa de abrir la taquilla con la combinación y que la había vaciado no era otra que Rachel Caldwell.

Al principio sentí una gran confusión... que dio paso casi inmediatamente a la ira. Estaba furioso. Más que furioso. No solo sentía que me había traicionado, sino que me sentía como el infeliz más tonto del universo. Nos enfadamos con otras personas cuando nos hieren o cuando nos engañan... pero el enfado es aún mayor cuando hacen que nos sintamos como idiotas. Y yo, ahora mismo, me sentía como un tonto de las narices.

Rachel Caldwell me había mirado con aquellos ojos grandes y azules... y me había desarmado. Me faltaban sinónimos: tonto, infeliz, imbécil, inocente. En una palabra: ¡yo!

Le había devuelto a Rachel cada sonrisa, cada mirada cómplice, cada risita... Qué falsa. ¡Qué falsa! ¿Cómo podría haber dejado que me engañara así?

Ema tenía una expresión triunfal.

—Ya te dije que no confiaras en ella.

No respondí.

—Da igual lo que hayas visto en este vídeo; no cambia la realidad —dijo el Cuchara y se subió las gafas con el dedo.

—¿Y cuál es la realidad? —preguntó Ema.

—Que Rachel Caldwell es un pedazo de pava de primera clase, que hace que se te licúe el cerebro, que se te seque la boca y que caigas rendido a sus pies.

Ema puso los ojos en blanco.

Sonó el segundo timbre. Era hora de ponerse en marcha. Nos separamos. El Cuchara y yo fuimos a nuestras respectivas clases y Ema... fue a donde fuera que tenía pensado ir. El señor Lampf era el

profesor de Lengua. Me senté detrás y abrí el cuaderno... pero no podría repetirte ni una palabra de lo que se dijo en clase. Seguía enfurecido. Finalmente, después de un buen rato, dejé que la pregunta obvia y más importante se abriera paso entre las nubes que conformaban mi ira: ¿qué tenía que ver Rachel Caldwell en todo esto?

Me planteé innumerables explicaciones, pero ninguna de ellas tenía sentido. La lógica no me llevaba a ningún lado, así que le volví a abrir la puerta al enfado. El enfado era bueno; me recordaba que Rachel Caldwell estaba en este mismo edificio; me recordaba que podía enfrentarme a ella y que así lo descubriría todo.

Cuando sonó el timbre, me apresuré a la puerta. Sabía que Rachel tenía Matemáticas con la señora Cannon —lo sabía porque... bueno, porque lo sabía—. La clase de la señora Cannon estaba a unas pocas puertas de esta y a veces veía a Rachel mientras iba de una clase a la otra. Sí, la miraba, ¿vale? Demándame.

Me interné en el pasillo y giré a la derecha. Ahí estaba. Se alejaba, con el pelo moviéndose como a cámara lenta —como en un anuncio de champú—. Corrí hacia ella, abriéndome paso a través de la muchedumbre de alumnos. A punto estaba de doblar la esquina cuando la alcancé. Le puse la mano en el hombro —quizá con demasiada fuerza—. Se dio la vuelta, sorprendida, pero, en cuanto me vio, su cara cambió y me ofreció una de esas maravillosas sonrisas suyas que te dejan sin aliento.

—¡Hola, Mickey! —parecía que fuera imposible que se alegrase más de verme. Alguien debería darle un Óscar.

—¿Dónde está Ashley?

La sonrisa se le rompió en pedazos. Intentó recomponerla, pero le temblaba la boca.

—¿A qué te refieres?

—Abriste su taquilla y te llevaste todo lo que había en ella. ¿Por qué?

—No sé de qué me hablas.

Tío, ¿cómo no me había dado cuenta antes? Ni siquiera sabía mentir.

—Te he visto.

—Es imposible.

—En la cámara de vigilancia. He visto cómo abrías la taquilla y te lo llevabas todo.

Miró a derecha e izquierda asustada y me soltó:

—Tengo que ir a clase —y empezó a alejarse.

Llevado más por el instinto que por el sentido común, la cogí del brazo e impedí que se fuera.

—¿Por qué me has mentido?

—Suéltame.

—¿Dónde está Ashley?

—¡Mickey, me haces daño!

La solté y se frotó el brazo. La gente que pasaba a nuestro lado murmuraba.

—Lo siento.

—Tengo que ir a clase —y se alejó de nuevo.

—Rachel, no creas que me voy a olvidar del tema.

Se dio la vuelta y me miró.

—Puedo explicarlo.

—Soy todo oídos.

—Nos encontraremos cuando acaben las clases. Solos. Ni Ema ni el Cuchara. Y te lo contaré todo.

Y se fue, sin más.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El resto del día se me pasó muy despacio. No dejaba de consultar el reloj, pero era como si el minutero estuviera cubierto de caramelo y le costase avanzar. No dejaba de preguntarme de qué manera estaría implicada Rachel, pero no se me ocurría nada. Acabé por convencerme a mí mismo que no merecía la pena seguir especulando, que en unas horas me lo contaría.

Por fin, solo quedaban cinco minutos para que sonara el timbre que anunciaba el fin de las clases; cinco minutos para encontrarme con Rachel y enterarme de todo. Pero en ese momento, sonó el intercomunicador del señor Berlin, que respondió, escuchó atentamente y dijo:

—Señor Bolitar, preséntese ahora mismo en el despacho del señor Grady.

Toda la clase explotó en un gran: «¡Oooh!».

Aún no había conocido al señor Grady, pero sabía quién era: el entrenador del equipo de baloncesto del instituto, una persona a la que esperaba conocer bien dentro de poco. Pero la razón del «¡Oooh!» de mis compañeros tenía más que ver con su trabajo principal en el instituto: era el director de disciplina. Vamos, el que ponía los castigos.

Recogí mis cosas y me encaminé a su despacho. No estaba nervioso. Estaba seguro —aunque pueda sonar presuntuoso— de que quería verme para darme la bienvenida al colegio. Había hecho todo lo posible porque no se supiera cómo jugaba al baloncesto, pero con mi altura, el antecedente de mi tío y la manera en la que corre la voz la gente que asiste a los partidos de Newark, sería sorprendente que, al menos, no hubiera oído hablar de mí. Y esperaba que esa fuera la razón por la que me llamaba a su despacho.

¿O habría hecho algo malo? Yo diría que no. Pensé en que ese día había agarrado a Rachel del brazo en el pasillo y que mucha gente lo había visto. Pero no... no podía ser eso. ¿Qué iba a hacer un testigo? ¿Ir a chivarse al despacho de Grady? ¿Y después, qué? Hablaría con Rachel, que le diría que no había sido nada. ¿O no?

Llegué al despacho y llamé a la puerta.

—Adelante.

Abrí la puerta. El señor Grady estaba sentado a su mesa y me observó por encima de las gafas de leer. No llevaba puesta la chaqueta del traje. Llevaba una camisa de manga corta que probablemente le quedase bien hace unos años, pero que ahora era como un torniquete alrededor del cuello y del torso. Se puso de pie y se levantó el pantalón, de color verde aceituna. Empezaba a quedarse sin pelo y lo llevaba peinado hacia atrás y pegado a la cabeza.

—¿Mickey Bolitar?

—Sí.

—Siéntate, hijo.

Consulté el reloj que había detrás de él. No tenía tiempo para esto. Faltaban dos minutos para que acabaran las clases... dos minutos para encontrarme con Rachel. Vio que titubeaba e insistió

con mayor autoridad; así que me senté.

—¿Juegas a baloncesto?

Ahí lo tienes.

—Sí.

—Tu tío era un jugador magnífico.

—Eso me han contado.

Asintió y se llevó la mano a la tripa. Quería acelerar la conversación, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Cuándo son las pruebas? —dije, por decir algo.

—Dentro de dos semanas. Las de los alumnos de los dos últimos cursos serán el lunes. Los de segundo año y los recién llegados las tendrán el martes —me miró a los ojos y añadió—: Pero no creo que ninguno del primer ciclo llegue a jugar en el equipo. Tendría que ser un caso muy especial. De hecho, en doce años que llevo aquí de entrenador, aún no he tenido a ninguno en el equipo. Además, este año hay en cuarto tantos jugadores del año pasado...

No acabó la frase, pero no hacía falta. Hace tiempo que había aprendido que uno no debe hablar de sí mismo, sino que ha de dejar que su forma de jugar hable por él. Asentí y no dije nada.

Sonó el timbre que marcaba el final de las clases y me puse de pie, convencido de que la conversación había terminado.

—Pero eso no es por lo que te he llamado. Es decir, que no quería hablar de baloncesto.

Se quedó a la espera de una respuesta.

—Ah.

—Me han informado de que has estado implicado en un altercado físico con otro estudiante —debí de poner cara de tonto—. Con Troy Taylor, más concretamente. En el aparcamiento del instituto.

Joder. Me planteé defenderme con lo típico de «empezó él», pero no me pareció correcto que mi relación con mi entrenador de

baloncesto empezara así... puesto que mi enemigo, además, era su capitán. Preferí quedarme callado.

—Cuéntame qué ha sucedido.

—No ha sido nada. Un malentendido. Ya lo hemos solucionado.

—Entiendo —se sentó y jugueteó con la pluma—. No sé a qué escuelas has ido, hijo, pero en esta tenemos una regla muy estricta respecto a las peleas. Si le vuelves a poner la mano encima a otro estudiante, te suspenderemos automáticamente y cabe la posibilidad de que te expulsemos. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señor.

No pude evitarlo: miré el reloj. Grady se dio cuenta.

—¿Tienes que ir a alguna parte?

—He quedado con una compañera de clase.

—Pues no va a ser hoy.

—¿Cómo dice?

—Por esta vez voy a ser benévolo. Solamente voy a castigarte. Esta tarde.

—Hoy no...

—¿Por?

—Tengo una cita muy importante esta tarde.

—Vives con tu tío, ¿verdad?

—Sí.

El señor Grady levantó el auricular del teléfono de su despacho. Era un teléfono grande y pesado, de esos que salen en las películas en blanco y negro.

—Dame su número de teléfono. Voy a llamarle y a explicarle por qué vas a llegar tarde. Si me dice que se trata de una emergencia impostergable, cumplirás el castigo mañana.

El pánico me soltó la boca:

—¡Troy le quitó el portátil a mi amiga! ¡Luego me cogió por la

camisa! ¡Yo solo me defendí!

—Hijo, ¿es así como quieres llevar este asunto? —y enarcó una ceja.

No. Me calmé. No había nada que hacer. Le pregunté si le importaba que mandase un mensaje de texto antes de ir a la sala de castigo. Me respondió que no y le mandé un mensaje a Rachel para decirle que saldría una hora más tarde, que si podía esperarme, por favor.

No obtuve respuesta.

Nunca había estado castigado pero, al fin y al cabo, también era la primera vez que asistía a una escuela estadounidense. No sabía muy bien con qué me iba a encontrar, pero resultó que el castigo consistía en una hora de aburrimiento puro y duro. Los alumnos castigados se reunían en la clase de educación vial y no se podía usar el móvil, ni otros aparatos electrónicos, ni leer, ni nada. La mayoría de los chavales apoyaban la cabeza en el pupitre y aprovechaban para echar una cabezada. Yo me dediqué a buscar patrones en las baldosas del suelo. Cuando me aburrí, empecé a leer todos los carteles de seguridad al volante: los de no beber alcohol, los de no escribir mensajes, los de moderar la velocidad, había de todo.

Pensé en mi padre. Pensé en nuestro accidente de tráfico y en si el conductor del todoterreno estaría bebido, escribiendo algún mensaje de texto o conduciendo con exceso de velocidad. Pensé en el conductor del pelo bermejo y los ojos verdes y en cómo su cara decía que mi vida nunca volvería a ser igual.

Cuando pasó la hora —la más larga de toda mi vida— saqué el móvil para ver si tenía algún mensaje, pero no había nada de Rachel. Me sentí desalentado y me dirigí lentamente a la salida. Y allí estaba ella.

—Gracias por esperarme —dije tras reunirme a todo correr con ella.

Asintió, pero no dijo nada. Parecía que estuviera distraída. Insegura.

—Bueno, ¿qué me ibas a contar?

—Has dicho que me habías visto en una cámara de vigilancia, ¿no?

No, no es que estuviera distraída; lo que pasaba es que tenía miedo.

—Sí.

—¿Y cómo es posible? Es decir, ¿acaso has conseguido una copia de los vídeos de seguridad?

Negué con la cabeza. Ya no confiaba en ella, así que no pensaba contarle lo del Cuchara.

—Eso no importa.

—A mí sí. ¿Lo sabe más gente?

—¿Y qué más da?

—¿Qué hacías viendo los vídeos de seguridad?

—Ya te he dicho que intento averiguar qué le ha sucedido a Ashley. ¿Por qué vaciaste su taquilla?

—¿Y tú qué crees?

—No tengo ni idea. Me dijiste que no la conocías.

—Y no la conocía.

—Pero has sido tú quien ha limpiado su taquilla —dije mientras abría los brazos.

Miró hacia otro lado y agitó la cabeza.

—No lo entiendes.

—Tienes razón: no lo entiendo. Explícamelo. Y, de paso, ¿por qué no me explicas por qué has fingido ser mi amiga?

—Me lo pidió Ashley.

—¿Ashley te pidió que fingieras ser mi amiga?

Suspiró, como si pensara que no habría manera de hacérmelo entender.

—Quería que cuidase de ti. Quería que me asegurase de que no te pasaba nada.

—¿De que no me pasaba nada? —no lo entendía—. ¿Pero de qué estás hablando?

—Ashley no quería que te hicieran daño. No quería que te vieras envuelto.

—¿Envuelto *en qué*?

—No soy yo quien tiene que contártelo. Me pidió que no te dijera nada.

Se me aceleró el corazón.

—Un momento, ¿Ashley te dijo eso?

—Sí.

—Entonces, ¿sabes dónde está? —no respondía, así que insistí—. ¿Rachel?

Levantó la mirada poco a poco y me miró a los ojos. Sé que debería ser más precavido, pero si se estaba mofando de mí, si me estaba mintiendo... Pero no. Dicen que los ojos no mienten, que son el espejo del alma. Y vi algo en ellos, en la manera en la que me miraba... sinceridad.

—Sí... sé dónde está —anunció finalmente.

—¿Dónde?

Al rato, dejó de mirarme a los ojos y dijo:

—Vamos, que te llevo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Caminábamos en silencio, pero no era uno de esos silencios incómodos. Me mantuve a la espera, con la esperanza de que soltara algo; pero nada, ni prenda. Finalmente, pregunté:

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

—¿Está allí Ashley?

—Ya lo verás —y puso cara de «puede que sí, puede que no».

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Que sea ella quien te lo explique.

—Prefiero que me lo cuentes tú.

—Ya te he dicho que no me corresponde a mí hacerlo.

Permanecimos un rato más en silencio.

—¿Mickey? —la miré—. No fingía ser tu amiga. A ver, es verdad que Ashley me pidió que cuidara de ti y que esa es la razón por la que empecé a hablar contigo pero, luego... —se quedó callada y siguió caminando con los ojos clavados en la acera—. Da lo mismo.

Quería hacer algo, cogerle de la mano o algo así... pero no sabía el qué. Mi móvil vibró. Ema, que me enviaba un mensaje de texto: «¿Dónde estás?». Se lo enseñé a Rachel.

—No respondas —dijo mientras negaba con la cabeza.

Asentí y guardé el teléfono. La casa de Rachel —que no era una casa, sino una mansión magnífica— se alzaba sobre una colina. La verja de entrada estaba electrificada. Rachel marcó un código y se abrió sola. Subimos por el camino.

—¿Están tus padres en casa?

—No —y sonrió.

Aquella sonrisa quería decir algo, pero no tenía muy claro el qué.

—¿Y Ashley?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la casa de invitados, que está detrás.

—¿Hace cuánto que está aquí?

—Más de una semana.

—¿Y lo saben tus padres?

—Digamos —y me lanzó una breve sonrisa, que esta vez me pareció tristona—, que mis padres no pasan mucho tiempo en casa.

Todo lo que se veía desde fuera resultaba majestuoso. Para llegar a la parte de atrás pasamos por un patio de mármol y una pista de tenis de tierra. Junto a la piscina había una casita y la señalé con la barbilla.

—¿Está ahí?

—Sí.

Tragué saliva y aceleré el paso. Bueno, ahora iban a responder a todas mis preguntas. Cuando llegamos a la puerta, Rachel sacó una llave, la introdujo en la cerradura y giró el pomo.

—¿Ashley? —preguntó.

Nada.

—¿Ashley?

Nada de nada. Entramos. La cama estaba hecha y la habitación estaba limpia. Allí no había nadie. Miré a Rachel. Estaba pálida y

tenía los ojos abiertos como platos. Miré por toda la habitación y encontré una nota en la mesilla de noche. La cogí. Rachel estaba a mi lado.

Rachel:

Disculpa que me marche sin más. No puedo explicártelo... porque te implicaría aún más en todo esto. Gracias por esconderme, pero no puedo seguir así de por vida. No llames a la policía; esto lo tengo que resolver yo.

Ashley.

Fuimos a casa de Rachel para asegurarnos de que no estaba allí. Y no, no estaba. Allí no había nadie. La mansión estaba en completo silencio, como un mausoleo.

—No lo entiendo... pero si estaba aterrada.

—Cuéntame todo lo que sepas.

—Hace poco más de una semana fueron las pruebas para el equipo de animadoras. Este año solo teníamos sitio para tres chicas nuevas y se presentaron unas quince, Ashley entre ellas.

—¿Quería ser animadora? —qué sorpresa. Rachel asintió—. ¿Y qué tal le fue?

—Nada bien. Éramos tres juezas: Cathy, Brittany y yo. He de reconocer que me pareció que era buena, que tenía talento... pero su prueba fue... *rara*.

—¿En qué sentido?

—Nuestro instituto es muy conservador, por lo que hacemos animación clásica, más orientada a la gimnasia. La mayoría de las chicas hicieron ejercicios habituales: acrobacias, volteretas, movimientos de apoyo para la pirámide. Esas cosas. Pero Ashley bailó. A mí me pareció bastante buena, resultaba prometedora...

pero las demás chicas pensaban que...

—¿Qué pensaban?

—Pues que sus movimientos eran un pelín... —se detuvo, como si estuviera buscando la palabra adecuada o como si le diera reparo pronunciarla—, picantes. No demasiado, pero lo suficiente como para que las demás se quedaran un poco perplejas —no dije nada, pero pensé en el Plan B y me dieron ganas de cerrar los ojos—. Cuando terminó, se quedó esperando los aplausos. Pero nadie aplaudía. Estaba delante de todos, nerviosa, esperando que alguien dijera algo. Pero las chicas se cebaron con ella. Cathy se rio por lo bajo y le soltó: «¿Dónde has dejado la barra?». Siguieron con la ropa, con el pelo... con todo.

—¿Qué les pasaba a su pelo y a su ropa?

—Tú eres chico, así que no te das cuenta, pero la ropa era de segunda mano.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y? ¿Os metisteis con ella porque llevaba ropas viejas? ¿Tan estiradas sois?

—¿Estirada? —Rachel parecía ofendida.

—Es decir...

—No es que sea estirada. A mí me da igual el dinero que tenga la gente. Esa no es la cuestión.

—¿No? ¿Y cuál es?

—Que ni siquiera eran de segunda mano; eran de tercera o cuarta. Estaba haciéndose pasar por lo que no era. Es como si hubiera ido a una tienda de segunda mano a por ropa pija de los años ochenta. Tío, llevaba un jersey con letras bordadas...

—No entiendo nada.

—Era como si estuviera disfrazada. Bueno, la cuestión es que la cosa fue a peor. Todo el mundo empezó a reírse de ella.

—¿Tú también?

—No —dijo a todo correr antes de bajar la mirada y empezar a hablar más bajito—, pero tampoco los detuve. Y debería haberlo hecho. Es decir... estaba allí, sola, delante de todo el mundo. No nos conocía. Y parecía tan vulnerable... Y nosotros, riéndonos de ella en su cara; hasta que salió corriendo, claro.

Intenté imaginar la escena. Lo herida que se tendría que haber sentido por aquellas risotadas.

—Qué bonito —intenté sonar sarcástico, pero sin pasarme.

—... Lo sé.

—Y, luego, ¿qué pasó?

—Salí corriendo detrás de ella para disculparme. Tiró por Collins Drive y la seguí. Luego, tomó por Mountainside Road. Unos cien metros después, giró en Northfield Avenue. La llamaba a gritos, pero no se detenía. No sé si es que no me oía o si es que pasaba de mí —hizo una pausa y tragó saliva—. Y entonces sucedió algo muy raro.

—¿El qué?

—Llegó un coche derrapando, se puso a su lado y un hombre enorme salió de un salto por la puerta del copiloto sin esperar a que el coche se detuviera. Ashley intentó huir, pero el hombre se le echó encima rápidamente. Todo esto pasó en uno o dos segundos. La agarró y se la echó al hombro. Ashley gritaba. Y yo también. Empecé a correr hacia ellos lo más rápido que podía. Ni lo pensé, ¿sabes? Empecé a correr, sin más. Y a gritar. Pero el gigantón me ignoraba. Intentaba meterla en los asientos de atrás, pero Ashley se resistía. Se agarraba fuertemente a la puerta e intentaba salir. El tipo la empujaba, pero ella se resistía. El conductor gritó: «¡Date prisa!» y el gigantón hizo ademán de prepararse para pegarle un puñetazo a Ashley. Ahora yo estaba más cerca y empecé a gritar más fuerte. Intentaba llamar su atención. Saqué el móvil, le enfoqué y grité:

«¡He llamado a la policía y lo estoy grabando todo! ¡Suéltala!», o algo así.

—¿Y lo estabas haciendo?

—¿El qué?

—Grabar.

—¡Qué va! —tienes que buscar la aplicación, entrar en ella y pulsar el botón de «grabar»... No había tiempo. Reaccioné como pude.

Otra vez me vibró el móvil. Miré a ver; era Ema de nuevo: «¿Dónde estás? ¡Es importante!».

No tenía tiempo para responder ahora. Miré a Rachel y asentí.

—Bueno, la cuestión es que el tipo se giró hacia mí y Ashley lo aprovechó para darle una patada. El gigantón se tambaleó y ella salió corriendo. El hombre iba a salir tras ella, pero me vio con el móvil y debió de pensar que no era el momento. Se metió en el coche como una exhalación y, antes de salir quemando rueda, el conductor gritó: «¡No puedes pasarte la vida escondida, Ash! ¡Sabes que te encontraré!».

—¿Apuntaste la matrícula?

Asintió.

—La memoricé y, luego, fui a ver si Ashley estaba bien. Iba a llamar a la policía, pero me cogió del antebrazo y me susurró: «No llames a la poli». Parecía que estuviera muerta de miedo.

Rachel tenía las manos en el regazo. Empezó a darle vueltas de manera nerviosa a un anillo que llevaba en el dedo índice de la mano derecha. De nuevo me vibró el móvil. Y otra vez más. Pero ni miré.

—¿Por qué no quería que llamaras a la policía?

—Dijo que las cosas se pondrían aún más feas. Me lo imploró... ¿Qué querías que hiciera? La traje a mi casa. Al principio, no quería

hablar de ello. Lo único que hacía era llorar y culparse de todo lo que le pasaba. Le dije que no era culpa suya, pero no me hacía caso. Me metí en Google y busqué el número de teléfono de los Kent. Le dije que iba a llamar a sus padres, pero me lo impidió. Me explicó que no se apellidaba Kent, que había buscado algún vecino de Kasselton que no tuviera hijos en el sistema educativo para hacerse pasar por su hija y poder apuntarse al instituto.

—¿Se puede hacer eso?

—Parece que sí —respondió mientras se encogía de hombros.

—Entonces, ¿los Kent no sabían nada de ella?

—No creo. Me contó que trabajaba en un club de alterne horrible y que el jefe del garito pensaba que había sido raptada por un maleante que se dedicaba a la trata de blancas y que vendía a las chicas al otro lado del charco... pero que ella había escapado.

«Trata de blancas», pensé y un escalofrío me recorrió la espalda. Candy me había dicho que Antoine hacía que las chicas desaparecieran... y lo había llamado «Muerte Blanca». Muerte blanca, trata de blancas... tenía que ser lo mismo.

—Y aquí, en Kasselton, esperaba escondida a que se la llevasen para siempre.

—¿Para siempre?

—Eso es lo que decía. Como si lo de quedarse en Kasselton fuera solo temporal. Pero esto le gustaba. Decía... decía que nunca había sido tan feliz. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que no se la llevaran de aquí; pero habían dado con ella. Y me dijo que fue culpa suya.

Otra vez me vibró el móvil. Miré rápidamente a ver quién era. Nuevamente Ema: «Tengo que enseñarte una cosa. Pero prométeme que no te vas a enfadar».

—El tipo que bajó del coche, ¿tenía un tatuaje en la cara?

—No. Era alto... como de tu estatura, pero el doble que tú. Y era negro.

Me vino a la cabeza Derrick, el gorila del Plan B.

—¿Y cómo la encontraron?

—No estaba segura, pero creo que yo lo sé.

—¿Cómo?

—Los dos erais nuevos en el insti, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, participaríais en las jornadas orientativas de la señora Owens, ¿no?

Pensé en aquellos días y en lo inútiles que eran.

—¿Y?

—Nos envían el *Star Ledger* cada día... y salió un artículo que hablaba de eso. En una de las fotos salía una carrera de relevos o algo así. Y allí se veía claramente a Ashley.

El *Star Ledger* era el periódico de mayor tirada del estado y llegaba hasta Newark. Tenía sentido.

—Vale, y una vez que estáis aquí, ¿qué hacéis?

—Ashley tenía que quedarse escondida. Le dije que se quedara conmigo —abrí la boca para decir algo, pero me la tapó con la mano —. A tu próxima pregunta, te diré que mis padres están divorciados. Mi madre vive en Florida y mi padre está con su tercera esposa-trofeo. Viajan mucho.

—¿No tienes hermanos?

—Uno mayor, pero ya está en la uni. Tenemos personal de servicio en la casa, pero la casa de la piscina solo la limpian los jueves.

—Así que le dijiste que se quedara allí.

—Sí. Le preocupaba que los tipos que habían intentado raptarla siguieran buscándola. Me dijo que eran implacables... que quizá incluso fueran a por el único amigo que tenía en el instituto.

—Vamos... a por mí.

Asintió y continuó hablando:

—Fui a su taquilla para coger su ropa y su cuaderno, porque tenía apuntados tu nombre y dirección en él. Además, os habíais mandado notitas... y si se enteraban los tipos esos, sabrían que erais amigos. Aunque no estaba segura de que no hubieran ido ya a por ti.

—Y por eso te pidió que cuidaras de mí.

—Sí.

—Cosa que has hecho. Hasta te has puesto de pareja conmigo en Historia.

Empezó a mirar aquella sala de estar tan formal como si fuera la primera vez que la veía. Parecía sacada de un palacio europeo. Estábamos sentados en un sofá muy poco acolchado.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Apenas conocías a Ashley. No era tu amiga.

—Ya.

—Y era una situación peligrosa. Te habían visto. Podían seguirte.

—Imagino que sí.

—Entonces, ¿por qué la ayudaste?

Pensó la respuesta unos instantes.

—Porque tenía problemas. Porque no la había ayudado durante la audición de las animadoras. No sé. Quería ayudarla. Me parecía lo correcto. Pero tampoco quiero que parezca más de lo que es. Yo soy así. Me sentía obligada.

No dije nada. Sabía a qué se refería. Mi padre y mi madre también llevaron una vida llena de obligaciones; pero si les preguntabas por qué lo hacían, te respondían algo parecido a lo que había dicho Rachel.

Otra vez el móvil. Suspiré y lo consulté. Cómo no, otro mensaje de

Ema: «Quería enseñártelo en persona, pero te mando una foto. Lo tengo hace meses».

Había una fotografía adjunta al mensaje. La pinché con el dedo y se abrió. Al principio no sabía muy bien qué estaba viendo. Era un primer plano de algo, pero se veía borroso. Se veía algo de piel... Giré la cabeza para uno y otro lado, enfoqué la mirada y... y me quedé helado.

Era un tatuaje azul y verde. Ahora lo veía claramente. El tatuaje de la misma mariposa con esa especie de ojos en la parte de abajo de las alas.

Me temblaban las manos, pero conseguí escribirle: «¿Quién lleva ese tatuaje?».

La respuesta no llegaba. Rachel me miraba. El mensaje tardaba en llegar más de lo que esperaba. Al cabo de un minuto, como si hubiera tenido que considerar muy bien lo que escribía, recibí un: «Yo».

CAPÍTULO VEINTE

Recogí a Ema al final de Kasselton Avenue con el Ford Taurus, que conducía con un carné de conducir falso. Entró en el coche mirando al suelo, como si estuviera avergonzada.

—No entiendo nada —le dije.

—Fue idea de Agente —respondió a todo correr.

Qué ganas tenía de hablar con él. Arranqué y puse rumbo a Tatus Mientras Esperas.

—En verano fui a verle para que me hiciera un tatuaje en la espalda. Quería algo grande y espectacular, así que me hizo una composición elaborada, con espirales, letras y... —se quedó callada —. Me miras raro.

—¿Y te extraña? —no respondió—. ¿Cómo quieres que te mire? —dije de forma más cortante de lo que pretendía—. Esa mariposa está en las camisetas de un grupo de personas que aparecen en una foto de la Murciélago, en la lápida que hay en el jardín de la anciana y en el letrero de la tumba de mi padre. Y, de repente, la tienes tatuada en la espalda.

—Ya... Yo tampoco lo entiendo. El tatuaje es muy grande y la mariposa solo es una pequeña parte. Ni siquiera estaba en el boceto, pero Agente dijo que se sentía inspirado.

Sacudí la cabeza de lado a lado.

—¿Y por qué no me lo dijiste en cuanto viste la mariposa en la lápida?

—Saliste corriendo, ¿recuerdas? Y, luego, te arrestaron.

—¿Y ayer, en Baumgart's... u hoy en el instituto? —no respondió —. ¿¡Hola!?

—Deja de gritarme.

—No te estoy gritando. Pero es que... ¿por qué me lo has ocultado?

—Bueno, ¿y por qué no me has dicho tú que ibas a quedar hoy con el «bollito de chocolate», eh? —y cruzó los brazos—. Si tú no me lo cuentas todo, yo tampoco.

—Ema...

—¿Qué?

—Eso es una gilipollez... y lo sabes. ¿Por qué no me lo has contado antes?

Dejó la mirada perdida a través del parabrisas. Estábamos llegando al salón de tatuajes y decidí dejarla en paz. No tenía por qué presionarla —todavía—, pero quería saber qué estaba pasando. Encendí la radio, pero Ema la apagó inmediatamente.

—Tenía miedo, ¿vale? —dijo tras recostarse.

—¿Miedo de qué?

Sacudió la cabeza y frunció el ceño. Llevaba tantos anillos de plata en las manos que parecía una cíngara.

—Para ser tan listo, a veces eres un poco corto.

—Muy bien, pues explícamelo.

—Al principio, ni siquiera estaba segura. Sí, la mariposa de la tumba se parecía a la mía, pero no tenía por qué ser la misma.

—Al principio.

—Sí.

—¿Y luego? —le eché una mirada rápida y vi que le corría una lágrima por la mejilla.

—¿Acaso crees que tengo muchos amigos?

No respondí. Su voz se convirtió casi en un susurro:

—Pensaba que te enfadarías. O que me echarías la culpa. O que no me creerías y dejarías de confiar en mí. Pensé... —y giró la cabeza para que no le viera la cara—... que no querrías seguir siendo mi amigo.

Parecía tan dolida, que me rompió el corazón. Cuando me detuve en el siguiente semáforo le dije:

—Ema...

—¿Qué?

—Mírame.

Lo hizo. Tenía los ojos húmedos.

—Confío plenamente en ti. Y, lo creas o no, eres la mejor amiga que he tenido.

No era necesario decir nada más. No volvimos a hablar durante el resto del camino.

Tatus Mientras Esperas estaba lleno de gente cuando llegamos. Fuimos al fondo rápidamente, al sillón en el que tatuaba Agente, pero allí no había nadie. Me quedé mirando el asiento como si así fuera a conseguir que el tatuador se materializase. Nada.

—Mickey... —era Ema.

La miré. Señalaba el espejo que había sobre la mesa de Agente. Nos aproximamos a la vez y nos quedamos inmóviles como si tuviéramos miedo de seguir avanzando. Allí, en la esquina inferior izquierda, estaba la mariposa.

—Hola, Ema. ¿Queréis algo?

Me giré hacia la voz, pero no era Agente. Se trataba de otro

tatuador o de un cliente habitual. Llevaba tatuado cada pedazo de piel que quedaba a la vista. Pensé en tatuajes, en la conexión entre ellos, en el tatuaje que Ema tenía en la espalda, en el de la cara de Antoine y en el que le habían hecho a la fuerza —qué horripilante— a aquella chica llamada Elizabeth Sobek.

—Hola, Ian —respondió Ema con aire desenfadado—. ¿Sabes dónde está Agente?

—No está aquí —la miró primero a ella; y luego, a mí.

—Sí, eso ya lo vemos —dije mientras le devolvía la mirada sin entusiasmo.

—¿Y sabes dónde está? ¿O cuándo volverá?

—Se ha ido. Y no volverá en una temporada.

—¿Una «temporada»? —dije—. ¿Cuánto es eso, esta noche...?

—No, esta noche no. Ni esta semana —ahora, Ian me miraba directamente y me estudiaba como si fuera un caballo y estuviera pensando en adquirirme—. Tú debes de ser Mickey.

—¿Nos conocemos? —solté sorprendido.

—No, pero Agente me dijo que vendrías.

Miré a Ema, que se encogió de hombros para hacerme ver que no estaba al corriente.

—¿En serio?

—Me pidió que te hiciera yo el tatuaje —dijo mientras asentía—, pero no especificó dónde. En el brazo, en el muslo, en la espalda... ¿dónde lo quieres?

Me acerqué a él.

—Pero si no teníamos hora...

—Sí, sí, ya lo sé.

—Pero has dicho que te comentó que vendríamos...

—No dijo cuándo, pero dijo que vendrías. Que te pasarías. Y me dijo que era yo quien debía de encargarse de tatuarte. Mira, me ha

dejado aquí el dibujo —y señaló con el mentón la mariposa que había en el espejo; la mariposa que había visto donde la Murciélago, en la tumba de mi padre... y en la espalda de Ema—. ¿Te gusta?

Me costó unos segundos recuperar la voz.

—¿Qué es? —hasta a mí me sonaba rara mi voz.

—¿No lo sabes? —ahora era Ian el que estaba sorprendido. Negué con la cabeza—. ¿No te lo contó Agente?

—No.

—Qué raro, tío —dijo mientras sacudía la cabeza—. ¿Por qué iba a pensar que querías un tatuaje cuyo significado desconoces?

—Pues ni idea. Pero podrías explicármelo tú.

Ian reflexionó unos instantes. Nos mantuvimos a la espera. Al rato, soltó:

—Pues es una mariposa.

—Sí, eso ya lo veo —reprimí un gesto de impaciencia.

—En concreto, es la mariposa marrón de prado tisífone abeona.

El estómago me dio un vuelco cuando oí la última palabra. Tragué saliva y repetí sus palabras para mí.

—¿Cómo has dicho?

Mi tono de voz debió de sonar a amenaza, porque Ian hizo como que se protegía con las manos y me soltó:

—Tío, cálmate.

—¿Cómo has dicho que se llama la mariposa? —insistí tras tomar aire.

—Oye, así es como la llama Agente. No dejaba de hablar de ella.

—Por favor —intenté no sonar agresivo—, repite el nombre de la mariposa.

—Mariposa marrón de prado tisífone abeona.

—Abeona —y tragué saliva.

—Sí —respondió con una sonrisa en la boca—. ¿Sabes la historia

de Abeona?

No respondí.

—Agente y yo estamos muy puestos en dioses antiguos, ¿sabes?, a la gente le mola tatuárselos. Abeona era una diosa romana. ¿Lo sabías?

Estaba allí, de pie, noqueado. Recordé la carta de renuncia de mi padre: «aunque sé que nadie deja realmente el Refugio Abeona».

—No es que sea una de mis preferidas —continuó Ian—, pero era una especie de diosa protectora. Protegía a los niños cuando abandonaban su hogar por primera vez, cuando se alejaban de sus padres y emprendían su primer viaje solos. Algo así. Y lo raro de esta mariposa es el nombre, porque Tisífone era una de las Furias... ya sabes, las de los dioses romanos. Se encargaba de castigar los peores crímenes, los asesinatos y todo eso, especialmente cuando las víctimas eran niños. ¿Conoces su historia?

Negué con la cabeza por miedo a hablar.

—Vale, la cuestión es que Alcmaeón se vio obligado a dejar a sus hijos, Tisífone y Anfíloco, con Creon, el rey de Tebas. La cuestión es que Tisífone, ya de pequeña, estaba de muy buen ver, no sé si sabes por dónde voy... y la esposa de Creon decidió venderla a un esclavista. Pero lo que ella no sabía es que el hombre al que se la había vendido trabajaba para Alcmaeón. ¿Lo ves? La cosa es que todo era un plan del padre para salvar a sus hijos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tío, Agente no para de hablar del tema. Por eso le encanta esa mariposa. Creo que es de Australia o Nueva Zelanda... o de algún sitio así; pero lleva el nombre de las dos diosas: Tisífone y Abeona. Por eso le gusta tanto incluirla en sus trabajos. ¿Ves el ojo de las alas? Es como si estuviera cuidando de ti. Para él, simboliza la salvación de los niños. Una manera de protegerlos y darles un

refugio.

«Refugio». El Refugio Abeona... donde mi padre había trabajado tantos años.

—Ian, ¿sabes cómo podemos encontrar a Agente?

—Me dijo que lo preguntaríais —y sonrió—, así que quiso dejármelo claro.

—¿Y?

—No, no se puede dar con él. Es imposible —dijo mientras me miraba y gesticulaba—. Bueno, Mickey, entonces, ¿qué me dices? ¿Estás listo para que te tatúe?

Mi móvil vibró. Rachel acababa de enviarme un mensaje: «Tengo una pista sobre Ashley».

—Todavía no —y me apresuré a la salida.

Y puede que nunca lo estuviera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Habíamos quedado en casa de mi tío pero recibí una llamada suya al móvil y el plan se fue al garete.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

No me gustaba su tono de voz.

—Con mis amigos.

—¿Y en qué coche vais?

Oh, oh. Ema estudiaba mi cara. «Problemas», vocalicé abiertamente sin emitir sonido alguno.

—Sé que tu padre te enseñó a conducir, pero es ilegal. Y lo sabes.

—Estoy en casa de una amiga.

—¿De quién?

—De Rachel, la chica de la otra tarde.

—¿Y no podías ir andando?

—Es que... no saldría nunca con un niñato... así que le he dicho que soy mayor —joder, menuda tontería.

—¿Le has mentido?

—Bueno, en realidad... no. Le he dejado que crea... Pero le voy a contar la verdad. Cuando llegue a casa, te prometo que no volveré a coger el coche.

—Mickey —dijo poniendo tono de padre—, ¿sabes lo que te puede

pasar si el jefe Taylor te pilla conduciendo? —no respondí—. Deja el coche ahí y vuelve andando. Ya encontraremos la manera de traer el coche de vuelta.

—Vale. Y gracias. Pero ¿puedo quedarme un rato más?

—Solo si me prometes que le vas a contar la verdad. No le mientas.

Joooder.

—Tienes razón —dije mordiéndome la lengua. Quería decirle que se metiera en sus asuntos... que no cuidara de mí—. Lo siento. Se lo contaré ahora mismo. Adiós.

Cuando colgué, Ema empezó a reír.

—¿Qué pasa?

—¿Se lo ha tragado?

—Es novato en esto de hacer de padre —y se me escapó una sonrisa.

—Ya lo veo.

Llamé a Rachel y le dije que no podíamos quedar en mi casa, que quedábamos en la suya. La verja metálica se abrió en cuanto doblé la calle, así que debía de estar mirando por las cámaras. Ema no decía nada. De hecho, no hizo ningún comentario mientras conducía por el caminito de la mansión.

—Sigo sin saber dónde vives —le dije.

—Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos, ¿no te parece?

Tenía razón. Cuando llegamos a la entrada, Rachel nos esperaba en la puerta. Ema la miraba con cara de resignación.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Es guapa, ¿verdad?

No sabía qué responder, así que no dije nada y salí del coche. Rachel me sonrió abiertamente en cuanto nos miramos, pero la

sonrisa se le congeló en los labios en cuanto vio a Ema. Ambos nos acercamos a la entrada, pero Rachel no dejaba de mirar a Ema. Y esta tampoco le quitaba ojo a ella. No sabía qué hacer.

—Ashley no quería que nadie lo supiera.

—Tranquila. Ema lleva ayudándome desde el principio.

No parecía que le hiciera gracia mi respuesta. Ni a Ema. Intenté que la cosa avanzara:

—Me has dicho que tenías una pista sobre Ashley —la chica miraba a Ema de reojo, cautelosa—. Tía, de verdad, que no pasa nada.

Suspiró y nos dejó entrar. Nos sentamos en el mismo salón opulento en el que ella y yo habíamos estado hablando unas horas antes.

—Este es el portátil de la casa de la piscina. Ashley lo utilizaba para consultar su correo electrónico. He conseguido entrar en su cuenta.

—¿Cómo? —pregunté.

Rachel estaba incómoda.

—Mi padre no pasa mucho tiempo en casa, pero eso no quiere decir que no se preocupe por vigilarme. El año pasado instaló controles parentales en los ordenadores de la casa para ver qué hacía.

—Qué putada —dijo Ema.

—Ya te digo.

—Padres —dijo Ema moviendo la cabeza de lado a lado.

La tensión entre ambas se había suavizado. Pero no mucho. De hecho, «suavizado» quizá no fuera la palabra adecuada. Digamos mejor que se estaba «descongelando». Pero algo es algo.

—Mi padre no entiende gran cosa de ordenadores, así que compró algo por Internet, pero no creo que supiera muy bien lo que estaba

haciendo y no tardé en darme cuenta. Así que le cogí sus claves y... bueno, ahora ve lo que yo quiero que vea; no sé si me entendéis. Lo más triste es que, en realidad, no tengo nada que esconder pero... Bueno, da igual —y se pasó el pelo por detrás de la oreja—. La cuestión es que aunque Ashley borró el Historial, he podido ver por dónde ha andado.

—¿Y? —pregunté.

—Que esta mañana ha recibido este correo electrónico —y me tendió un folio. Era corto y muy dulce:

> Ash:
>
> Estoy metida en un buen lío. Cree que soy yo la que te ha escondido. Ya sabes cómo se pone... y lo que puede hacer. Ayúdame. Por favor, ven a ayudarme.

Y, abajo, la firma: «Candy».

—Lo que hay que averiguar, es quién es la tal Candy —sugirió Rachel.

—Yo lo sé —dije mientras el miedo me embargaba. No había otra opción. Yo era el primero que quería mantenerse alejado de aquel terrible lugar, pero sabía que este asunto iba a acabar allí. Y eso significaba que quizá tuviera que enfrentarme a Buddy Ray y a su gorila. Significaba que quizá tuviera que enfrentarme a Antoine LeMaire. Que quizá... tuviera que enfrentarme a la Muerte Blanca.

Pensé en la Murciélago —que, de alguna forma, estaba conectada con mi padre y con el Refugio Abeona— pidiéndome que salvara a Ashley.

Mi padre había pasado toda la vida trabajando en el Refugio Abeona y creo que empezaba a entender en qué consistía realmente su trabajo. Yo no creía en el destino, ni siquiera creía en la vocación

o en que cada uno tuviera un propósito en la vida... pero ¿cómo había dicho Rachel? «Me parecía lo correcto».

Era así de sencillo y profundo al mismo tiempo. Era una obligación. Aunque quisiera salir corriendo, no podía hacerlo. Tenía que salvar a Ashley.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Rachel y Ema llevaban en el mismo colegio casi una década y nunca habían hablado entre ellas. Una era la animadora cañón; la otra, una de las marginadas a las que los demás insultan. Pero yo, Mickey Bolitar había encontrado la manera de unirlas. ¿Cómo? Diciendo:

—Esto tengo que hacerlo solo.

Las dos chicas se quedaron mirándome, con los brazos cruzados.

—No pienses que nos vamos a quedar aquí —me espetó Ema.

—Vamos a acompañarte.

—Y no nos vengas con lo de que no es seguro.

—Si no es seguro para nosotras, tampoco lo es para ti.

—Eso, no nos vengas con excusas machistas.

—Muy bien dicho. No somos «chicas» que necesitan la protección de un «hombretón».

Y me soltaron muchas cosas más, pero reconozco que llegó un momento en que desconecté. No tenía opción, la rendición era inevitable, así que ¿por qué posponerla?

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó Ema.

Consulté la hora. Eran las nueve de la noche.

—Ni idea. Imagino que hay que ir al Plan B e intentar dar con

Ashley y con Candy.

—Te van a reconocer —dijo Rachel.

Tenía razón.

—Vale, pues a ver si se nos ocurre algo entre los tres.

Mi teléfono empezó a sonar. Era mi tío. Respondí con un tímido:

—¿Hola?

—Mickey, es tarde. ¿Ya le has dicho la verdad a Rachel?

—Sí.

—¿Seguro?

—La tengo aquí mismo, ¿quieres que le pase el teléfono?

—No es necesario. He encontrado su dirección en Internet. Estoy con Esperanza, mi ayudante. Salimos para allí ahora mismo para recoger el coche.

Me quedé con la boca abierta. Las chicas se percataron y se acercaron un poco. Me alejé el teléfono de la oreja para que pudieran oír la conversación.

—¿Ahora? Pero si estamos con el trabajo de Historia.

—¿Rachel y tú estáis en la misma clase de Historia?

—Sí.

—Entonces, ambos sois alumnos de primero o de segundo... —dijo con tono de suficiencia—. Y Rachel tiene que saber eso. ¿Por qué iba a pensar, entonces, que tienes edad para conducir?

Me había pillado.

—Un momento, tío, que tengo otra llamada —lo dejé en espera y fui hacia la puerta como una exhalación.

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel.

—¡Rápido, llegará en unos minutos! Viene a por el coche. ¡Tenemos que irnos!

Nos lanzamos a la carrera hacia el Ford Taurus. Yo me senté en el asiento del conductor, pero Rachel y Ema dudaron. No sabían dónde

sentarse, pero Rachel no tardó en resolver la situación: abrió la puerta del copiloto y dijo:

—Ema, tú aquí.

La gótica se sentó delante y Rachel cerró la puerta y lo hizo detrás.

Bajé por el largo camino de la casa y giré a la izquierda. Para ese momento, mi tío me había llamado en varias ocasiones más, pero no respondí ninguna de ellas. Rachel miró hacia atrás y preguntó:

—¿Tu tío también conduce un Ford Taurus?

—Sí.

—Uf, pues acaba de pararse frente a la verja.

Aceleré, giré a la izquierda una vez más, a la derecha después y me perdí entre las callejuelas para asegurarme de que no me seguía. Al rato, cogí la calle principal que llevaba a Newark.

Veinte minutos después —tras un largo debate con las chicas que, indudablemente, perdí—, aparqué en batería a una manzana del Plan B, en la acera que quedaba frente a la entrada. Desde aquí tenía una buena vista, pero eso no me tranquilizaba.

—Esto no me gusta —dije.

—Es la única manera de hacerlo. Y lo sabes —sentenció Rachel.

—No nos va a pasar nada.

Negué con la cabeza. Rachel y Ema me habían hecho ver lo evidente: yo no podía volver a presentarme en aquel lugar. Me conocían. Incluso había herido a Derrick el gorila que, por suerte, no estaba ahora mismo en la puerta. A Rachel se le había ocurrido un plan sencillo: serían Ema y ella quienes entrasen, con el pretexto de que buscaban trabajo. Así, tendrían la oportunidad de echar una ojeada por dentro y, con un poco de suerte, encontrar a Ashley o, basándose en mi descripción, a Candy.

—Podría disfrazarme para entrar.

Ambas chicas se rieron de mí.

—¿Con qué? —me atacó Rachel—. ¿Con un bigote falso? ¿Con una peluca rubia? ¿Y si te piden el carné y ven que eres el del otro día?

Tenía razón.

—Ya lo hemos hablado —añadió Ema.

—Sí, pero sigue sin gustarme.

—Qué cabezón —dijo Rachel—. Ema va a tener el móvil encendido todo el rato —era de una compañía mucho mejor que la mía (yo tenía una barra de cobertura y ella cinco)—. Así lo escucharás todo. No obstante, es un lugar público, ¿qué nos van a hacer? Además, tenemos una palabra clave, ¿no?

—«Amarillo» —dije.

—Eso es. Si consideramos que estamos en peligro, diremos la palabra.

—Creo que deberíamos pensarlo mejor —insistí.

—Ya lo hemos pensado mucho —me cortó Ema.

Antes de que me diera tiempo de decir nada más, salieron del coche y se encaminaron a la puerta del club. Mi móvil empezó a sonar. Había bloqueado a mi tío, así que no podía ser él. Era Ema. Respondí.

—Dime.

—¿Me oyes bien?

—Sí.

—Pon tu móvil en silencio para que no se oiga nada desde ahí.

Y así lo hice mientras observaba cómo se dirigían a la puerta de entrada. Rachel llevaba unos tejanos ajustados. Ema iba —cómo no— enfundada en su habitual *armadura* negra. Sabía que Rachel no tendría ningún problema en entrar; seguro que era bienvenida. De hecho, temía que fuera *demasiado bienvenida*. Ema había comentado que ella tendría más problemas para convencer a los

gorilas de que venía a por un puesto de bailarina, pero Rachel había fruncido el cejo y había dicho que no, que ni mucho menos, que tenía muy buena pinta. Si lo hubiera dicho cualquier otro habría sonado falso y condescendiente; pero en boca de Rachel, hasta Ema se lo tragó.

Me centré en los matones de la puerta. Ambos eran bastante más pequeños que mi *amigo* de ayer, el que había intentado meter a la fuerza a Ashley en un coche, el que me había tenido agarrado fuertemente hasta que le había metido aquel cabezazo. ¿Le habría roto la nariz? Tampoco me quitaba el sueño.

Los gorilas observaron a las chicas. Lo más seguro es que a este lugar vinieran pocas mujeres a ver el espectáculo; y mucho menos, solas. Rachel y Ema se detuvieron ante ellos. Oía la conversación por el móvil.

El gorila de la derecha rompió el hielo:

—Hola, damitas, ¿qué puedo hacer por vosotras?

—Buscamos trabajo —le respondió Rachel.

—¿Qué tipo de trabajo?

—De bailarinas, de camareras... lo que sea.

El de la izquierda soltó:

—Al jefe le vas a encantar, pero esta otra... —y señaló a Ema—. Vamos, ni de broma.

Me dieron ganas de darle un buen puñetazo en la cara. El de la derecha le dio un golpe en el brazo.

—Tío, no seas tan bruto.

—¿Eh?

—Sí —le apoyó Rachel—, has sido muy bruto.

—A mí me parece guapa —el de la derecha de nuevo, que sonrió a Ema—. Tienes una carita muy dulce, nena.

—Gracias.

—Y seguro que sabes cómo moverlo en el escenario, ¿eh?

—De lujo —le respondió mientras les permitían la entrada al club —. Cuando muevo el culo, se para el mundo.

No pude por menos que sonreír y pensar: «Tío, me encanta esta chica». De pronto, la ventanilla del conductor saltó por los aires y sobre mí llovieron pedacitos de cristal. No había sido capaz de reaccionar todavía cuando dos manos me agarraron por el cuello y tiraron de mí para sacarme por la ventanilla. Los restos de la luna me rascaban la cara y los brazos y me desgarraban la ropa.

—Bueno, bueno, bueno. Mira quién ha venido a saludar —era Derrick, el gorila. Tenía la nariz cubierta de esparadrapo blanco y cara de estar muy enfadado.

Cuando consiguió sacarme, me golpeó tan fuertemente la cabeza en el coche de al lado, que lo abollé. Intenté reponerme, pero estaba muy mareado. Necesitaba un momento para respirar, pero mi *amigo* no estaba dispuesto a dármelo.

Me pegó una patada en la cara. Intenté rodar sobre mí mismo, pero lo tenía encima. Me pegó tal puñetazo en la boca que me bailaron los dientes. Luego, un rodillazo en las costillas y un golpe en la nuca que no sé de dónde vino, pero que me sacudió el cerebro. Para cuando me pegó el siguiente puñetazo, mis ojos ya estaban quedándose en blanco. Y, después: todo negro.

Cuando desperté, Derrick me arrastraba del cuello de la camisa por un callejón. En la otra mano llevaba el móvil. Me dolían tanto los golpes que se me saltaban las lágrimas. Pensé en Rachel y en Ema. Ahora no tenían a nadie que las apoyara. ¿Estarían al tanto? Lo dudé. Si hubieran visto cómo me atacaba Derrick, habrían gritado o habrían hecho algo. No, estaban dentro del club. Solas. Y no había nadie al otro lado del teléfono.

—Lo llevo para allí, Buddy Ray.

—No hace falta —oí la voz suave de Buddy Ray—. Ya tenemos a Ashley.

—Entonces, ¿qué hago con él?

—¿Dónde estás?

—En el callejón de atrás.

—¿Algún testigo?

—No.

—Pues encárgate de él ahí mismo.

¿Encárgate de él? El miedo puede ser como un jarro de agua fría. Empecé a pensar en qué hacer. Podía fingir que aún estaba desmayado y atacarle por sorpresa. El gigantón se detuvo de pronto y me soltó como si fuera un saco. Permanecí con los ojos cerrados, haciéndome el muerto.

—Abre los ojos, chaval.

Como no lo hice, decidió pegarme un buen punterazo en las costillas con sus botas camperas. Una explosión de dolor me recorrió las costillas y abrí los ojos de golpe. Miré hacia arriba y me topé con el cañón de una pistola. Se acabó.

Me lancé a por la pistola, pero el tipo estaba preparado y me pegó una patada lateral en el pecho con todas sus fuerzas. Se me paró el corazón. O, al menos, así es como me sentí... como si todos mis órganos internos —corazón, pulmones y todo lo demás— hubieran dejado de funcionar. Me quedé tirado en el suelo, incapaz de moverme. La patada que me dio en la nuca hizo que cerrase los ojos y que empezase a ver lucecitas. No me moví. Creo que ni siquiera respiraba. Sencillamente, estaba allí tirado, indefenso... nuevamente camino de la inconsciencia. Hasta que oí un disparo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Vamos, que estar muerto era así. Echaba mucho de menos a mis padres. Recordé aquella noche, hace dos años, acampados con una tribu de beduinos llamada Al-Hajaya en el duro desierto del Jordán. Dormimos en tiendas hechas con piel de cabra que nos protegían de las terribles condiciones de aquella vasta tierra baldía. Una mañana me desperté, agitado, por el bramido de los animales cercanos y cuando abrí los ojos, vi que mis padres me estaban observando. Estaban el uno junto al otro, ambos con cara de tonto —ya sabes: con ojillos de cordero degollado y con esa sonrisa bobalicona que da vergüenza ajena—. Sin embargo, ahora daría lo que fuera por ver aquellas expresiones nuevamente. Recordaba aquel instante tan nítidamente que me pregunté si —en caso de que realmente estuviera muerto— volvería a ver a mi padre con cara de tontaina cuando abriera los ojos.

Espera. Si estaba muerto... ¿por qué me dolía la paliza que me había metido Derrick? Sentía un latido tan fuerte en la cabeza que parecía que alguien me la hubiera abierto, me hubiera implantado un martillo neumático y lo hubiera puesto a funcionar a toda velocidad. ¿Sentirás esas cosas si estás muerto? Lo dudaba.

Abrí los ojos poco a poco y, efectivamente, había alguien

mirándome, pero no era mi padre... sino Derrick.

Tenía los ojos abiertos y no parpadeaba. Miraba al infinito. En mitad de la frente tenía un agujero de bala perfectamente limpio y redondo y de él aún goteaba un poco de sangre. No había duda: estaba muerto.

Intenté no alarmarme. Me quedé quieto. Mantuve la cabeza gacha mientras miraba a uno y otro lado. Derrick estaba muerto y yo iba en la trasera de una furgoneta.

—Me alegro de que hayas despertado, Mickey.

Dejé de mirar al gigantón y busqué al hombre que hablaba. Lo primero que vi es que llevaba un tatuaje en la cara.

—¿Me reconoces?

—Eres Antoine LeMaire.

Antes de sonreírme, parpadeó, como si dudase.

—El mismo que viste y calza.

Intenté dejar a un lado el dolor para pensar en cómo reaccionar. ¿Me daría tiempo a abrir la puerta que había detrás de mí? ¿Y si estaba cerrada? Mientras pensaba qué hacer, dijo:

—Si te quisiera matar, habría dejado que lo hiciera Derrick.

—¿Lo... lo has matado tú? —e intenté sentarme.

—Sí.

No sabía muy bien qué decir. Un «Gracias» no encajaba especialmente bien... si tenías en cuenta lo que me había contado Candy de Antoine y de esta furgoneta.

—Me han dicho que... que la gente que sube a esta furgoneta, desaparece para siempre.

Sonrió. Tenía una sonrisa muy bonita, con los dientes rectos y un blanco de anuncio. O era un negro con la piel clara, o un latino que la tenía especialmente oscura.

—Bueno, casi siempre es así, sí. Y especialmente en este caso —y

señaló el cuerpo sin vida de Derrick.

—¿Y en el mío?

—No, Mickey. O, al menos, espero que no.

—¿Dónde está Ashley?

—No lo sé. Yo también estoy buscándola, ¿recuerdas?

—¿Para la trata de blancas?

—Eso son rumores —dijo mientras me sonreía.

—¿Niegas que seas un esclavista?

—¿Es que no me reconoces?

—Claro, te vi en las cámaras del instituto.

—De eso no.

Me hizo dudar. La verdad es que algo en él me resultaba familiar... pero era tan ligero que cada vez que intentaba descubrir qué era, se me escapaba.

—Entonces ¿de qué?

Suspiró, se arremangó y se señaló el antebrazo. Fijé la vista y mi mundo sufrió otro mazazo. Empecé a temblar, sin saber qué pensar... pero es que ahí estaba: un tatuaje de la mariposa misteriosa.

—¿Eres... eres uno de ellos?

—¿No crees que sería mejor decir «uno de nosotros»?

—No lo entiendo.

—Claro que sí, Mickey.

Y así, de repente, me di cuenta de que tenía razón. Sin más, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. El Refugio Abeona. Abeona era una diosa que protegía a los niños. Desde Elizabeth Sobek, allá por 1940, hasta llegar a mi padre, aquello era a lo que se dedicaban: a salvar niños, a rescatarlos y a darles un refugio.

—Buddy Ray es el malo.

Asintió.

—Las chicas empiezan bailando en su club y... —proseguí—... y entonces las cosas se tuercen.

—Se tuercen y mucho. No sabes lo depravado que es ese hombre. La vida de la madre de Ashley... no era muy buena. Acabó en el Plan B, bailando para Buddy Ray... y algo más. Ashley era lo único que le importaba. Protegió a su hija lo mejor que pudo; intentó darle una vida mejor.

—¿Pero?

—Pero murió. La gente que lleva esa vida... no dura mucho. Y cuando murió... Ashley se quedó sola. Buddy Ray le dijo que su madre le debía dinero y que era ella quien tenía que saldar la deuda

—¿Y el padre de Ashley?

—No llegó a conocerlo. Pero tampoco hubiera cambiado gran cosa. Buddy Ray considera que las chicas le pertenecen. Las amenaza y les pega palizas. Las tiene prisioneras. Si no consiguen huir, terminan como la madre de Ashley. Pero como las pille intentando escapar... —dejó la frase en el aire.

—Así que tú las rescatas —conseguí vocalizar a pesar de que tenía la boca seca—. Parece que las raptes, como sucedió con Ashley, y que las vendas... pero lo que estás haciendo es justo lo contrario. Las estás salvando —no dijo nada. No era necesario—. Les buscas un lugar en el que vivir... como a Ashley. Primero es un sitio provisional y, después, les ofreces algo más fijo. Pero salió mal. La foto de Ashley apareció en los periódicos y Buddy Ray o alguno de los suyos la vieron.

—Es una posibilidad.

—¿Tienes alguna otra?

—Que algún profesor de tu instituto trabaje para Buddy Ray.

—¿Quién? —pero no respondió. Intenté seguir atando cabos—. Ni siquiera las chicas saben cuál es tu verdadero papel en todo esto,

¿verdad?

—No. Las cogemos y las mantenemos escondidas. Les damos una identidad y les explicamos qué va a suceder a continuación. Y eso mismo es lo que hicimos con Ashley. A partir de ahí, cada una es responsable de sí misma.

—Por eso cuando huyó por miedo, no sabías dónde estaba. Por eso la buscabas.

—Así es.

—Miraste en la taquilla, pero estaba vacía. Entonces, fuiste a casa de los Kent y le diste una paliza al hombre para ver qué le sacabas.

—¡No, no! La paliza se la dieron Buddy Ray y Derrick. Creyeron que, como estaba usando ese apellido, los Kent sabrían algo. Yo llegué a tiempo de salvarlo. Cuando llegó su mujer, solamente me vio a mí; razón por la que le dio mi descripción a la policía —se calló y me observó unos instantes—. ¿Te encuentras bien?

No sabía qué decir.

—Creo que sí.

—Porque tienes trabajo.

—¿¡Yo!?

—Yo no puedo ayudar a Ashley, mi tapadera se iría al garete. Tienes que hacerlo tú. Si llamas a la poli, Buddy Ray le rebanará el pescuezo y se asegurará de que nunca encontramos su cuerpo. Si se lo cuentas a tu tío...

—¿Conoces a mi tío?

—No, pero no puedes pedirle ayuda. Por alguna razón, tu padre nunca quiso decirle que trabajaba en el Refugio Abeona.

Cuando mencionó a mi padre, sentí un pinchazo y tomé una bocanada de aire bien profunda.

—Conocías a mi padre, ¿verdad?

Antoine LeMaire también tomó aire profundamente.

—Y a ti, pero eras muy pequeño. Para ti... soy «Juan».

Me quedé con la boca abierta.

—¿El Juan al que mi padre le escribió una carta de renuncia?

—El mismo que viste y calza.

—... Quería dejar el Refugio Abeona.

—Sí —y desvió la mirada—, por ti.

Por mí. Mi padre tomó aquella decisión por mí. ¿Y qué le pasó? Que murió. El hombre al que más quería murió... por mí. Para evitarme todo desasosiego, para que creciera como un chico normal. Regresó para eso a Estados Unidos y murió.

¿Y mi madre? Seguro que se había dado cuenta de que su marido había muerto por su hijo. Cómo no se iba a alejar de mí. Cómo no iba a buscar consuelo en la aguja.

Pensar eso sí que dolía. Dolía tanto, que la paliza que me acababa de dar Derrick parecía poco más que una palmadita en la espalda.

—La Murciélago me dijo que mi padre sigue vivo —y empezaron a llenárseme los ojos de lágrimas—, pero no es cierto, ¿verdad?

—No lo sé, Mickey —la voz de Juan era increíblemente tierna.

Asentí.

—¿Quieres ayudarnos?

Me sequé las lágrimas y le miré a los ojos. Me pregunté qué es lo que habría querido mi padre, pero quizá eso ya no fuera importante.

—Sí, quiero ayudaros.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Volvía a estar en el callejón, junto a la puerta de incendios por la que Candy me había dejado salir el otro día. Tenía el móvil pegado a la oreja. Para ganar tiempo, Rachel y Ema rellenaban el formulario de trabajo aparentando dificultades, pero empezaban a quedarse sin excusas.

—Oh... ji, ji —era Rachel poniendo voz de tontita—. Otra vez he escrito mal mi nombre. ¿Podéis darme otro formulario?

—Claro, monada —dijo una voz masculina y dura—; pero esta vez usa un lápiz, ¿vale? Así podrás borrar si te equivocas.

—¡Oh, qué buena idea! —aulló ella.

—¿Y tú, cómo lo llevas?

—Tranquilo —era Ema—, yo sé escribir mi nombre desde que tenía doce años.

—Venga, olvidaos de los formularios. Es hora de hacer la prueba —dijo una mujer más mayor con voz maternal.

Oí risas y me di cuenta de que en la habitación había más hombres. No me gustaban aquellas risas. No me gustaban nada. Intenté abrir la puerta de incendios, pero allí no había ningún tipo de picaporte ni asa de la que tirar. Lo más probable es que solamente se abriera desde dentro.

—Sí —otro hombre—, es hora de veros bailar. Tú primero, Bambi.

—¿Yo? —preguntó Rachel.

Intenté meter los dedos en el quicio de la puerta para hacer palanca. Nada.

—Ya basta de entretenerse —soltó una voz como un restallido de látigo—. Vamos.

Joder.

—Tranquilo, Max —dijo la mujer mayor—. Bambi, no pasa nada. De verdad. Pero creo que es el momento de que nos enseñes cómo bailas.

—Puf, esto se está poniendo de lo más *amarillo* —era Ema.

«Amarillo», la palabra clave.

No tenía claro qué hacer. Sí, habíamos hablado de lo de la palabra en clave... pero no habíamos acordado nada respecto a qué hacer en caso de que la pronunciaran. Tenía que sacarlas de allí, eso estaba claro. Pero ¿cómo? Juan/Antoine me había advertido de lo que sucedería si llamaba a la policía. ¿Qué podía hacer, entrar yo mismo por la puerta principal? ¿Serviría de algo? ¿Acaso no cabrearía eso también a Buddy Ray?

Intenté abrir la puerta de incendios nuevamente. Nada.

—Ji, ji —otra vez la risita de Rachel—. Sí, claro... cómo no... vamos a bailar. Pero antes tengo que ir al excusado.

¿Al excusado?

—¿Al excusado? —preguntó igual de sorprendido uno de los hombres.

—Ji, ji. Al cuarto de las mujeres, vamos. Al excusado. Ya sabes, tonto.

—Como diría nuestro amigo Buck —añadió Ema—, a hacer pipí.

—Ah.

—El camerino está a la izquierda —dijo otro de los hombres—. Ya,

de paso, Bambi, cuando acabes vístete con algo de lo que hay allí.

—Y tú, Leona.

Leona y Bambi. Qué imaginación.

Me quedé junto a la puerta sin saber muy bien qué hacer. Oí algo más de movimiento y un alboroto. Con suerte, encontrarían la manera de salir de allí y podría hablar con ellas.

—¿Mickey? —dijo Ema segundos después.

—¿Dónde estáis?

—En el vestidor. Aunque, por lo que veo, sería mejor llamarlo «desvestidor». Aún no hemos visto a Candy. ¿Sigues en el coche?

—No —no había tiempo para entrar en detalles y contarles lo de Juan/Antoine—. Estoy fuera, en el callejón, junto a la salida de incendios. Preguntadle a alguna de las chicas dónde está y salid de ahí.

—Vale —y oí que hablaba con alguien y, al ratito—: Creo que sé cómo salir... —y se calló.

—¿Hola? —nada—. ¿Hola?

Y de nuevo la voz de Ema:

—Me parece que hemos encontrado a Candy.

—Da igual. Es demasiado peligroso. Salid de ahí.

—Espera un poco —me respondió—. Y vuelve a silenciar el móvil.

Quería seguir hablando con ella, pero si me pedía que pusiera el móvil en silencio una vez más, por algo sería. De nuevo oía voces, pero no entendía nada de nada. Seguí en el callejón, solo, intranquilo, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro. No dejaba de pensar en cómo actuar, pero lo cierto es que no había nada que hacer. De momento, y por muy nervioso que aquello me pusiera, tenía que esperar.

Ema ya no hablaba. Ni Rachel. Solo oía ruido de fondo. No sabía qué pensar. ¿Y si había pasado algo? ¿Y si no podían hablar? ¿Se

suponía que tenía que quedarme aquí, sin hacer nada? ¿Cuánto tiempo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Una hora? Recordé la cara de Buddy Ray, la satisfacción que le había causado hacerme daño. Pensé en el miedo dibujado en los ojos de Candy cuando pasamos junto a la puerta de la mazmorra. ¿Cómo había dejado que entraran ahí solas?

Pasaba el tiempo. No sé cuánto. Parecía que hubieran pasado diez minutos, pero probablemente no fueran más de dos o tres. Y entonces, cuando creía que me iba a dar un ataque de nervios debido a la preocupación, se abrió la salida de incendios.

Era Ema.

—Entra —dijo rápidamente.

—¿Qué? No, salid vosotras.

Se apartó a un lado y vi que detrás de ella estaban Rachel y Candy.

—Entra —insistió.

No había tiempo para ponerse a discutir. De pronto me encontraba en la misma habitación azul y llena de almohadones del otro día y la pesada puerta de incendios se cerró tras de mí. Tanto Ema como Rachel me indicaron que estaban bien. Miré a Candy. Había algo diferente en ella, pero no sabía lo que era. Parecía que estuviera más delgada, demacrada, pálida. Le temblaba tanto el labio inferior que parecía que su cara estuviese sufriendo un terremoto.

—¿Dónde está Ashley? —le pregunté.

—Y yo qué sé —se encogió de hombros sin convicción.

—Pero si le mandaste un correo electrónico.

—Eh... no... no sé de qué me hablas —dijo mientras miraba a todos lados.

Claro que lo sabía. Su actitud lo dejaba bien claro.

—Le mandaste un correo en el que le ponías que tenías

problemas. Por eso volvió, ¿verdad?

No respondió. La intensidad del terremoto de su cara aumentó. La agarré de los hombros y empecé a sacudirla.

—¿¡Dónde está!? —empezó a lloriquear—. ¡Dime dónde está! —le exigí con un tono de voz más alto.

—Mickey... —Rachel me llamó la atención.

La miré. Negaba con la cabeza. Yo asentí. Tenía razón. Estaba siendo muy duro. Ema se acercó y me pegó un empujón para alejarme de Candy. Rachel le dio un abrazo y empezó a acariciarle el pelo.

—Le enviaste un correo electrónico a Ashley en el que le decías que estabas en apuros —insistió Rachel pero con una voz muy dulce y reconfortante.

La mujer asintió.

—¿Qué tipo de apuros?

—No pretendía hacerle daño —dijo mientras negaba con la cabeza.

El corazón me dio un vuelco cuando le oí decir aquello.

—Lo sé —prosiguió Rachel con la misma dulzura—, y no pasa nada, pero tienes que contarnos lo que ha sucedido.

—Ashley era mi mejor amiga.

Ema consultó su reloj y me miró. Sabía qué estaba pensando: los *chicos* no esperarían indefinidamente a que Rachel y ella volvieran del «excusado». Había que acelerar. Ema se puso en la puerta, montando guardia.

—Candy, tienes que contarnos qué ha pasado —insistió Rachel.

La mujer asintió de nuevo, se hizo a un lado y se secó las lágrimas con la manga.

—Siempre decíamos que nos marcharíamos de aquí juntas, ¿sabes? Teníamos planes. Queríamos ir a California, dejar todo esto

atrás. Era un sueño... ambas sabíamos que Buddy Ray nunca nos soltaría pero... —levantó los ojos y miró a Rachel de manera suplicante—, pero Ashley escapó. ¿Entiendes? Pensaba que Antoine la había raptado, pero no... había escapado. Y no me llevó con ella.

—Te dejó aquí —dijo Rachel, comprensiva.

—Juró que nunca lo haría —lloraba de nuevo—. Pero él —y me señaló con la barbilla— me dijo que Ashley estaba bien, que estaba en un colegio de niños ricos. ¿Cómo podía haberme hecho eso?

—Así que la vendiste —solté.

—¿Qué iba a hacer? —y me miró con dureza—. Buddy Ray sabía que te había traído hasta la salida. Me dijo que si no le ayudaba a recuperarla, me mataría —lloraba amargamente—. ¿Por qué? ¿Por qué me abandonó?

—No te abandonó —no quería entrar en detalles acerca de la verdadera identidad de Antoine ni ponerme a explicar lo del Refugio Abeona—. Se la llevaron por sorpresa. Si se ponía en contacto contigo, podía estropearlo todo.

—Entonces, ¿no...?

—No, no te abandonó. Y ahora, por favor, si sabes dónde está Ashley...

Miré a Ema. Seguía vigilando la puerta. Busqué los ojos de Candy, pero tenía la mirada clavada en el suelo.

—No hay nada que hacer.

Me recorrió un escalofrío.

—¿Por qué?

—No sois más que niños. ¿Cómo vais a poder con Buddy Ray? ¿Sabéis lo que me hará si se entera de que he hablado con vosotros?

Se arremangó la blusa y nos acercamos para ver lo que nos enseñaba. Al principio no se distinguía nada pero... Rachel ahogó un

grito.

Tenía dos quemaduras de cigarrillo recientes en el antebrazo.

—Y tengo más, pero no os las puedo enseñar.

—Dios mío... —dijo Rachel.

—¿Y tiene a Ashley? —se me había revuelto el estómago—. ¿Dónde están?

La mujer negó con la cabeza.

—Por favor, dímelo.

Y entonces hizo algo que me heló el corazón. Empezó a levantar y a girar la cabeza en derredor poco a poco. Seguí su mirada hasta que me fijé que se había detenido en una portezuela. La portezuela que llevaba a la mazmorra.

De pronto, oímos voces. Ema se dio la vuelta y me susurró:

—¡Mickey, escóndete!

Ni me lo pensé. Me tiré bajo un montón de almohadones justo en el instante en el que tres hombres y una mujer —la que tenía la voz maternal— empujaban a Ema para entrar en la habitación.

—Vaya, Bambi, conque estabas aquí —dijo la mujer, que llevaba el pelo cardado y unas gafas de moldura ovalada—. ¿Todo listo?

Intenté pegarme lo más posible al suelo.

—¿Dónde estabais? —preguntó el hombre de la voz dura.

—Ji, ji. Estaba probándome vestidos, tonto.

—Entonces, ¿por qué llevas la misma ropa?

—Pues... porque nada me quedaba bien.

Me arrebujé bajo los almohadones de forma que pudiera ver lo mejor posible. Entró otro hombre en la habitación y se quedó parado.

—¡Joder! —dijo—. Teníais razón, ¡está muy buena!

Ahora, además de «Cardado», había cuatro hombres y ninguno de ellos era Buddy Ray. ¿Dónde estaría? Pensé en Ashley y en aquel

jersey con letras bordadas y en el collar de perlas y en todo lo que tendría que haberse esforzado para abandonar esta vida. Pensé en la manera en la que me miraba, tan esperanzada, y en que, ahora mismo, estaba detrás de aquella puerta. En la mazmorra. Con Buddy Ray, claro.

—Bueno, no importa —dijo la Cardado—, podemos hacer la prueba aquí mismo.

—¿Aquí? —preguntó Rachel.

—¿Por qué no?

La mujer la cogió de la mano y los hombres se sentaron sobre los almohadones. El de la voz dura se sentó a menos de diez centímetros de mi cabeza. Contuve la respiración, por miedo a que la notara.

—Candy, ¿qué coño haces aquí? —dijo ese mismo hombre.

—¿Yo? Nada...

—Pues date el piro. Y cierra la puerta.

—Sí, Max, ahora mismo.

Salió a toda prisa y, tal y como le había ordenado el hombre, cerró la puerta tras de sí.

—Venga, Bambi —insistió la Cardado mientras ayudaba a Rachel a subir al pequeño escenario que había en el centro de la habitación—, sube aquí y muéstranos lo que sabes hacer.

—¿Ahora?

—Ahora.

Subió poco a poco y se quedó allí, parada.

—Venga, Bambi.

—Eh... me vendría bien algo de música...

—Si quieres, te cantamos —dijo Max con tono cortante—. Chica, se me está agotando la paciencia.

Pensé en sacar el móvil, pero incluso eso me delataría. Intenté

alejarme del hombre deslizándome muy poco a poco bajo los almohadones. Después... después, ¿qué? ¿Qué iba a hacer?

—¿Puedo ir yo al excusado? —dijo Ema.

Max la miró como si no le importase lo más mínimo lo que fuera de su vida. Me pregunté qué estaría tramando, por qué dejaba sola a Rachel... pero imaginé que se había dado cuenta de lo mismo que yo: que no había escapatoria. Que no podíamos hacer nada. Saldría de allí y llamaría a la policía. Recordé que Juan me había pedido que no llamara a la policía... ¿pero qué íbamos a hacer?

Miré la salida de incendios. Miré la portezuela de la mazmorra.

—¡Baila! —gritó Max.

Y Rachel empezó a bailar. Había una barra en el escenario, pero pasaba de ella. Rachel era preciosa. Impactante. Tenía carita de ángel y un cuerpazo que no solo detendría el tráfico, sino que lo haría retroceder. Pero bailaba fatal.

Bailaba como si fuera el típico sobrino torpe que hay en todo *bat mitzvá*. La Cardado se llevó una mano al pecho y rezongó. Los hombres la miraban como si estuvieran viendo una película de terror. Al rato, empezaron a gritar:

—¡Pero ¿qué coño es eso?!

—¡Bailar, joder, tienes que bailar!

—¡Muévelo!

—¡Usa la barra!

—Joder... es patética.

—¡Pero ¿es que te ha dado un ataque?!

Empecé a deslizarme muy, pero que muy poco a poco...

—¡Para! —le gritó el hombre de la voz dura.

...Pero Max debió de notarlo. Me moví un poco más rápido para esconderme entre unos almohadones que estaban un poco más lejos. El hombre giró la cabeza hacia mí. Estaba escondido bajo dos

grandes almohadones, pero no me atrevía a mirar. No me atrevía ni a respirar.

—¿Qué sucede?

—Me ha parecido oír algo.

—¿El qué?

Se puso de pie y empezó a caminar hacia donde estaba yo. Los demás hombres también se levantaron. Y se acercaron a mí.

—¡A ver, que voy a quitarme la camiseta! —soltó Rachel.

Y consiguió captar su atención. Los hombres se giraron para mirarla a ella y aproveché para alejarme un poco más, hacia la portezuela de la mazmorra. Todos tenían la mirada fijada en ella, que empezó a bailar de nuevo... imitando, pero terriblemente mal, los movimientos de John Travolta en aquella vieja película sobre discotecas. La Cardado volvió a rezongar.

¡Y, entonces la puerta se abrió de par en par! Ema entró en la habitación a todo correr seguida de cerca por Candy.

—¡Puta, me has robado el novio! —le gritó Ema a Rachel.

—¡No, era mío! —gritó Candy.

Rachel, que lo pilló a la primera, mucho antes de lo que yo lo hubiera entendido, se puso a chillar también:

—¿¡Queréis pelea!? ¡Venga, venid!

Ema pegó un salto y se abalanzó sobre Rachel, que seguía en el escenario. Candy se lanzó también contra las dos chicas y las tres empezaron a chillar y a pelearse. Por unos instantes, Max y los demás se quedaron parados, sin saber qué hacer. En la habitación entraron más chicas y se unieron a la refriega. Las combatientes se tiraron por el suelo y empezaron a rodar hacia la salida de incendios que, a mi entender, era por donde Rachel y Ema intentarían escapar. ¡Ema era un genio!

Ya nadie les prestaba atención a los almohadones. Aproveché para

salir de allí, agachado, y dirigirme a la portezuela de la mazmorra. Giré el pomo, cedió, empujé la puerta y desaparecí rápidamente en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que ante mí había una escalera que descendía. Por lo visto, la mazmorra estaba en el sótano. Cerré la puerta tras de mí y empecé a bajar. Cuando llegué abajo, me quedé helado. El suelo estaba lleno de colillas que me trajeron a la mente el antebrazo de la pobre Candy. Un escalofrío me recorrió la espalda. Pero fue lo que vi a continuación lo que me dejó estupefacto. Allí, en mitad de aquella habitación de hormigón, atada a una silla, estaba Ashley.

Estaba de espaldas a mí y tenía las muñecas atadas al respaldo. Iba a avanzar hacia ella cuando oí una voz.

—Creía que te habían raptado —era Buddy Ray.

Me agaché, para ocultarme en las sombras de la escalera y mantenerme, así, fuera de su vista. El hombre estaba en una esquina de la habitación, apoyado en un armario de herramientas grande y cerrado con un candado. Sonreía a Ashley al tiempo que movía la cabeza de lado a lado. Estaba fumando un cigarrillo y tenía un cuchillo en la mano.

—Pero ahora sé que te habías escapado —dijo como si estuviera dolido—. ¿Cómo crees que me siento?

—Deja que me vaya.

—Te escapaste, así que voy a tener que darte una lección —le dijo con esa voz tenebrosa suya. Se puso de pie y se acercó a ella—. Tengo que asegurarme de que no... de que nunca vuelves a escapar.

Seguía agazapado en la oscuridad, sin saber qué hacer. Estaba demasiado lejos como para tirarme encima de él que, además, tenía un cuchillo y podía pedir ayuda.

—No va a servir de nada —le respondió ella muy calmada.

—¿No? —y ladeó la cabeza.

—No, porque me da igual lo que me hagas... cuánto daño me hagas... volveré a escapar.

—Y yo volveré a encontrarte.

—Y volveré a escapar. Me da igual que me cortes las piernas con ese cuchillo. Nunca dejaré de intentar escapar. Este no es mi sitio.

Buddy Ray se rio y volvió a sacudir la cabeza.

—Te equivocas, muñeca. Te equivocas de parte a parte. ¿Cuál crees que es tu sitio, ese instituto al que ibas con tu jerseicito bordado y con ese noviete que te cogía de la mano? ¿Qué crees que diría si se enterase de lo que eres realmente?

El comentario le llegó al alma y se envaró. Yo, por mi lado, quería ponerme a gritar que no me importaba una mierda cuál fuera su vida anterior.

—Tu sitio es este —dijo Buddy Ray mientras extendía los brazos.

—No —le respondió ella, que tenía la cabeza bien tiesa y le miraba directamente a los ojos.

—No lo entiendes, ¿verdad? —y señaló el armario que había detrás de él—. No sabes lo que guardo aquí, ¿verdad?

—Me da igual —dijo con la intención de parecer valiente.

—Eso dices ahora —le respondió mientras le enseñaba el cuchillo que empuñaba—. Ahora eres muy dura —se agachó hasta que su boca casi tocaba la oreja de Ashley. Me puse muy tenso y me

preparé para... yo qué sé, para lo que fuera. Como la tocase... Pero lo que hizo fue susurrarle al oído—. Te juro por lo más sagrado que cuando abra este armario y haya acabado contigo me implorarás que te deje quedarte aquí y trabajar conmigo —y volvió a recostarse en el mueble.

Tenía la boca tan seca que no podía ni tragar saliva. Ahora o nunca. Me daba la espalda. A punto estaba de cargar contra él... pero se abrió la puerta por la que acababa de entrar minutos antes. Solo podía esconderme detrás de ella, así que subí unos escalones y me pegué a la pared.

—¿Jefe?

No veía nada. La puerta casi me tocaba. No sé quién habría al otro lado, pero como la empujara un poco más, me daría en la cara.

—¿Qué pasa? Estoy ocupado.

—Tenemos un problema.

Al otro lado de la puerta se oía una algarabía.

—Pues que se encargue Derrick.

—No sabemos dónde está.

—No tardaré, princesa —le dijo a Ashley después de suspirar.

Ella no respondió.

Buddy Ray empezó a subir las escaleras a paso ligero. Cerré los ojos y recé para que no me viera. No lo hizo. Cruzó la puerta y la cerró tras de sí de un portazo.

Ashley y yo estábamos solos. No tenía que sopesar qué hacer. Era muy sencillo: liberar a Ashley y salir de allí; punto. No tenía ni idea de cuánto tiempo estaría fuera Buddy Ray, probablemente unos pocos minutos, así que bajé las escaleras.

Ashley giró la cabeza, me vio y ahogó un grito.

—¿Mickey?

—Tenemos que largarnos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Luego te lo cuento.

Empezó a lloriquear. Yo me puse detrás de la silla, hinqué una rodilla en el suelo e intenté desatarla... En las películas solo se tarda segundos, ¿verdad? Como si atasen a la gente con la típica lazada que te haces en los zapatos. Pues en la vida real, no es así. No era así, no... ¡joder!

Buddy Ray no había utilizado cuerda, sino bridas de plástico con las que le había atado las muñecas. Y lo había hecho muy fuerte. No sabía qué hacer. Miré en derredor en busca de algo con lo que cortarlas... pero allí no había nada.

—Mickey...

—Espera, intento pensar en cómo soltar las bridas.

—No se puede —respondió completamente desmoralizada, pero no le hice caso.

—Retuerce las muñecas —le pedí mientras intentaba colar mis dedos por las bridas y abrirlas. Nada.

—No hay tiempo. Tienes que marcharte.

—No.

—Mickey, va a volver enseguida. Vete, por favor. No me hará más que un poco de daño. ¿No ves que no va a estropear la mercancía?

Yo seguía intentando romper las bridas. Nada. Me acerqué al temible armario de los horrores y le pegué una patada al candado... pero nada. Miré a ver si había algo que utilizar de palanca... ¡lo que fuera! Nada, la habitación estaba completamente vacía excepto por la silla y el armario. ¡Joder!

Le pegué otra patada al candado y me convencí de que así iba a ser imposible abrir la puerta. Saqué el móvil. Era hora de llamar a la policía.

—¡No! ¡Como vea un solo coche de policía empezará a matar

gente!

Daba igual; no tenía cobertura en este búnker de hormigón. ¿Y, ahora qué? El tiempo corría. ¿Cuánto tardaría en volver el carnicero?

—Por favor, Mickey, escúchame, ¿vale? No hay tiempo. Tienes que irte. Si te hace daño... si te pasa algo... no me lo perdonaré jamás.

Fui hasta ella y le cogí la cara con las manos. Me miró con aquellos ojos preciosos y suplicantes.

—No pienso dejarte aquí. ¿Me has entendido? Pase lo que pase, no pienso dejarte con ese monstruo.

El tiempo seguía corriendo. Las bridas y el candado eran muy fuertes como para romperlos, sí... pero ¿y la silla?

—Cuidado.

—¿Qué vas a hacer?

Y le pegué una patada a una de las patas de madera. Nada. Otra patada. La pata empezó a ceder. Le pegué una patada más y se rompió. Seguía atrapada pero, al menos, ahora podía moverse. Si consiguiéramos salir de allí abajo...

Pero, entonces, la puerta empezó a abrirse. Se acabó. Fin. Estaba claro lo que iba a pasar a continuación: Buddy Ray, con el cuchillo en la mano, me vería, pediría ayuda y Max y los demás llegarían a la carrera como la caballería. No había nada que hacer.

Si nos parábamos a sopesar nuestras opciones... nos quedaríamos sin ellas. Así que no sopesé nada: agaché la cabeza y cargué. No había otra. Corría tan rápido como podía. Nunca había jugado a fútbol americano, pero mi padre y yo veíamos algún que otro partido cuando los daban en abierto por satélite. Mi padre era un gran aficionado de los Jets que, según decía, le habían enseñado el significado de la palabra «chasco». Así que, ahora mismo, me había convertido en el línea que se lanza a placar al pasador. No sabía si llegaría a tiempo. Lo dudaba. Pero puse todo mi empeño.

Buddy Ray entró en la habitación, levantó la vista, me vio y soltó:

—Pero ¿qué coño...?

Y eso es todo lo que dijo.

Choqué contra él a toda velocidad, lo abracé para inmovilizarle al tiempo que le hundía la cabeza en el pecho y cayó de espaldas —conmigo encima— en la habitación azul. Levanté la cabeza y le golpeé el mentón con ella una vez en el suelo. Noté cómo sus dientes traqueteaban en su boca y cedían.

Los golpes de Derrick me habían dejado la cabeza dolorida, pero tras este encontronazo, el dolor era insoportable —tanto, que temí que fuera a desmayarme—. En cualquier caso, había merecido la pena, porque Buddy Ray estaba tumbado en el suelo, sangrando por la boca. La adrenalina me ayudó a incorporarme. Le pegué un puñetazo con todas mis fuerzas y le salté algún diente.

Le solté otro puñetazo, pero el puño no llegó a alcanzarle. Max, el gorila de la voz ruda que se había sentado junto a mí, me placó. Me pegó tal rodillazo en las costillas que me hizo ver las estrellas. Sentí como si acabasen de darme una cuchillada en el pulmón. Se estaba preparando para darme otro rodillazo, el de gracia, cuando vi que alguien le daba un porrazo en toda la cabeza con algo —más tarde me contaron que era la pata de una silla—. ¡Era Ashley!

Max cayó encima de mí como si fuera un árbol que acaban de talar. Hasta daban ganas de gritar: «¡Tronco va!», ¡pero no había tiempo! Rodé hacia un lado e intenté levantarme, pero estaba tan aturdido que no sabía lo que hacía. Me puse en pie a todo correr, pero el dolor me doblegó y caí al suelo de rodillas. Ashley intentó ayudarme. Yo me tambaleaba.

—¡Apóyate en mí!

No quería hacerlo. Quería que escapara de allí. Que atravesara aquella salida de incendios. Pero sabía que no me iba a hacer caso.

Así que me apoyé en ella y empezamos a caminar hacia la salida... pero, de repente, sentí en el tobillo un dolor como no había sentido jamás. ¡Buddy Ray me estaba mordiendo!

Grité y tiré con fuerza. Parte de mi carne quedó en la boca del carnicero. Otro gorila entró en la habitación. Y otro más. Y un tercero. Y Max se puso de pie. Y todos formaron un círculo a nuestro alrededor. Ashley se pegó a mí y yo le pasé un brazo alrededor del cuello, como si eso fuera a servir de algo.

Buddy Ray se puso en pie como pudo y me sonrió. Tenía varios dientes rotos y la boca llena de sangre.

—Vas a desear que te mate.

Bajé la cabeza y los hombros como si me hubiera rendido. Pero no era así.

—Sígueme —le susurré a Ashley.

La adrenalina es muy curiosa. He leído que hay madres capaces de levantar un coche para salvar a su hijo, atrapado debajo. No sé si será verdad, pero te aseguro que hace que te olvides del dolor. Y quizá también aumentase mi fuerza y mejorase mi salto vertical. Y vete a saber qué más.

Salí corriendo hacia Buddy Ray y él pensó que iba a atacarle, así que se apartó a un lado. Y eso es justo lo que quería. Pasé por delante de él —Ashley me seguía de cerca—. Sabía que la sorpresa no duraría mucho. Los gorilas se acercaban, pero tampoco necesitaba mucho más tiempo. Dos pasos más... y llegaríamos a la salida de incendios.

La empujé con la espalda y ayudé a salir a Ashley con el brazo que me quedaba libre. Salí e intenté cerrar la puerta, pero los gorilas se me habían echado encima y empujaban para salir. Yo también empujaba... pero eran muchos.

Pero entonces se me unió Ema. Y Rachel. Y Candy. Y otras chicas.

Había unas quince ayudándome a empujar. Y empujaban tan fuerte que la puerta se cerró y quedó claro que por allí no iba a salir nadie.

—¡Corred! —nos gritó Candy—. ¡Nosotras nos encargamos de esto!

—¡No, nos vamos todos! —le dije.

Pero me miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Esto no va así, Mickey...

—¿Qué dices?

—Que no puedes salvarnos a todas...

Desgraciadamente, era verdad. Pensé en Juan, en por qué habría elegido a Ashley y no a Candy... pero no había tiempo, había que marcharse.

Oí las sirenas de los coches de policía a lo lejos. Con tanto jaleo, alguien debía de haber avisado. No tardarían en llegar. Algunas de las chicas salieron corriendo. Miré a Rachel; estaba con Ashley. Busqué a Ema... ¿Dónde estaría?

—¡Nos vamos todos! ¡Hay que salir corriendo al mismo tiempo! —grité.

Pero entonces volví a oír aquella voz con una ligera tara. Aquella voz que me dejaba helado.

—... No lo creo.

El mundo se detuvo. Era como si, de pronto, hasta los edificios del callejón contuviesen la respiración. Me zafé de aquella parálisis, solté la puerta y miré a la izquierda.

Buddy Ray sujetaba a Ema... y llevaba el cuchillo. El corazón me dio un vuelco. Las sirenas cada vez se oían más cerca.

—Suéltala.

Buddy Ray me sonrió. Si lo de los dientes y lo de la sangre le preocupaba, desde luego, no lo parecía. Su sonrisa estaba vacía. Ni regocijo, ni alegría... ni alma. Era la sonrisa más aterradora que

había visto nunca.

—La policía no tardará en llegar —insistí—. La cosa será más fácil si la sueltas.

—¿Quién te ha dicho que me gusta lo fácil? —y se rio a carcajadas.

No sabía qué responder. Estaba muy lejos como para llegar hasta él antes de que le hiciera nada a Ema. Le puso el cuchillo al cuello y esta cerró los ojos.

—Por favor... —le imploró Ema y empezó a llorar.

—Me quitaste algo que me pertenecía —dijo sin dejar de mirarme a los ojos—. Y ahora voy a ser yo quien te quite algo a ti.

—No lo hagas —pedí débilmente. Derrotado—. Si lo quieres pagar con alguien, págalo conmigo —levanté las manos y empecé a caminar hacia él—. Cógeme a mí.

Di otro paso —aún estaba a unos diez metros—. Nos miramos fijamente a los ojos y aprecié su dureza... Ema estaba perdida.

Él no iba a razonar y yo no podía hacer nada. Le daba igual que la policía estuviera a punto de caer sobre él. Por unos instantes, en el mundo solamente estuvimos él y yo; y tenía muy claro qué es lo que iba a hacer. Iba a matar a Ema. E iba a hacerlo por el mero placer de ver qué cara ponía yo. No podría convencerle. No podría llegar hasta él a tiempo. Estábamos a punto de ganar, sí, pero la victoria nos iba a costar la vida de Ema. Era como si Buddy Ray supiera que había perdido a mi padre... que estaba perdiendo a mi madre... y quisiera que, ahora que había encontrado una amiga de verdad, también la perdiera a ella.

—Despídete —me dijo mientras le acercaba el cuchillo aún más. Ema intentaba zafarse, pero la tenía fuertemente sujeta.

Y entonces, cuando había perdido toda esperanza, incapaz de dejar de mirar a los ojos a aquel hombre... ¡patapún!... lo atropelló

una furgoneta.

Me quedé con la boca abierta. De pronto Buddy Ray estaba delante de mí con un cuchillo en la mano, de pronto estaba volando por el callejón tras recibir la embestida de una furgoneta pequeña. Una furgoneta que ya había visto antes... una que llevaba en los laterales el logotipo de dos fregonas cruzadas.

Mientras las sirenas nos rodeaban y los frenos de los coches de policía empezaban a chirriar, de la furgoneta salió... ¡el Cuchara!

Se subió las gafas con el dedo, miró al hombre inmóvil que yacía sobre el capó de su furgoneta después de volar por los aires y dijo:

—Tío, tengo que aprender a conducir.

Ema había dejado sola a Rachel para llamar al Cuchara.

—Pensé que, por lo menos, podía venir a recogernos.

La abracé durante largo rato. Rachel se unió a nuestro abrazo. Y luego lo hizo el Cuchara.

Estábamos rodeados de coches de policía. Vi al padre de Tyrell. Y a mi tío. «Claro, el Ford Taurus lleva un GPS», pensé. Habría seguido las coordenadas, pero había llegado un poco tarde.

Apareció una ambulancia para Buddy Ray. Viviría, sí, pero todas las chicas estaban hablando con la policía. Lo denunciarían y se pasaría mucho, pero que mucho, tiempo a la sombra.

Miré calle abajo —flanqueado por Rachel, a la derecha, y Ema, a la izquierda— y vi a Ashley a lo lejos. Estaba entrando en la furgoneta de Juan, que le sujetaba la puerta. La chica me miró unos instantes y sonrió. Yo también le sonreí a ella, pero no estaba contento. Juan me miró y asintió. Ashley entró en el vehículo y desapareció de mi vista. Ambos sabíamos que no volveríamos a vernos. O, al menos, esa era la impresión que tenía.

Miré a Rachel, que asintió. Ema me lanzó una sonrisa de oreja a

oreja. El Cuchara no sabía muy bien qué hacer. Nos miramos los cuatro. «Mis amigos», pensé. Los únicos amigos de verdad que había tenido. Y, al mismo tiempo, eran mucho más que eso. Me daba la impresión de que esta no era la única vez que nos íbamos a ver en una como esta.

Me sentía abrumado. Nos acercamos y nos abrazamos de nuevo, como para protegernos. Parecíamos uno solo.

—¿Sabéis qué? —dijo el Cuchara.

Tragué saliva.

—¿Qué?

—Que George Washington era estéril.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Unas horas más tarde, después de que me curaran el mordisco de la pierna y después de hablar con la policía, mi tío me llevó a casa. Creía que me sometería a un interrogatorio severo o que me daría una charla, pero no lo hizo. Parecía que estuviera inmerso en sus propios pensamientos.

—Menuda paliza —dijo de pronto. Asentí—. ¿Es la primera vez que te dan una así? —y agarró el volante con más fuerza.

—Sí —como no sabía qué responder, le dije la verdad.

—Por la mañana será peor. Mucho peor. Recuérdame que te dé unos calmantes cuando lleguemos a casa.

—Gracias.

Tomó una curva y, sin dejar de mirar la carretera, me soltó:

—Las pruebas para el equipo son dentro de poco.

—Lo sé.

Se hizo entre nosotros un silencio incómodo. Esta vez, decidí ser yo quien lo rompiera.

—La otra noche... te vi manteniendo una videoconferencia con una mujer.

—Ah —y se aclaró la garganta.

—¿Quién es?

—Mi novia —me dejó sorprendido—. Vive muy lejos. Al otro lado del charco.

—Se suponía que tenías que ir a verla —no respondió—. Pero te has quedado aquí... conmigo.

—No te preocupes por eso. Ya se resolverá todo.

Más silencio.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Claro.

—¿Qué pasa entre el jefe Taylor y tú?

—El jefe Taylor es una herramienta —dijo con una sonrisa en la boca—, pero tiene poder.

—Su hijo es el capitán del equipo de baloncesto.

—Él también lo fue. Hace años. Era alumno de último curso y el capitán cuando yo estaba en segundo.

Vaya, así que la historia se repite.

—¿Y qué pasó?

Parecía que estuviera sopesando lo que decir. Negó con la cabeza.

—Ya te lo contaré en otra ocasión. Ahora mismo, es mejor que nos ocupemos de tus heridas.

Mi tío tenía razón, cuando desperté por la mañana, el cuerpo me dolía muchísimo más. Tardé diez minutos en sentarme en la cama y en ponerme de pie. Me latían las sienes y la cabeza me daba vueltas. Tenía las costillas tan magulladas que respirar se convirtió en todo un reto *punzante*.

Había dos pastillas en la mesilla de noche. Me las tomé de golpe y me ayudaron. Mi tío había llevado el coche al taller para que le cambiaran la ventanilla que Derrick había hecho pedazos... así que me tocaba ir andando. Imaginé que los agentes de policía seguirían buscando a Derrick; pero no iba a ser yo quien les explicara por qué

estaban perdiendo el tiempo.

Horas después, llegué a la Clínica de Rehabilitación Coddington. Christine Shippee me saludó sin descruzar los brazos.

—Ya te dije que todavía no podías ver a tu madre.

Pensé en todo lo que había sucedido. Pensé en el Refugio Abeona y en el trabajo que, evidentemente, mis padres desempeñaban en aquel lugar. Pensé en la carta que mi padre le había escrito a Juan y en que quería darme la oportunidad de tener una vida normal. Pensé en cuando llegué a Estados Unidos; en el viaje en coche hasta San Diego; en el accidente. Pensé en el conductor de la ambulancia, el del pelo bermejo y los ojos verdes. Pensé en la mirada que me había echado, con la que me había dejado bien claro que mi vida nunca volvería a ser igual; en lo evidente que era que aquel extraño con el pelo bermejo y los ojos verdes sabía mucho mejor que yo cómo sería mi futuro. Pensé en la cara de mi madre cuando le dijeron que mi padre había muerto; en que ella también había muerto aquel día. Pensé en cuánto intenté ayudarla —aunque quizá hubiera sido cómplice de su desmoronamiento—, en que me convertí en su salvavidas, en que se aferraba a mí... y en cómo me mentía y me manipulaba; a mí, a su único hijo. Pensé en la cena... en los espaguetis con albóndigas que nunca llegamos a disfrutar. Y pensé en el pan de ajo.

—¿Mickey? ¿Estás bien?

—Dile que la quiero. Dile que he venido y que no pienso dejar de hacerlo; que vendré a visitarla cada día y que nunca la abandonaré. Díselo.

—Descuida, lo haré.

Me di la vuelta y me marché. Cuando llegué a la calle, el coche negro con matrícula A30432 me estaba esperando. Ni siquiera me sorprendió. Se abrió la puerta del copiloto y bajó el calvo. Como

siempre, llevaba un traje negro y las gafas de aviador. Abrió la puerta de atrás y, sin mediar palabra, subí al coche.

CAPÍTULO VEINTISIETE

No llegué a ver al conductor porque los asientos delanteros estaban divididos de los traseros por un cristal tintado. Cinco minutos después de recogerme, nos internamos por un camino lleno de baches que cruzaba el bosque. Al rato, nos detuvimos y miré por la ventanilla. Delante de nosotros estaba el garaje de la Murciélago. Tal y como había sucedido aquel día, con Ema, el calvo salió del coche y abrió la puerta del garaje. Entramos y el hombre me abrió la puerta.

—Ven.

Aquel sitio era un garaje normal y corriente, excepto que el calvo se agachó, tiró de una trampilla que había en el suelo y empezó a bajar por una escalera. Le seguí. Avanzábamos por un túnel e imaginé que lo hacíamos en dirección a la vivienda de la anciana. Así se explicaba por qué había visto luz en el sótano cuando estuve en la casa.

—¿Qué hay ahí? —pregunté cuando dejamos atrás una puerta.

Negó con la cabeza sin dejar de caminar. Al poco, llegamos a otra puerta y se detuvo ante ella.

—Yo solo puedo llegar hasta aquí.

—Eso, ¿qué quiere decir?

—Que la vas a ver a solas.

«La».

Y volvió al garaje. Me quedé solo. La cabeza empezó a dolerme nuevamente. Por lo visto, se estaba pasando el efecto de los calmantes. Abrí la puerta y me encontré en la sala de estar de la Murciélago.

Nada había cambiado. El marrón seguía siendo el tono dominante de la habitación; las ventanas seguían tapadas por planchas de madera y por una gruesa capa de suciedad; el reloj de pie seguía sin funcionar; y ahí estaba la vieja fotografía de los *hippies* (el primer lugar en el que había visto aquella mariposa). Ahora, en cambio, el tocadiscos estaba funcionando y sonaba una canción de HorsePower llamada «El tiempo no pasa». Y en mitad de la habitación, con el mismo vestido blanco con el que la había visto la primera vez, estaba la Murciélago. Y me sonreía.

—Lo has hecho muy bien, Mickey.

—Pues... gracias —lo cierto es que no estaba de humor para jugar al gato y al ratón—, de verdad. A ver, no sé qué he hecho ni qué está pasando... pero gracias.

—Siéntate.

—No, gracias, prefiero quedarme de pie.

—Estás enfadado. Es comprensible.

—Me dijiste que mi padre estaba vivo.

La Murciélago estaba sentada en un sofá tan viejo que bien podrían haberlo tirado a un vertedero durante el mandato de Eisenhower. Tenía el pelo tan largo que le caía sobre los hombros y casi llegaba al asiento del sofá. Cogió un libro grande (un álbum de fotos) y se lo puso en el regazo.

—¿Me has oído?

—Siéntate, Mickey.

—¿Sigue o no sigue vivo?

—La respuesta no es tan sencilla.

—Claro que sí: lo está o no lo está.

—Lo está —dijo con una sonrisa digna de un demente— en ti.

Nunca se me había pasado por la cabeza pegar a una anciana pero, tío, ahora lo hubiera hecho de buena gana.

—¿En mí?

—Sí.

—No me jodas. ¿Qué es esto, *El rey león*? ¿Era a eso a lo que te referías cuando me dijiste que seguía «vivito y coleando»?

—Dije exactamente lo que quería decir.

—Me dijiste que mi padre estaba vivo... y ahora me saltas con una de esas chorradas de la Nueva Era sobre la vida interior.

Giré la cara y parpadeé para evitar las lágrimas. Acababa de hacerme polvo. Me sentía como un idiota. Una vieja loca me había soltado una gilipollez que sabía que era mentira... y, aun así, había decidido creerla como si fuese un salvavidas y yo un náufrago. Tío, ¿tan idiota soy?

—Así que está muerto, ¿no?

—Mickey, la gente muere.

—Menuda respuesta —y cargué mis palabras de tanto sarcasmo como pude.

—Nada de lo que hacemos es sencillo. Pretendes que te dé un «sí» o un «no», pero lo absoluto no existe. Las cosas no son blancas o negras. Todo es gris.

—Estar o no estar vivo sí que es blanco o negro.

—¿Por qué estás tan seguro? —me preguntó mientras sonreía.

No sabía qué responder.

—Salvamos a los que podemos; no podemos salvar a todo el mundo. El mal existe. «Arriba» y «abajo» son posibles únicamente porque uno se contrapone al otro. Como la «izquierda» y la

«derecha». O el «bien» y el «mal». ¿Me sigues?

—La verdad es que no.

—Tu padre vino a esta casa, más o menos, con tu edad. Y lo que vivió aquí lo cambió para siempre. Descubrió su vocación.

—Trabajar para ti.

—Para nosotros —me corrigió.

—¿Y convertirse en uno más del Refugio Abeona?

No respondió.

—Así que fuisteis vosotros quienes rescatasteis a Ashley.

—No. Has sido tú quien la ha rescatado.

—Por favor —y suspiré—, ¿puedes dejar de darle la vuelta a mis palabras?

—Hay un equilibrio. Y hay que tomar decisiones que consigan mantenerlo. Rescatamos a unos cuantos, pero no a todos... porque ahí es hasta donde podemos llegar. El mal perdura. Siempre. Puedes combatirlo, pero nunca lo derrotarás del todo. Puedes obtener pequeñas victorias, pero si pretendes llegar a todo, pierdes. No obstante, sabemos que todas las vidas son importantes. Hay un viejo dicho que reza: «El que salva una vida, salva el mundo». Así que elegimos.

—¿Elegís a quién salvar y a quién no?

—Así es. Como, por ejemplo, el caso de Candy.

—¿Sabes quién es Candy? —estaba muy sorprendido.

No se molestó en responderme.

—Si hubiéramos elegido ayudarla a ella, lo más probable es que no hubiera conseguido salir adelante por sí misma. No sabe hacer nada, no es especialmente inteligente y no habría sido capaz de hacerse un hueco en una universidad o en la sociedad. Lo más probable es que hubiera vuelto con Buddy Ray o con alguien parecido.

—Eso no lo sabes.

—No, a ciencia cierta, no. Pero has de arriesgarte. Salvas a quienes puedes y lloras por aquellos que no puedes salvar. Cuando te dedicas a esto, que es una vocación, se te hace trizas el corazón a diario. Puedes cambiar el mundo poco a poco, no de golpe. Has de tomar decisiones, ¿entiendes?

—Decisiones.

—Sí.

—Como la que tomó mi padre de dejar el Refugio Abeona... porque no quería que yo llevara esta vida.

—Exacto. Él tomó una decisión —la Murciélago ladeó la cabeza mientras me miraba—. ¿Qué tal le fue?

No respondí.

—Y las decisiones acarrean consecuencias.

No sabía qué decir. Miré por la ventana de la cocina.

—Tienes una tumba en el jardín.

Esta vez fue ella quien se quedó callada.

—Con las iniciales «E. S.». ¿Está enterrada Elizabeth Sobek ahí?

—Lizzy.

—¿Cómo?

—Se llamaba «Lizzy». Prefería que la llamaran Lizzy.

—¿Está enterrada ahí?

—Mickey, siéntate.

—Estoy bien así. ¿Está enterrada Lizzy Sobek, la chica que rescató a todos aquellos niños del Holocausto, en tu jardín, sí o no?

—Mickey, siéntate —insistió con gran autoridad.

La Murciélago me miraba muy fijamente e hice lo que me pedía. Me senté a su lado y de los cojines salió una nube de polvo. Se remangó el brazo izquierdo. El tatuaje estaba descolorido, pero se leía claramente: «A30432».

Por unos instantes no supe qué decir. Finalmente:

—¿...Tú?

—Sí.

Me quedé allí, sentado y en silencio, mientras ella abría el álbum de fotografías.

—¿Quieres saber cómo empezó todo? Te lo voy a contar. Quizá así entiendas lo de tu padre.

Señaló la primera foto. Era una antigua instantánea en blanco y negro en la que se veía a cuatro personas.

—Esta era mi familia. Mi padre se llamaba Samuel. Mi madre, Esther. Este es mi hermano mayor, Emmanuel, el de la pajarita. Era tan guapo... Tan listo y tan bueno... Cuando nos hicieron esta fotografía, tenía once años. Yo tenía ocho. Tengo cara de felicidad, ¿no te parece? —la tenía; y había sido una niña muy guapa—. ¿Sabes qué vino a continuación?

—¿La Segunda Guerra Mundial?

—Sí. Durante un tiempo conseguimos sobrevivir en el gueto de Lodz. En Polonia. Mi padre era una persona maravillosa. Todo el mundo lo quería. Se sentían atraídos por él. Tu padre se parecía mucho a él. Pero eso no es lo que nos ocupa. Durante un tiempo conseguimos escapar y permanecer escondidos. No voy a entrar en detalles porque tuve que presenciar situaciones que aún hoy en día, después de tantos años, siguen pareciéndome irreales. La cuestión es que, un día, alguien nos delató y los nazis nos detuvieron. Nos metieron en un tren y nos enviaron a Auschwitz.

«Auschwitz»... El simple hecho de escuchar la palabra hacía que me estremeciese. Le cogí la mano, pero se puso tensa.

—Por favor, tengo que superarlo sola... por duro que resulte a pesar de los años.

—Lo siento.

Asintió y siguió con su relato.

—Cuando llegamos a Auschwitz, nos separaron. Más tarde descubrí que a mi madre y a mi hermano los habían llevado inmediatamente a la cámara de gas. Los mataron a las pocas horas. A mi padre lo llevaron a un campo de trabajos forzados. A mí no me hicieron nada. No sé por qué.

Pasó la página. Allí había más fotos de su familia, de Esther y Emmanuel disfrutando de una vida que aún nadie entiende por qué razón les fue arrebatada. La anciana no miraba las fotografías; sino hacia el frente.

—Disculpa que vuelva a obviar los detalles, pero es que la vida en un campo de concentración... Voy a saltarme las seis semanas siguientes, hasta el día en que mi padre y otros trabajadores redujeron a los guardias y dieciocho hombres consiguieron escapar. La noticia se extendió por el campo como la pólvora. Me embargaba la emoción, claro está... pero ahora me sentía más sola que nunca. Tenía muchísimo miedo. Aquella noche me la pasé sentada y sola, llorando... a pesar de que creía que no me quedaban más lágrimas. Me sentía avergonzada. Y, de pronto, apareció mi padre, que había estado buscándome. Vino a mi litera y me dijo: «Nunca te abandonaría, palomita» —y sonrió—. Y escapamos juntos. Mi padre y yo. Nos unimos a los demás hombres, que se escondían en el bosque. No te puedo describir cómo me sentía, Mickey. Cómo era volver a ser libre. Es como si me hubieran mantenido con la cabeza bajo el agua mucho tiempo y por fin hubiera podido respirar. Estar con mi padre, las conversaciones en las que nos planteábamos qué hacer para unirnos a la Resistencia... son los últimos buenos momentos que recuerdo. Porque después...

La sonrisa se le borró de la cara. Esperé, porque no quería interrumpirla; estaba ansioso por escuchar el resto de la historia.

Pero era como si alguien hubiera apagado la luz. Incluso hacía más frío en la habitación.

—... Después dio con nosotros.

—¿Quién?

—El Carnicero de Lodz —dijo en un largo y duro susurro—. Pertenecía a la Waffen SS —contuve la respiración—. Nos encontró en el bosque y nos rodeó con sus soldados. Nos obligó a cavar un gran agujero y llenarlo de cieno. A continuación, nos ordenó que nos alineáramos junto al hoyo, de espaldas a los soldados. El Carnicero nos miró a mi padre y a mí y se rio abiertamente. Mi padre le imploró que me perdonase la vida... y el Carnicero se quedó observándome largo rato. Nunca olvidaré su cara ni la expresión con la que me miraba. Finalmente, negó con la cabeza. Recuerdo que mi padre me cogió de la mano. «No tengas miedo, palomita», me dijo. Y, acto seguido, nos dispararon por la espalda. Mi padre me atrajo hacia sí en el último instante para protegerme de las balas. Cayó sobre mí, muerto. Permanecí allí toda la noche, congelada de frío... y con mi padre encima. No sé cuánto tiempo pasó, pero amaneció. Salí de allí debajo y corrí hacia el bosque.

Se quedó callada. Mientras esperaba a que prosiguiese, me di cuenta de que su relato me tenía temblando. Como no decía nada, pregunté:

—¿Fue entonces cuando empezaste a rescatar niños?

De repente parecía que estuviera agotada.

—Algún día te explicaré más cosas.

Y silencio.

—No lo entiendo.

Me miró.

—Pensaba que tu historia desembocaría en lo de mi padre. Pero no sé qué tenía que ver...

—Creía que ibas a entenderlo.

—Pero entender qué.

—Que mi padre tomó una decisión: su vida a cambio de la mía. Y yo tenía que aprovecharla. Tenía que hacer que la decisión de mi padre se convirtiera en lo correcto.

Sentí que me afloraban las lágrimas.

—Pero a tu padre lo asesinaron... el mío tuvo un accidente.

Bajó la mirada y, por unos instantes, me pareció ver a la niña pequeña de la que acababa de hablarme.

—Cuando terminó la guerra... y el mundo pensaba que estaba muerta... decidí buscar al Carnicero de Lodz. Quería llevarlo ante la justicia y que pagase por sus crímenes, así que me puse en contacto con grupos de cazadores de antiguos nazis.

No sabía adónde quería llegar, pero se me estaba erizando el vello del cuerpo.

—¿Y diste con él?

Volvió a mirar al infinito.

—¿Sabes?, hay días en los que lo veo. Lo veo en la calle. Lo veo al mirar por la ventana. Me atormenta en sueños; a pesar de todos los años que han pasado. Todavía recuerdo la risotada que soltó antes de matar a mi padre. Todavía. Pero lo que más recuerdo... —y se quedó callada.

—¿Qué es lo que más recuerdas?

Me miró a los ojos intensamente.

—Lo que más recuerdo es la manera en la que me observó cuando mi padre le pidió que me perdonara la vida. Como si lo supiera.

—¿Como si supiera el qué?

—Que mi vida, la vida de una niña llamada Lizzy Sobek, había llegado a su fin. Que sobreviviría, sí, pero que nada volvería a ser

igual. Así que no cejé en mi empeño de encontrarlo. Años después, décadas después. Después de mucho tiempo descubrí cuál era su verdadero nombre y encontré una fotografía. Los cazadores de nazis me dijeron que estuviera tranquila, que descansase, que aquel hombre estaba muerto; que lo habían abatido en combate en el invierno de 1945.

Y entonces mi mundo se detuvo. Pasó otra página del álbum y me señaló la foto del Carnicero con su uniforme de las Waffen-SS. Y supe, inmediatamente, que aquel hombre no había muerto, que los cazadores estaban equivocados. Estaba seguro porque lo había visto. Tenía el pelo bermejo y los ojos verdes y conducía la ambulancia en la que se habían llevado a mi padre.

AGRADECIMIENTOS

Lo he pasado estupendamente escribiendo esta novela y no imaginas lo que me emociona que la hayas leído.

Quiero darle las gracias a mi estupendo equipo de Penguin YA, compuesto por: Shanta Newlin, Emily Romero, Elyse Marshall, Erin Dempsey, Lisa DeGroff, Courtney Wood, Greg Stadnyk, Ryan Thomann, Jen Loja y Shauna Fay (y no, no me olvido de Brian Tart, Ben Sevier y Christine Ball).

También quiero darles las gracias a los alumnos de Maria Cannon, del Colegio George Washington por la ayuda que me han dispensado con la portada.

Mis hijos y sus amigos han sido una gran fuente de inspiración. Sí, escuchaba a escondidas lo que decían... ¡así que quizá tú seas o te parezcas a uno de los personajes! Disculpa.

Y, en especial, quiero darle las gracias a mi maravilloso editor, Jen Besser, y a mi querido amigo y director editorial, Don Weisberg. Y, cómo no, a mi esposa, Anne, que sabía que era hora de contar esta historia.

Tengo la intención de escribir más novelas acerca de Mickey Bolitar y la pandilla, así que, por favor, mantente en contacto con nosotros en <mickeybolitar.com>.

Una novela llena de acción y enigmas de la mano del autor super ventas internacional Harlan Coben, ¡ahora convertida en serie de Amazon Prime!



La vida de Mickey Bolitar no puede empeorar. Tras ser testigo de la muerte de su padre y tener que ingresar a su madre en un centro de desintoxicación, se ve forzado a vivir con su tío lejano Myron y a cambiar de instituto. Por suerte, allí conoce a la genial Ashley, y parece que las cosas van a mejorar. Es entonces cuando Ashley desaparece. En su búsqueda tras su chica, Mickey descubre todo un mundo oscuro que revela que Ashley no es quien decía ser, y tampoco lo era su padre. Pronto Mickey descubre secretos y conspiraciones que cambiarán su vida y harán que se cuestione todo lo que pensaba que sabía.

¿Estás dispuesto a adentrarte en este mundo de traiciones y

secretos?

Harlan Coben es un autor best seller del *New York Times* con más de treinta novelas publicadas, incluida su famosa serie sobre Myron Bolitar. Ha vendido más de 70 millones de libros en todo el mundo y sus obras se han traducido a 43 idiomas.



Título original: *Shelter*

Primera edición: septiembre de 2023

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S. L.

© 2011, Harlan Coben
© 2012, 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2012, Víctor Manuel García de Isusi, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la portada original de © 2023 Amazon Content Services LLC

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3427-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: editorialmolino
Twitter: @EdMolino

Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Shelter

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Harlan Coben
Créditos